

EL DRAMATURGO

KEN
BRUEN



Lectulandia

Lo imposible ha ocurrido: Jack Taylor está limpio, y ahora sale con una mujer madura. Los rumores sugieren que incluso va a misa...

Las muertes accidentales de dos estudiantes parecerían sólo unos trágicos sucesos aleatorios, de no ser porque en ambos casos hay una copia de un libro de John Millington Synge bajo el cadáver. Jack comienza a creer que El Dramaturgo, un calculador asesino, está ahí fuera, incitándolo a jugar.

Mientras el caso se complica, el refugio de Jack, la ciudad de Galway, demanda el sacrificio del único amor que conserva, y, mientras Iraq arde, Jack empieza a sentirse a un paso del abismo.

Lectulandia

Ken Bruen

El Dramaturgo

Jack Taylor - 4

ePub r1.0

Titivillus 27.04.16

Título original: *The Dramatist*
Ken Bruen, 2004
Traducción: Daniel Meléndez Delgado

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com



Aniversario

epublibre

EDICIÓN CONMEMORATIVA

más libros, más libres

*Para Gabrielle Lord (reina del crimen)
y Donna Moore (escritora por excelencia).*

Lemsip^[1] y yogur griego. Éste era mi menú diario, el Lemsip por una gripe que pensaba que había pillado. El intermitente goteo de nariz era seguramente una retrospectiva de la cantidad de coca que me había metido en mi vida, pero no pensaba admitirlo. El yogur porque había leído (al menos eso creía) que todos esos cultivos vivos destruyendo bacterias eran buenos para el cuerpo. Añades una cucharada de miel y no está tan mal. La verdad era que mi estómago era un caos y que los *bio* parecían aliviarlo.

Durante seis meses me había mantenido limpio y sobrio. Aunque si la sobriedad se relaciona con la cordura, ya no cumplía los requisitos. Ni una sola gota de alcohol había cruzado mis labios durante ese tiempo. No había dejado la coca porque deseara limpiarme. Mi camello fue detenido y no fui capaz de encontrar otro proveedor. Me sentía tan mal sin priva que pensé dejar la coca, ya puestos. Estás en racha, ya sabes, ve a por todas. La trilogía mortífera, alcohol, coca y nicotina: los años que había malgastado con ellos. Aunque todavía fumaba. Joder, dadme un respiro. ¿No lo estaba haciendo de puta madre? Quizá dentro de un tiempo, quién sabe, también dejaría los cigarrillos. Pero lo más raro, lo más *¡Vamos! ¡De cabeza a la piscina de la locura...!*, es que empecé a ir a misa.

Uf.

Imagínatelo. Un domingo, muriéndome por un trago, enfermo de mi propia compañía, caminé hasta la catedral. Sonny Malloy estaba cantando y, ¡guau!, aquello fue una explosión. Así que volví otra vez. Hasta el punto en el que ahora el sacerdote me miraba asintiendo, y me decía: «Nos vemos la semana que viene».

Me gustaba sentarme al final, mirar el sol arrastrándose a través de las vidrieras de colores. Mientras la luz se dispersaba al rozar el techo, sentía algo parecido a la paz. La iglesia estaba siempre abarrotada, y los sacerdotes estaban a jornada partida. Había tan pocas vocaciones que tenían que trabajar rotando entre varias parroquias. La bebida, por supuesto, parecía seguir presente en todos los aspectos de mi vida. Mientras miraba el caleidoscopio de colores, recordé a uno de los artesanos que había trabajado en esas ventanas. Un tipo de Dublín llamado Ray, y que había muerto de cirrosis de hígado. Fui a visitarlo en sus últimos días y me dijo, «Jack, preferiría estar muerto a abstemio». Consiguió su deseo.

Stewart, mi camello, vivía junto al canal. Su aspecto era más parecido al de un banquero que al de un traficante. Por supuesto, el dinero era su credo. Teníamos una relación extraña: él me enseñaba el último producto que había adquirido, me explicaba su efecto, sus secuelas, e incluso los peligros que conllevaba. Yo parecía divertirme. ¿A cuántos expolicías cincuentones proveía? Para él, de algún modo, yo era una especie de revancha. Lo encontraba siempre fascinante. Estaba al final de la veintena e iba impecablemente vestido. La personificación de la nueva juventud irlandesa, mostrando todos los rasgos de esta brillante nueva era: inteligente, seguro de sí mismo, instruido, a la moda, algo mercenario. No creían en la mierda que nosotros habíamos levantado. El alzamiento^[2] de 1916 significaba tanto para ellos como la GAA^[3]; en otras palabras, nada.

Me lo presentó Cathy Bellingham, una *expunk*, exyonki de Londres que había acabado en Galway. Se lió con mi amigo Jeff, propietario de un bar, y ahora tenían un bebé, una niña con síndrome de Down. Cuando lo estaba pasando mal, muy mal, me apoyé en nuestra amistad para conseguir el nombre de un camello. Después de eso le había comprado muchas veces. Después lo arrestaron, y ahora estaba cumpliendo seis años en Mountjoy.

Yo estaba viviendo en el Hotel Bailey, que estaba regentado por una mujer de ochenta años. Hacía poco me habían dado una nueva habitación, casi un apartamento en sí mismo. Lo que más me gustaba era el tragaluz, por la vista del cielo. Tío, al mirarlo sentía un perpetuo anhelo. Si alguna vez hubiera descubierto que era lo que deseaba, podría haber sido feliz. Pero esto no parecía ir a pasar en breve. Un enorme armario contenía mi ropa, comprada en el mercado benéfico. Hasta hacía poco había poseído un abrigo de cuero, comprado en Camden Lock^[4]. Me lo birlaron en misa. Si llego a ver a un sacerdote vistiéndolo, le regalaría un sombrero a juego, en serio. Alineados contra la pared estaban mis libros... un batiburrillo de crimen, poesía, filosofía y misceláneos. Ellos me consolaban. Algunos días, incluso, me servían de confirmación de que seguía vivo.

Estaba racionándome los cigarrillos, cinco al día, y si esto era una sutil tortura, me daba igual. Como un paso más hacia la temblorosa rehabilitación, había incluso cambiado de marca. Ahora compraba Silk Cut, con el más mierdoso nivel de alquitrán. El timo final de las compañías tabacaleras; se ha revelado que estos cigarrillos ultra son más peligrosos que el tabaco de machos normal. Yo lo sabía, pero mi pecho parecía apreciar el detalle. Jeff, mi amigo, me había comprado parches para un mes. Estaban en un cajón, un gesto a medias entre reproche y aspiración. Como el ahora reducido clero.

Cuando Stewart fue condenado supuse que era un adiós. No era del tipo que se desenvuelve bien en la cárcel; iban a comérselo vivo. El día que lo enviaron yo estaba en Nestor, con un café tibio ante mí. Le hablé a Jeff sobre él, contándole la sesgada y breve historia de mis negocios con el tipo. Jeff, sacando brillo a un vaso, escuchó hasta que terminé.

—¿Ahora estás limpio? —Me pregunto.

—¿De drogas, quieres decir?

—Sí.

—Lo estoy.

—Entonces que le den por el culo —dijo, colocando el vaso junto a una hilera de brillantes iguales.

Pensé que era un poco duro, y dije:

—Eso es un poco duro.

Jeff me miró directamente a la cara, tomándose tiempo.

—Estaba vendiendo droga; esa gente son la escoria de la sociedad.

—En cierto modo me caía bien.

—Ése es tu problema, Jack, siempre te relacionas con mala gente.

¿Existe una defensa para una acusación así? Yo no la tenía. Al fondo del bar estaba el parroquiano perenne. Un sostén para los bares irlandeses, por lo menos para los más antiguos, apoyado en la barra, con una caña entre sus manos. Siempre medio llena... o medio vacía, dependiendo de tu perspectiva. Raramente hablaba, excepto por pronunciamientos como, «Nunca va a llegar el verano» o «No lo descubriremos hasta Navidad».

La Copa Mundial, un verdadero desastre, había terminado hacía poco. Las teorías conspiradoras, jueces de línea chungos, árbitros atroces... habían proporcionado un auténtico festín de espantoso deporte.

—Lo de los cameruneses fue un robo —dijo el parroquiano. Lo miré, y añadió—. Yo había apostado por Italia, siete a uno... anularon cinco goles. Fue una vergüenza.

La cosa era que llevaba razón. Pero se volvía tremendamente suspicaz cuando alguien estaba de acuerdo con él, así que le dediqué una sonrisa de compromiso. Esto pareció satisfacerlo, ya que reanudó la vigilancia de su cerveza. No sabía qué esperaba descubrir en esta visión, quizá los números de la lotería, o una respuesta para Eamon Dunphy^[5].

—¿Qué te debo por el café? —Le pregunté a Jeff.

—Nada^[6], colega.

—¿Cómo está Serena May?

—Aprendiendo a andar, ya no debe quedar mucho.

—Ten cuidado entonces, ¿eh?

Al salir de Nestor me subí el cuello de mi abrigo de guarda^[7]. Caía una llovizna ligera, nada grave. Pasaron un grupo de surcoreanos, todavía aturridos por la Copa Mundial. Sabía quiénes eran porque llevaban chaquetas con «Seúl se sale» en la espalda. Una frase ambigua; que le pregunten a los italianos.

Un antiguo vecino de mis días en Hidden Valley estaba sentado en un banco junto al Hotel Great Southern. Me llamó y me acerqué.

—Ya sabes que yo no soy cantante —empezó a contar—. Bueno, pues estaba en McSwiggan, la otra noche, y bebí más de la cuenta. Una mujer noruega comenzó a

charlar conmigo. Sabía que ella era de allí, de una de esas regiones frías, porque tenía el rostro de hielo. De repente comencé a cantar *For the good times*^[8].

Hizo una pausa, agitando la cabeza ante el asombro que le producía lo que estaba contando. Yo sabía que Willy Nelson había tocado recientemente en Kilkenny, y que había confesado al encantado público que necesitaba el dinero para pagar la factura de la luz.

—Ella pensó que la canción era buena —continuó mi amigo—, así que le dije que la había escrito yo. Jesús, se lo creyó, y terminé tirándomela cerca del club náutico. Jamás en mi vida me había pasado algo así. Debería haber empezado a cantar hace años. ¿A ti qué te parece?

—No tienes remedio, Willy.

Lo dejé reflexionando sobre los misterios de la música y las mujeres. El paseo me estaba sentando bien, y, al pasar frente a los bares, mantuve los ojos apartados. La atracción por la bebida estaba al acecho en cada momento del día. Al pasar junto al puente Salmon Weir reconocí a un tipo que estaba junto a un contenedor de Age Concern^[9].

—¡Ey, Jack! —Me gritó.

Lo conocía de toda la vida. En el colegio siempre destacaba en catecismo, y hablaba con la misma fluidez en irlandés e inglés. Se había convertido en un pescador sin licencia o, como se los conocía localmente, en un furtivo.

—¿Cómo te va, Mick? —Pregunté.

Me dedicó una sonrisa triste, señalando el agua. Un hombre, equipado con caros bártulos de pesca y con zancos hasta los muslos estaba extendiendo un largo sedal.

—Un alemán huevón —dijo Mick.

—¿Sí?

—Por pescar durante un día les cobro una pequeña tarifa, además de la entrega de la mitad de la captura.

Un pensamiento me golpeó de pronto.

—¿Y qué pasa si sólo coge uno?

—Entonces está jodido —contestó Mick, soltando una carcajada de pura maldad.

Mick era seguramente el mejor furtivo de salmón al oeste de Shannon. Tenía una bolsa de viaje a sus pies. Se inclinó y sacó un termo y un panecillo francés.

—¿Un bocado? —Me preguntó.

—No, pero gracias.

—Toma un trago entonces. Te calentará y hará que la sangre te baile.

Sentí que se me aceleraba el corazón.

—¿Qué hay dentro? —Pregunté.

—Sopa de pollo y aguardiente irlandés.

Cristo, aquello era una tentación; sólo tenía que alargar la mano.

—No, gracias —contesté, agitando la cabeza.

Se llevó el termo a la boca y dio un largo trago; después lo bajó, y juraría que sus

ojos se pusieron en blanco mientras exclamaba:

—Ostia puta.

Estaba muerto de envidia. ¿Hay algo que pueda compararse al golpe de calor que provoca al impactar en el estómago?

—Me han dicho que lo has dejado —dijo.

Asentí miserablemente, y él buscó de nuevo dentro de la bolsa.

—¿Quieres uno de éstos? —Preguntó, tendiéndome un calendario con el Sagrado Corazón en el frontal—. Es para medio año. Así, si es una mierda, sólo pierdes seis meses.

Yo ya había perdido la mitad de mi vida. Lo abrí y había una homilía para cada día. Tracé un camino con el dedo hacia abajo, encontré la fecha de aquel día, y leí:

«La fe verdadera fomenta la justicia».

No en mi experiencia.

Hice ademán de devolvérselo y él se negó.

—No... es un regalo. Quiero decir, ahora eres un meapilas, ¿no? De modo que esto es perfecto.

Me hubiera encantado darle un puñetazo en la boca. Galway era una ciudad ahora, multicultural y multirracial, pero en el corazón seguía teniendo mentalidad de pueblo pequeño. Todo el mundo sabía qué eras.

—Nos vemos, Mick —dije, mientras me metía el calendario en el bolsillo.

Cuando me alejé, gritó:

—Rézate una por nosotros, ¿no?

Me fijé en un chaval joven de cabello rubio al otro lado la carretera; parecía estar mirándome. Yo pasé de largo.

«Hace varios años, cuando estaba escribiendo “La Sombra del Valle”, obtuve más ayuda de la que ningún aprendizaje podría haberme dado de una grieta en el suelo del viejo albergue donde me estaba hospedando, que me permitió escuchar lo que decían las chicas del servicio en la cocina».

J. M. Synge, Prefacio para *El playboy del mundo occidental*

No tengo familia, no en el sentido ordinario. Mi madre y yo estuvimos en guerra varios años. Una campaña de fuego cruzado, de bajada a las cloacas, cada vez que ella tenía la oportunidad. Para mi sorpresa, con el tiempo había comenzado a suavizarme con ella. Estaba recuperándose lentamente, y, aunque a duras penas nos soportábamos, había habido un cambio definitivo en nuestra perspectiva. Debía ir a visitarla pronto. Su acompañante, el padre Malachy, me odiaba con la misma firmeza que siempre.

Como si a mí me importara una mierda.

Cuando Jeff y Cathy tuvieron su bebé, sentí que la esterilidad de mi vida se iluminaba como una luz de neón. Ya que era el padrino de la niña, intentaba mostrar más interés del que sentía.

De vuelta en Bailey colgué el calendario en la pared. Janet, la camarera de piso, se sentiría animada al verlo. Hace un tiempo, cuando mi adicción a la bebida estaba bordeando el límite, me dejó un folleto sobre Matt Talbot^[10]. Sin duda atribuía mi estado actual a un milagro de Matt. Lo cierto es que yo estaba cada vez mejor. Tenía una mininevera en mi habitación, abastecida de yogur y agua mineral de Galway. Abrí una botella y me tumbé en la cama. Aporreé el mando a distancia y pillé el principio de *Oz*, el musculoso culebrón carcelario australiano. Nunca hubiera imaginado que descubriría la belleza de trabajar aquí. Si lo hubiera sabido, ¿habría actuado de un modo diferente? En aquel entonces mi vida estaba encaminada, más cerca de la normalidad de lo que nunca ha estado. ¿Hubiera optado por continuar el camino hacia la ciudadanía, o estaba ya de hecho tirando de la correa?

En *Oz* las cosas se estaban calentando. Había habido una ejecución, un preso estaba muriendo de sida y a otro se le había ordenado asesinar a un recién llegado. Decir que era fuerte hubiera sido una descripción insuficiente. Apagué la tele, después consideré vagamente *A seis metros bajo tierra*, la serie de la HBO sobre una familia de funerarios. En el último episodio, un cadáver perdió un pie y esto provocó varios follones, incluyendo uno relacionado con un policía gay. Alguien debería demandar a Thomas Lynch. Decidí ponerme a leer; ya había suficiente humor negro en las calles cada día.

Estuve hojeando el trabajo de Jean Rhys^[11]. Su sentimiento de desarraigo siempre

hacía que algo resonara en mi interior. Una vez la había oído describirse como una ciudadana de la desposesión, siguiendo un camino de desastre a través del lúgubre paisaje de su mente. Durante un tiempo, había vivido sobre un bar en Maidstone... en los años cuarenta, una época sombría. Lo explicó así:

«Debo escribir. Si dejo de escribir mi vida habrá sido un abyecto fracaso. Esto quizá estaría bien para otra gente. Pero para mí sería un miserable fracaso hacia mí misma. No me habría ganado la muerte».

Estas palabras provocaban todo tipo de explosiones en mi mente. El teléfono sonó y aparté el libro con alivio.

—¿Sí?

—Jack, soy Cathy.

—Hola, Cathy.

Pausa. Casi podía escuchar cómo media sus palabras. El instinto me gritó que, fuera lo que fuera, iba a ser fuerte.

—Necesito un favor, Jack.

—Claro, nena, si puedo.

—Stewart quiere que hagas una visita.

—¿A quién?

Un suspiro, abrasado por la impaciencia.

—Al camello... a *tu* camello.

—Oh.

Ahora se precipitó: sácalo, ve al grano.

—Te ha puesto en la lista de visitas el miércoles a las tres de la tarde; tienes que ser puntual o tendrías que esperar a la semana siguiente.

—Pero está en Mountjoy, y eso está en Dublín.

Su paciencia se estaba agotando.

—A no ser que lo trasladen.

Casi parecía que había recuperado su antigua chispa. La de la Cathy de la época *punk*, la exyonqui que conocí primero, con alambre de espino en la boca y tatuajes a lo largo de sus brazos. La verdad es que echaba de menos la vieja versión, desde la llegada de Jeff y el bebé había perdido su filo, se había transmutado en una usurera pseudoirlandesa.

Jesús.

Ahora ella era la que esperaba.

—Cathy, no sé de qué va esto —dije, confuso. Parecía estar esperando esa respuesta.

—Te pagaremos los gastos, incluida una habitación en el Royal Dublín. No queremos causarte ninguna molestia, Jack. Tómate esto como unas vacaciones.

No contesté y ella siguió.

—Estás en deuda, Jack.

—Oye, Cathy, dame un respiro. Yo le pagaba por sus servicios... sólo era un puto camello. ¿Cómo voy a estar en deuda con él?

—No con él; estás en deuda conmigo.

Eso era verdad. Intenté encontrar las palabras para librarme pero ninguna vino.

—Me has pillado, supongo —dije.

Si estaba aliviada no lo demostraba.

—Le he dejado un sobre para ti a la señora Bailey —dijo—. Contiene dinero en efectivo, los horarios de tren y la reserva del hotel.

—Estabas muy segura de que aceptaría.

—Bueno, incluso tú, Jack, tienes cierto sentido de obligación.

Esto me parecía una puñalada trapera. Por el amor de Dios, que yo era el padrino de su hija.

—Parece que has cubierto todos los ángulos —le contesté.

Pude escuchar cómo tomaba aliento.

—Si tuviera cubiertos todos los ángulos, Jack, hubiera terminado mi amistad contigo hace mucho tiempo.

Y colgó el teléfono.

Durante mis años como policía había conocido todo tipo de gente, generalmente la escoria de la sociedad. En la época en la que estuve destinado en Cavan, arresté a un viejo por orinar en la vía pública. Sí, Cavan era una zona de alta criminalidad. Al meterlo en el coche me sentí mezquino.

—Hijo —me dijo—, lo cierto, con los amigos, es que ellos nunca, y digo nunca, deben permitirse hacerte sentir mal. Ésa es la labor del resto del mundo.

Entonces yo era joven, lleno de tonterías y humos, y le contesté con mi tono de Templemore^[12]:

—Yo no soy tu amigo.

El viejo me ofreció una sonrisa cansada.

—Seguro, los polis no tienen amigos.

Olvidé su cara pero no sus palabras. ¿Estaba enfadado con Cathy? Dejadme explicarlo de este modo: iba a ser difícil explicarle a la señorita Bailey por qué había hecho un agujero en la pared del baño, de un puñetazo. No me rompí los nudillos pero estuve cerca.

La señora Bailey me tendió un sobre grueso.

—Esa chica joven, ¿Cathy...? Lo ha dejado para ti.

—Gracias.

Sopesé el sobre en mi palma, suponiendo que contenía un montón de dinero. La anciana estaba mirándome fijamente.

—¿Qué? —Le espeté.

Seguramente sonó un poco más rudo de lo que pretendía.

—Esa chica, Cathy... no es uno de los nuestros. Quiero decir, que no es irlandesa, ¿verdad?

—No, es de Londres.

—Tiene un poco de acento irlandés.

—Sí, ahora es nativa.

Ella chasqueó la lengua y agitó la cabeza, desaprobando tal absurdo.

—Piensan que por comprar un anillo Claddagh^[13] y usar el nombre del Señor se convierten en uno de nosotros, como si eso pudiera ser posible.

Le dediqué una sonrisa tensa y me volví para marcharme.

—Disculpe si he sido un poco rudo —dije.

—Has sido rudo, y no creo que lo sientas de verdad —me contestó evaluándome—. Creo que te arrepientes de lo que has hecho porque te gusta tener el control. Es parte del policía que hay en ti.

No pensaba que hubiera mucho que ganar discutiendo el asunto.

—Estaré en Dublín un par de días —dije.

—Oh, ¿estás trabajando de nuevo?

—No, voy a visitar a alguien.

—¿A un enfermo?

—Algo así.

Llevaba una bolsa de viaje sobre el hombro, no sabía qué llevar a una prisión. Metí dos camisas blancas; con ellas cubriría la mayor parte de las contingencias. Un par de pantalones de vestir de ésos con rayas como cuchillos, podías cortar pan con ellas. Dos libros, por supuesto, para entretenerme en ambas etapas del viaje. Había estado en Charlie Byrne^[14] el lunes. Habían llegado un montón de libros nuevos, y quería tener tiempo para echarles un vistazo. Vinny estaba absorto en un libro, levantó la mirada y comenzó a sonreír lentamente.

—Jack, pensamos que habías dejado de leer —dijo.

—Jamás.

—¿Puedo ayudarte en algo?

Miré alrededor, no vi a nadie cerca, y pregunté:

—Voy a ir a ver a un tipo, a la cárcel; había pensado llevarle algunos libros.

¿Alguna idea?

Se quitó las gafas, una indicación segura de que estaba considerándolo seriamente.

—Yo eludiría los relatos carcelarios —dijo—. Quiero decir, el tipo está haciendo tiempo. ¿Crees que querrá leer sobre ello?

Como si hubiera leído mi mente. Que Dios me perdone, pero había estado contemplando exactamente esa línea de campo. Buscó a su espalda, donde yo sabía que guardaba su alijo privado, y sacó uno.

—Toma.

Puckoon, de Spike Milligan.

—Ésta es tu propia copia: parece bien cuidada —dije.

—Jack, ¿qué es lo peor que puede pasar, que me lo birle? Ya está cumpliendo condena.

—¿Cuánto te debo?

—Lo pondré en tu cuenta.

—Gracias, Vinny, serás recompensado.

—Dios te oiga.

El tren debía salir el martes a las once de la mañana. Tenía mucho tiempo para matar, caminé hacia la catedral y me alivió no encontrar al furtivo. Pasé junto el hospital, abandoné Cooke Corner. Comenzó a llover y me subí el cuello del abrigo. Mientras me desviaba hacia la calle Mill decidí comprar cigarrillos. Desde que tengo uso de memoria, siempre había habido un ultramarinos familiar allí. Descubrí que ahora había un pequeño supermercado, y me pregunté cuánto tiempo había pasado desde mi última visita. Entré y me llevé la segunda sorpresa: aquello era África en miniatura. Familias negras charlaban en los pasillos, los chiquillos repartidos a lo largo de las paredes. Música enérgica se derramaba en cada esquina. Un jovial hombre alto me dio una palmadita en el hombro.

—Bienvenido, hombre —dijo.

Me acerqué a la caja y una mujer de unos treinta años, con un rostro de belleza turbadora, me atendió.

—Vuelva pronto —dijo, mientras me daba la vuelta para marcharme.

—Lo haré.

La lluvia se había detenido y pasé junto a la comisaría... o el cuartelillo, como solía llamársele. Era un hervidero de actividad. Me detuve un momento, con un revoltijo de emociones. ¿Añoraba ser policía? Oh, Dios, sí. ¿Añoraba toda esa mierda? Ni de coña. Me preguntaba qué pasaría si entraba para ver a mi viejo némesis, Clancy. ¿Estaba bromeando? Sabía exactamente qué pasaría.

Nada bueno.

Un cincuentón, con protuberantes mejillas coloradas, nariz amoratada, chaqueta de *tweed* y la camisa azul reglamentaria me echó un vistazo.

—Jack.

—Hola, Brian.

Si la memoria no me fallaba, como a veces hacía, alguna vez nos habíamos pateado las calles juntos. Desde su corbata de la GAA hasta su dorado *fáinne*^[15] todo en él era una caricatura.

—Por los clavos de Cristo, pensé que estabas muerto —bramó, sin fingir simpatía.

—Casi.

Miró alrededor y supe que ser visto conmigo no sería bueno para la carrera de nadie.

—¿Tienes tiempo para uno rapidito? —Dijo, ofreciéndome un pitillo.

—Tengo que coger un tren.

*«Vosotros sois convictos. Vuestro trabajo aquí es mentir, timar, robar, extorsionar, haceros tatuajes, tomar drogas, vender drogas, acuchillaros y daros palizas los unos a los otros. Lo único que tenéis que hacer es evitar que os pillemos... **porque ése es nuestro trabajo**. Si te pillamos, la has jodido».*

Jimmy Lerner, *You've Got Nothing Coming: Notes from a Prison Fish*

No podía recordar la última vez que cogí un tren; y, ¿qué demonios le había pasado a la estación? Por supuesto, sabía que el viaje en vagones, las huelgas de trenes y el aumento de precios habían puesto patas arriba el servicio, pero la estación estaba totalmente transformada. Antes había sido una estación de trenes regionales que era, en realidad, un pueblo en sí misma. El jefe de estación conocía a todo el mundo en Galway, y no sólo sabía siempre a dónde iban sino el propósito del viaje. No importaba el número de años que hubieras estado fuera, cuando llegabas a la estación él te saludaba por tu nombre y sabía dónde habías estado.

Ahora un altavoz anunciaba las salidas en cuatro idiomas. Hice cola para recoger mi billete tras una hilera de mochileros. Ni una palabra en inglés por ningún sitio. Finalmente conseguí pedir mi viaje de ida y vuelta, y me quedé anonadado con el precio.

—¿Es en primera clase? —Pregunté.

—No sea ridículo.

Farfullando pasé junto al nuevo y moderno restaurante, el viejo café con corrientes de aire ahora era sólo un eco en mi mente. Había una foto de Alcock y Brown^[16] colgada en la pared junto a un póster de un jovial hombre que miraba con sorpresa un grupo de flamencos, con cañas de cerveza en sus picos, y el logo:

Dios Mío.
Mi Guinness^[17].

Siempre me arrancaba una sonrisa.

El tren conservaba un vagón para fumadores, para asombro de una pareja de americanos.

—John, en este tren se puede... si te apetece... fumar —dijo ella.

Si él tenía una respuesta, no la formuló en voz alta. Yo tuve el vagón entero para mí solo. Así que me encendí un pitillo, sintiendo que era una acción absolutamente obligatoria. Sonó un pitido y salimos. Louis MacNeice^[18] adoraba los trenes y siempre escribía sus libros durante los viajes. Intenté leer, pero fue inútil. A las afueras de Athlone vino un carrito con té, empujado por un hombre de constitución

poderosa. Tenía aspecto de poder mover montañas, y arrastrar el carrito parecía una simple molestia.

—¿Qué tal? —Pregunté.

—¿Té, café, sándwich de queso, chocolate, bebidas suaves?

Su acento era espeso, casi impenetrable. Pude deducir la lista de artículos de una lista pegada en el lateral del carrito. Señalé el té, y, mientras lo servía y colocaba ante mí, el movimiento del tren provocó que la mitad del contenido se derramara.

—Ucrania —contestó, poniendo un grueso dedo contra su pecho.

—Irlandés —dije yo, pensando en imitar el gesto del dedo.

Pero llegué a la conclusión de que para algo así me era necesario cierto nivel de alcohol en sangre. Le tendí diez euros, los cogió y se alejó. Por menos de la cuarta parte de un vaso de plástico de agua coloreada. Qué chollo. Tomé un sorbo experimental y fue peor de lo que nunca hubiera esperado... una mezcla del amargor del té y el café, elevada a la categoría de arte por Iarnród Éireann^[19].

Escuché que la puerta del vagón se abría a mi espalda, y después la voz de una mujer:

—¿Jack? ¿Jack Taylor?

Me volví para ver a una joven de veintitantos años, vestida con lo que antes solía llamarse un traje de dos piezas, y que ahora se llamaba mal gusto. El tipo de traje que verías en una serie de televisión inglesa, generalmente en algo relacionado con una partida de *bridge* y un cadáver en la biblioteca. Su rostro podría ser bonito si hiciera el más mínimo esfuerzo. Los pequeños pendientes de perlas me dieron la pista que necesitaba.

—Ridge... dame un momento, Bridie... no... ¿Bríd?

Ella chasqueó la lengua, disgustada.

—No uso la forma inglesa. Te lo he dicho unas... demasiadas veces... que es Nic an Iomaire.

La oficial de policía. En un caso anterior, no habíamos colaborado tanto cuanto habíamos chocado. Finalmente la ayudé a ganar algo de mérito en un crimen importante, aunque siempre se mostró suspicaz ante mi ayuda. Nuestra relación fue tensa desde el principio. Su tío, Brendan Flood, y yo, teníamos una historia heterogénea, comenzando como adversarios y terminando como incómodos amigos. Su trabajo de investigación e información fue vital en la mayor parte de mi trabajo; después se convirtió en un converso y su entusiasmo había acabado con mis nervios. Más tarde tuvo una crisis nerviosa, provocada por la bebida, la pérdida de su familia, y el abandono de la fe. Compartimos una borrachera donde bebimos *boilermakers*^[20] y nos inyectamos nicotina. Mi fallo fue no percibir su nivel de desesperación. Algunos días después cogió una sólida silla de cocina, una cuerda, y se ahorcó.

Para añadir otro motivo a mi sentimiento de culpabilidad, me legó un montón de dinero, y el cuidado de su sobrina. Y aquí estaba de nuevo. Se sentó torpemente en el asiento opuesto.

—¿Te pido algo? —Me ofrecí—. No te recomiendo el té —añadí, señalando mi taza de plástico—, y además no es barato.

En realidad nunca había creído que hubiera gente capaz de levantar la nariz, pero ella lo hizo.

—No bebo té.

—Joder, vaya sorpresa. Si la memoria no me traiciona, en nuestra época en el bar siempre tomabas zumo de naranja pero, guau, qué tiempos aquéllos, a veces te saltabas las normas tomándote un tinto.

—Por supuesto, señor Taylor, tú ya bebías suficiente por todos nosotros.

Y aquí estaba aquel viejo sentimiento, la necesidad de abofetearle la boca.

—He dejado la bebida.

—Oh... ¿Y cuánto crees que durarás... esta vez?

Me eché hacia atrás en el asiento, cogí mis cigarrillos y ella casi me escupió.

—Preferiría que no hicieras eso.

Me encendí un pitillo.

—Como si alguna vez me hubiera importado —dije.

Agitó la mano frente a su cara, la señal internacional usada por los no fumadores para mostrar irritación.

—¿Vas a Dublín? —Pregunté.

—Sí, para asistir a una vista. El jefe ha decretado que todos los rangos deben asistir a las Cuatro Cortes^[21], ver cómo se administra la justicia.

Podía imaginarme a los burócratas en el momento de concebir una idea tan genial.

—Deja que te ahorre el viaje: se administra mal. Con la escasez de policías en la calle, es vital que estos obtengan experiencia de la observación. Aun así, ¿es que has conseguido un ascenso?

Una tormenta pasó por su rostro, rozando los rabillos de sus ojos.

—Oh, sí, claro —dijo—, como si fueran a ascender a alguien de mi sexualidad.

—¿Porque eres una mujer? —Pregunté, sin entender nada.

Ella perdió la paciencia.

—¿Qué pasa, es que no lo sabes?

¿De qué demonios estaba hablando? Realmente había perdido el hilo.

—¿Saber qué? —Pregunté.

—Que soy lesbiana.

Dios sabe que, aun dedicándome a la investigación, estoy ciego para cosas más obvias. En algunas ocasiones, aunque raras, había realizado impresionantes ejercicios deductivos. El resto de las veces, era como si navegara por la vida en una total oscuridad. Existían, probablemente, un millón de permutaciones de la respuesta correcta a la afirmación «Soy lesbiana». Aparte de soniditos de solidaridad, empatía, apoyo... había incluso respuestas que incluían, no sólo aliento, sino humor. Yo me decidí por:

—Oh.

Ella se me quedó mirando, y en ese momento comprendí el significado de la expresión «un silencio tenso». Eso fue lo único que tuvimos durante los siguientes cinco minutos.

—Debo volver a mi asiento —dijo por fin, levantándose—. Margaret debe estar preguntándose dónde estoy.

¿Margaret era su pareja? No tenía cojones suficientes para preguntárselo.

—Veo que vives al día —dijo, mirando el portaequipajes sobre mi cabeza, sin maletas.

Quería librarme de ella como fuera.

—Voy a la cárcel —dije.

—Es allí adonde perteneces.

Y se fue.

En Heuston me detuve en la plataforma, esperando verla (bueno, en realidad esperaba ver a Margaret) pero ellas no me dieron el gusto. Cogí el autobús y fui directo a la calle O'Connell.

Menudo vertedero.

Jesús, fuera lo que fuera lo que estábamos haciendo en Galway, parecía ser mejor que esto. La que una vez había sido una calle impresionante ahora era chabacana, sucia, y deprimente.

Mientras me dirigía al Royal Dublín, un hombre de mediana edad me detuvo.

—¿Sabes dónde está el *sex-shop* Ann Summers? —Susurró.

—¿Qué? ¿Te estás quedando conmigo? ¿Cómo voy a saberlo?

Pensé, «Tranquilo, tienes que controlarte».

El hotel tenía un impresionante vestíbulo y el recepcionista era muy amable.

—¿Tiene el señor una reserva? —Me preguntó.

La tenía.

Y,

—¿Prefiere el señor fumadores, o no fumadores?

Imagínatelo, joder.

Mi visita estaba concertada a las tres de la tarde, de modo que pillé un taxi.

—A Mountjoy, por favor —dije.

El conductor me miró pero no hizo ningún comentario. Pero los taxistas silenciosos no existen y después de algunos minutos dijo:

—¿Ese acento es de Galway?

—Sí.

Lo dije en un tono pensado para disuadir más preguntas. No funcionó.

—Ha sido un largo viaje, ¿eh?

Al parecer tomó mi gruñido de respuesta como una muestra de interés.

—¿Viste el partido del domingo?

No lo había visto pero daba igual. Ni siquiera sabía a cuál se refería, y desde luego no iba a preguntárselo. En Irlanda siempre hay algún partido y, más concretamente, siempre hay uno del que discutir. Dejé de prestarle atención.

—Aquí está —dijo cuando el taxi se detuvo por fin—, el segundo hogar de lo mejorcito de la región.

Salí del automóvil.

—¿Quiere que espere? —Me preguntó.

—No, voy a tardar.

—Eso es lo que dicen todos.

Quemó neumáticos al marcharse. Sin duda aquel sonido debía ser música amarga para los ladrones de coches tras los muros. Miré la prisión por un momento, y encendí un cigarrillo. Al diablo con mi cuota diaria. Mirando aquel edificio sentí una punzada de temor en la espalda. Su sola apariencia era intimidante, y de ninguna manera podrías confundirlo con algo más de lo que era: un lugar de aislamiento, de castigo. Me obligué a reaccionar y comencé a andar. No era fácil acceder al edificio: tardabas siglos en pasar el enorme número de controles y dobles controles que te efectuaban. El haber sido policía no me facilitó ningún atajo. Finalmente, tomé mi puesto con los otros visitantes, predominantemente mujeres y niños pequeños. Parecían conocerse los unos a los otros y se enzarzaron en burlescas bromas. Era casi como una noche de bingo. El emblema de la nueva Irlanda eran las dos mujeres negras. Estaban sentadas apartadas, y parecían secas de toda emoción, con el desánimo colgando sobre ellas.

Después el alcaide gritó y los visitantes se arrastraron hacia delante. Me cachearon de nuevo y examinaron el contenido de mi bolsa de plástico. «*Puckoon* se ha abierto», sentí, manoseado hasta la espina dorsal, y después pasé al interior.

«No soy un ocultista ni un místico. Soy un chico de mi tiempo a pesar de estas premoniciones, y me aferro estrictamente a lo que veo. Pero aquí hay un aterrador acertijo, y yo vuelvo una y otra vez a lo que me parece que es la respuesta. Lo que yo vi deslizándose por allí, como el Príncipe de la Oscuridad, no era humano».

Friedrich Reck-Malleczewen, *Diario de un hombre desesperado*

Olvídate de las películas. Había esperado que nuestra reunión se produjera con un cristal entre nosotros, usando teléfonos para comunicarnos. Estaba equivocado. Los reclusos estaban sentados en mesas, los guardias de vigilancia contra los muros. La máquina de refrescos estaba abarrotada, y la atmósfera era casi la de un *pícnic*. Me llevó un minuto enfocar la vista. Stewart estaba en el centro de la habitación, levantando el brazo. Me dirigí hacia él, sin estar seguro de cómo debía comportarme. No era como si fuese un familiar o un amigo. Llevaba una camisa vaquera, vaqueros holgados... demasiado holgados. Ya me había imaginado que habría perdido peso, pero Stewart tenía la flacidez que consigues de una alimentación con alto contenido en almidón, y nada de ejercicio. De hecho tenía la palidez de la prisión, y su ojo izquierdo estaba amoratado, casi cerrado. Le di el libro.

—Gracias por venir —dijo, ofreciéndome la mano.

Tomé su mano y la estreché. Su antigua apariencia de satisfacción, dinero y comodidad se había esfumado, reemplazada por un fiero autocontrol, como si estuviera concentrado en evitar que sus ojos revolotearan salvajemente en todas direcciones.

—¿Qué te ha pasado? —Pregunté, mientras me sentaba y asentía a su ojo.

Stewart me dedicó una débil sonrisa, casi sin darse cuenta.

—Un desacuerdo sin importancia, sobre un pudín de arroz —dijo—. Es de lo que va esto de la cárcel, en realidad; de quien consigue comerse tu postre.

Yo no sabía mucho sobre eso y no dije nada.

—Aunque voy aprendiendo; he contratado un guardaespaldas —dijo, tocándose el ojo cuidadosamente—. Siempre he sido de aprendizaje rápido, pero me ha llevado bastante adaptarme a esto.

Sentía curiosidad, así que pregunté:

—¿Cómo funciona eso del guardaespaldas?

Soltó una breve carcajada.

—Como cualquier otra cosa, con dinero. Pago al mayor matón para que me cubra las espaldas.

No lo entendía.

—Pensaba que te habían congelado las cuentas —dije—. Quiero decir, ¿no es lo

que suele hacerse con el dinero de la droga?

Ahora sonrió ampliamente, y noté que todavía tenía dientes. El guardaespaldas se estaba ganando el sueldo.

—Congelaron algunas de mis cuentas —explicó—. Siempre fui inteligente con el dinero, no es nada del otro mundo. Consigues un abogado avisado, y empiezas a jugar.

Miré la larga cola frente a los aperitivos, las sonrisas forzadas en los rostros de los visitantes, y los ojos aburridos de los vigilantes.

—¿Llamas a esto jugar? —Pregunté.

Dejó que su control se escurriera y atisé un niño asustado, pero rápidamente volvió a dominarse.

—Tenía una hermana, Sarah —dijo.

Me fijé en el tiempo verbal que había usado.

—¿Tenías?

—Dos semanas antes de que me arrestaran la encontraron muerta.

—Lo siento.

Él ladeó la cabeza, como si estuviera escuchando alguna música lejana.

—Tú no la conocías, ¿por qué demonios ibas a sentirlo?

Iba a decir, «Bueno, entonces que te jodan», pero él siguió hablando.

—Sarah Bradley. Tenía veinte años, y estaba en el último año en la NUI^[22], haciendo una licenciatura en letras. Mira...

Buscó en su camisa, sacó una foto, y me la tendió. Una chica muy bonita, rizos oscuros encuadrando dos enormes ojos, mejillas marcadas y una sonrisa abierta, con brillantes dientes blancos. La cámara había captado cierto halo de tranquila confianza, parecía una chica que sabía exactamente lo que estaba haciendo.

—Una chica encantadora —dije.

Y se la devolví. Él la dejó caer sobre la mesa.

—Vivía junto al parque Newcastle, compartía piso con dos chicas más. Estuvieron en una fiesta y, cuando volvieron a casa, la descubrieron a los pies de la escalera. Tenía el cuello roto.

Siguió mirándome fijamente.

—Un terrible accidente —dije.

—No, no lo fue.

Había perdido el hilo.

—¿No crees que fuera terrible? —Pregunté.

—No creo que fuera un accidente.

Me tomó desprevenido; comencé a entender a dónde nos dirigíamos, el propósito de mi visita.

—Vale... —dije, sacando mis cigarrillos.

—¡No fumes! —Ladró Stewart, levantando la mano—. Tengo nubes de nicotina veinticuatro horas al día, siete días a la semana, así que permíteme un pequeño

espacio para respirar.

Qué demonios, decidí ahumarlo. Un camello intolerante al humo del tabaco estaba más allá de cualquier comentario. Por no mencionar el *blitzkrieg*^[23] de los otros fumadores de la sala. Usó sus manos para proteger su rostro, y después físicamente hizo retroceder su cuerpo.

—Bajo el cuerpo de mi hermana, bajo el cuerpo de Sarah, había un libro de Synge.

—¿Synge?

—Quizá has oído hablar de *playboy* del mundo occidental. Sarah lo odiaba, odiaba toda esa mierda mordaz. Ella no lo hubiera tenido en casa, y, antes de que preguntes, tampoco pertenecía a las otras chicas. Les pregunté. Nunca lo habían visto antes.

Ordené mis pensamientos.

—Vamos, Stewart, has dicho que estaba estudiando una carrera de letras; Synge debía estar incluido.

Se inclinó hacia delante y pude oler su aliento, una mezcla de pasta de dientes y ambientador. Su rostro era serio.

—Lo único que te pido es que lo compruebes. Te pagaré bien, muy bien. Toma, te he escrito su dirección, los detalles... Por favor, Jack.

Yo no sabía qué era lo que te hacía soportar la prisión, qué obsesión te empujaba a través de los días. Decidí ser sincero... lo que nunca es un movimiento inteligente.

—Stewart, no creo que haya nada que comprobar.

Él dejó caer las manos sobre la mesa, reuniendo toda su energía.

—Entonces no tienes nada que perder —dijo—. Consigues una suculenta suma por, ¿qué? ¿Un par de preguntas? Yo nunca, y digo nunca, he pedido nada a nadie. En el juicio, el abogado me sugirió que, ya que era mi primer delito, pidiera la contraprestación de la pena. No lo hice y aquí estoy, suplicándote.

Hubiera deseado no tener nunca que investigar otra muerte. En los casos anteriores me había visto envuelto contra mi voluntad, y con horribles resultados.

Decidí ir paso a paso.

—¿Qué dijo la policía? —Pregunté.

Stewart soltó una corta, afilada carcajada. Las cabezas del resto de mesas se volvieron hacia nosotros.

—Baja de la nube, Jack. ¿Crees que un camello va a conseguir mucha ayuda de la poli? Lo que dijeron fue que era una pena que no hubiera sido yo el que se rompiera el puto cuello.

—¿Y el informe de la autopsia?

—Ni drogas ni alcohol en su organismo; el diagnóstico fue muerte accidental. ¿Qué te parece? ¿Deberá poner eso en su lápida?

La gente se estaba levantando, cogiendo los abrigos, y yo sentí una oleada de alivio.

—Vale —dije—, le echaré un vistazo, pero no puedo prometerle nada.

—Gracias, Jack —dijo, extendiendo la mano—, y gracias por el libro: Spike Milligan, el material perfecto para este manicomio. Si me ayudas no te arrepentirás, te lo aseguro.

Chico, nunca estuvo equivocado sobre eso.

De vuelta a la sala de espera, el vigilante que nos escoltaba tocó mi brazo y susurró.

—¿Eres Jack Taylor?

—Sí.

—¿Eras policía?

Me pilló de improviso y pensé en negarlo.

—Así es.

—¿Y ahora te dedicas a visitar camellos?

Me cabreó y pensé en mandarlo a tomar por culo. Desgraciadamente, quizá tendría que volver de visita, aunque esperaba fervientemente que no.

—¿Y? —Contesté.

—No me extraña que te echaran de una patada —dijo, apartándose a un lado—. Eres una puta deshonra para el cuerpo.

En el exterior, mientras las puertas se cerraban, mi rostro todavía estaba resentido por el comentario, y tenía una poderosa necesidad de beber. Podía notar el sabor del Jameson en mi boca, sentir mi mano cogiendo una pinta de cerveza negra, bebiéndome la primera de muchas. Casi había decidido ir a por ello cuando un taxi pasó. Le hice señas. Mientras nos alejábamos no miré atrás.

—¿Sabes por qué el Manchester United nunca debería haber comprado a Rio Ferdinand^[24]? —Preguntó el conductor.

Estaba pensando en un hombre llamado Michael Ventris, que había descifrado el Lineal B^[25]. Se pasó toda la vida intentando resolver unos jeroglíficos datados 4 000 años antes, inscritos en unas piedras descubiertas en Creta, y que durante décadas habían supuesto el mayor *puzzle* de la arqueología y la lingüística. Ventris, finalmente, lo resolvió, pero este logro lo dejó vacío. Terminó su vida empotrando su coche contra un camión. La obsesión de toda su vida se había esfumado; la mente más extraordinaria de su década había perdido el norte.

—Cierra la puta boca —dije, conteniendo las ganas de agarrarlo por el cuello—; te voy a hacer una pregunta: ¿Qué pasa cuando llegas a la cima y es una tierra baldía, un desierto?

—Ni siquiera he salido de Leeds —contestó, cuando llegamos a la calle O'Connell.

Le pagué y descubrí que mi necesidad de beber se había apaciguado. Crucé la calle hasta Kylemore y pedí bistec con patatas fritas. Me lo comí sin saborear un bocado.

—¿Le ha gustado? —Me preguntó la camarera.

—Sí.

—¿Postre? Tenemos una deliciosa tarta de manzana, y natillas.

Pasé.

¿Cómo matar la noche en Dublín? El problema era que me sentía nervioso, desequilibrado. Si hubiera seguido bebiendo me hubiera dirigido a Mooney, fin de la historia. En lugar de eso fui al hotel y pedí la llave de mi habitación. La chica me sonrió.

—¿Está disfrutando su estancia? —Me preguntó.

—Enormemente.

Ya en la habitación pensé en darme un baño, pero no pude reunir la energía. Tendido en la cama me imaginé que una siesta podría resucitarme. Dormí doce horas. Soñé con mi padre. Llevaba un libro de Synge en las manos.

—*Las respuestas están aquí —dijo.*

—*Pero si ni siquiera sé las preguntas.*

Creo que estaba gritando. Después estaba en un cementerio, intentando leer los nombres de las lápidas, pero en todas decía, «Lineal B». No recuerdo el resto, pero evidentemente fue angustiante, ya que me desperté con lágrimas en las mejillas.

—¿De qué demonios iba eso? —Pregunté en voz alta.

Me duché e hice la maleta. Mi plan de hacer la ronda de librerías ya no me parecía atractivo, así que pillé el tren a las once de la mañana. No hubo servicio de carrito; creo que me perdí al ucraniano. Sin embargo, podía leer, y *High Life*, de Matthew Stokoe, me estaba esperando. Lo empecé en las afueras de Dublín y no levanté la vista hasta que llegamos a Athenry.

Chandler con la heroína, Hammet con el *crack*, James M. Cain con un soplete, y todo esto encajaba en mi estado de ánimo con salvaje ferocidad. El estilo era un puño de hierro al cerebro, una motosierra en los intestinos. Era como meterte en vena un chute de anfetamina pura. La prosa cantaba y gritaba a lo largo de cada página, una fosa séptica de vidas rotas iluminada con un punto de oscura euforia. Me sentía completamente febril. ¿Cuán a menudo una novela es como un golpe asestado al organismo? Sentía que Jim Thompson podía haber matado por algo así. Si James Ellroy había de hecho abandonado el género criminal, éste no podía ser más que su oscuro heredero.

Cerré el libro, sintiéndome como si hubiera corrido un maratón. Ni una sola vez había pensado en Stewart o su hermana. El tren estaba cruzando el puente sobre Lough Atalia, y, mientras miraba la bahía y negras nubes pendían en el horizonte, no supe si tenía realmente un sentimiento de vuelta a casa. Creo que es necesario un ápice de tranquilidad para eso. Fui a Roches, pasé por la estantería de la bebida realmente rápido y compré algunas provisiones. Decidí dejar los yogures griegos y

los Lemsip. Ya estaba suficientemente sano. Mientras pagaba en caja levanté la mirada y allí estaba el joven rubio de nuevo. Me miró un momento y se fue. Digamos que fue coincidencia.

La señora Bailey estaba en la recepción.

—Bienvenido de vuelta —dijo.

Busqué en mi bolsa, saqué un paquete, se lo tendí.

—Me encantan los regalos —exclamó, con los ojos iluminados.

Rompió el papel.

—Dulces de Bewley, oh Dios mío, hacen que me duelan las muelas.

—Ups.

—Oh, no, estaré encantada de tener el dolor. Te recuerda que estás vivo.

La dejé masticando enérgicamente, sorprendido de que tuviera dientes de verdad. Fui a mi habitación, comprobé mi estantería y, como preveía, no tenía un solo libro de Synge.

Miré el calendario del Sagrado Corazón y la entrada del día decía:

«No dejes que la riqueza te esclavice».

Yo hacía lo que podía.

«Trabajar en un caso es como vivir una vida. Podías estar yendo con la cabeza gacha, arrastrando el arado lo mejor que podías, pero entonces pasaba algo y el mundo ya no era nunca más lo que habías pensado que era. De repente el modo en el que ves las cosas es distinto, como si el mundo hubiera cambiado de color, escondiendo cosas que estaban antes y revelando otras que de otra manera nunca hubieras visto».

Robert Crais, *L. A. Requiem*

La mañana siguiente, leí una entrevista con Marc Evans, el director de *La cámara secreta*^[26], la elegante película de terror británica. Una frase que dijo desencadenó en mí todo tipo de recuerdos:

«Nuestras cámaras no te están enseñando dónde está la acción, están siguiéndola».

Me senté y pensé sobre ello, en por qué me había provocado tal impacto. ¿Era alguna retorcida metáfora de mi vida o sencillamente un punto de vista inteligente? Hice café (me había pasado al café de verdad), sí, en grano, con filtro, el ritual completo. Lo que más me gustaba era el aroma: sólo había que dejarlo calentar, hervir a fuego lento, y permitir que ese olor inundara las paredes. Nunca me cansaba de esa sensación. Cada mañana, en la panadería Griffin, hacen un pan llamado «molinillo de café». Ah, joder. Ése era un pan por el que venderías tu alma, pero el verdadero éxtasis era que, cuando te acercabas, el fuerte sabor del pan recién horneado impregnaba la parte superior de la calle. Esta sensación no podía analizarse, estaba más allá del placer.

El café verdadero tiene la misma procedencia. Me llevó bastante tiempo readaptarme. Cuando has estado borracho toda tu vida, estás seriamente jodido. Cualquier cosa real es demasiado; no puedes saborearlo. Además, todo te sienta como un puto puñetazo: dos tazas y te caes redondo. Todos mis años de cafeína fueron simplemente para interrumpir las resacas.

Me lo bebí y seguí con el cigarrillo número uno. Lo de los cinco cigarrillos diarios no estaba funcionando, pero me preocuparía por ello más tarde. Me puse una camisa blanca, pantalones de pana negros, me miré en el espejo. Parecía como si estuviera vendiendo algo, cualquier cosa que nunca fueras a necesitar. Mis ojos estaban brillantes, nítidos. Seis meses limpio y sobrio y aquí estaba mi paga. Lo único que necesitaba era transmitir el mensaje a mi alma.

Cogí mi libreta y leí los pocos detalles que tenía sobre Sarah Bradley: edad, veinte, estudiante, último curso. Vivía (había vivido) en el parque Newcastle, número 13. La dirección había sido seguramente de mal fario. Supuse que la investigación me llevaría diez minutos. El sol brillaba y me detuve en la playa Eyre un momento. El

césped estaba abarrotado de gente tomando el sol. Al atardecer estarían rojos y con ampollas, el resultado final de cualquier verano irlandés.

Mientras pasaba frente al café GBC no sé qué me hizo mirar por la ventana. Mi corazón dio un salto. En la mesa estaba Ann Henderson, el amor de mi vida. Había estado investigando el suicidio de su hija, y me enamoré. Mi adicción a la bebida la había alejado. ¿Seguía por ella? ¿Estaba jodido?

Todos mis instintos rugieron: «Sigue adelante». Estaba a punto de hacerlo, pero la posición de sus hombros, el modo en el que estaba sentada, indicaba que algo iba mal. Una voz en mi cabeza preguntó: «¿Y eso es problema tuyo?».

Sí, lo era.

Después de que me dejara se lió con un poli llamado Coffey. Él era, en las memorables palabras del comisario Clancy, «un enorme yugo de burro».

Un pajarito me contó que se había casado hacía poco. Esperaba que se hubieran mudado... preferiblemente a Albania. Me las había apañado para evitar cualquier noticia sobre ellos desde entonces.

Empujé la puerta para entrar y me acerqué.

—Ann.

Ella dio un brinco. Si no se salió de la piel, a punto estuvo. Levantó la cabeza y lo primero que noté fue el cardenal de su mejilla; había visto suficientes para saber que sólo había una explicación. Un puñetazo. Sus ojos, con mucho y de largo su mejor rasgo, estaban ensombrecidos, perdidos. Le llevó casi un minuto enfocarlos.

—Jack... Jack Taylor.

¿Se alegraba de verme? No, la tristeza de su mirada no había disminuido.

—¿Puedo sentarme contigo? —Le pregunté, señalando una silla.

No era una pregunta difícil pero parecía haberla derrumbado, como si estuviera a punto de irse corriendo.

—¿Algo va mal? —Me interesé.

Una camarera estaba acercándose y Ann rompió a llorar. La camarera me miró y yo intenté indicarle: «Ey, acabo de unirte a la fiesta, esto no es culpa mía».

Hice un gesto con la mano para que se alejara, y lo hizo con la cara de alguien que está pensando en llamar a la policía. Quería alargar la mano, tocarla, pero sabía que esto podría sacarla de quicio aún más, así que esperé. Sus hombros se convulsionaban mientras la atormentaban sollozos silenciosos. Por fin amainaron, y Ann sacó un pañuelo.

—Lo siento —dijo, secándose los ojos.

¿Por qué no era yo uno de esos tíos que hubieran sacado un brillante y blanco pañuelo, y la hubieran ayudado a secarse las lágrimas?

—¿Por qué? —Pregunté—. Te sientes mal; no es un crimen.

—Debo tener un aspecto espantoso —dijo, sonriendo débilmente.

¿Para mí...? Nunca. Pero me guardé eso para mí mismo. Tenía un centenar de preguntas, y empecé.

—¿Te apetece un café, quizá un poco de pastel danés? Ah, ya sé, aquí hacen una tarta de queso fabulosa.

Entonces me miró. El breve tiempo en el que fuimos amantes su elección hubiera sido chocolate caliente y tarta de queso. ¿Y yo? Yo me sentía aliviado sólo con yacer a su lado, en cada latido de mi corazón.

—Un café me vendría bien —dijo—. ¿Me disculpas mientras me arreglo la cara?

Las mujeres podían hacer eso. Ser destruidas por el dolor, ir al baño de señoras, y volver como una estrella de cine. ¿Los tíos? Bueno, nosotros no llevamos bien el dolor, a menos que un paquete de seis cervezas y los deportes de invierno cuenten como consuelo. Hice un gesto a la camarera. Se acercó a regañadientes.

—Dos cafés —pedí.

Me miró con la expresión de alguien que va a acuchillarte.

—¿Con crema? —Gruñó.

—Bien pensado. Tiremos la casa por la ventana.

Se alejó, enfadada. Me imaginé que no había leído *Desiderata*^[27] recientemente. Planeé comprobar lo que el calendario del Sagrado Corazón tenía que decir sobre esto. Mejor que fuera bueno, no tenía ganas de desperdiciar el tiempo. El café vino y, como experto reciente que era, pude afirmar que era instantáneo. El olor lo delataba. Con razón las revistas de moda tenían artículos sobre los esnobs de la cafeína.

Ann volvió, con su rostro rehecho. Sus ojos, sin embargo... todavía no se había descubierto una cobertura para la agonía, al menos no para la emocional. Con una sonrisa tímida, se sentó y pronunció la frase que mata cualquier conversación:

—Bueno, Jack, cuéntame que hay de nuevo.

Quizá es la edad, o que me he convertido en un irascible, pero ya casi nunca charlaba, no me interesaban las conversaciones intrascendentes.

—Corta el rollo —dije sin rodeos.

La golpeé por la espalda pero no había terminado.

—No te he visto en años y ahora me vienes con toda esa mierda educada. Es evidente que te han pegado y, ¿qué? ¿Vamos a charlar sobre el tiempo? Dame un puto respiro.

Joder, esperaba que la camarera no tuviera la oreja puesta. Ann parecía preparada para salir corriendo, pero entonces cogió su taza y tomó un sorbo, con un débil temblor en la mano. Tomó aliento profundamente.

—¿Sabías que me casé?

Asentí, con la tristeza envolviéndome el corazón. Mis ojos miraron su dedo, el brillante anillo dorado. Ella lo giró distraídamente. De todas las rutas por las que viaja tu mente, especialmente cuando está amenazada, recuerdo una loca idea que mi amigo Sutton, el psicópata, me había una vez confiado. Estábamos en un bar de North Kerry, uno de esos viejos establecimientos donde, cuando llegan las tres de la mañana, el dueño tira las llaves sobre la barra y dice: «Cerrad cuando hayáis terminado, chavales».

Sí, ese tipo de lugar extraño, un tesoro de valor incalculable. Yo todavía estaba en la policía, pateándome las calles. Esto incluía fastidiar a los estudiantes, interceptar partidas de hachís, dragar el río... un deber agobiante. En uno de mis permisos de dos días, Sutton y yo nos fuimos de excursión al país de la priva. Bebimos continuamente, sin paradas en boxes. Incluso durante las resacas, y evidentemente durante la otra cara. Siempre de fiesta. Sutton se metió tras la barra, y comenzó a preparar dos pintas más de espumosa cerveza negra. Las dejó madurar y cogió un tarro de huevos en salmuera del estante de abajo.

—Encurtidos, por Dios... como suponía. ¿Quieres uno?

No quería, de modo que él se comió dos.

—Jack, ¿alguna vez te he contado lo de los hombres que juegan con sus anillos de casado? —Me preguntó mientras masticaba.

No lo recordaba.

—No.

Eché la cabeza hacia atrás, se metió un huevo entero en boca y lo masticó como un caballo.

—Si un tío juguetea con su anillo, es que está pensando en sexo.

Me encogí de hombros descartando la idea, pero, en el transcurrir de los años, cuando veía a un hombre jugando con su anillo de boda, me decía: «Uh, oh».

Volvamos a Ann, a su pregunta de si yo sabía que estaba casada: ¿lo sabía?

—Eso me han dicho —contesté. Fijó sus ojos en algún sitio sobre mis ojos.

—Tim, mi marido, no es un mal hombre, pero está... frustrado.

Pensé para mí mismo: «Así es como lo llaman ahora».

—¿Por qué? —Pregunté, manteniendo la voz neutral.

Ann agitó la mano, un gesto de vaguedad.

—Las cosas ya no son como cuando tú estabas en el cuerpo, Jack. Ser policía hoy es casi imposible. Después de lo de Abbeylara^[28], y después de que aquel profesor asesinara a su hija, la opinión pública se ha vuelto contra la policía. Esto lo enfada mucho... él... él me ataca. Pero no lo pretende.

Ésta era una de las mejores excusas de la psique irlandesa. No importa qué mierda te caiga encima, qué maldad se haya cometido, la cantinela permanece igual: «No era su intención».

Por supuesto, solía serlo, y generalmente con maliciosa premeditación. Si alcanzas cierto nivel de perdón, tu oración sólo puede ser: «Padre, perdónalos porque no tenían ni puta idea de lo que hacían».

Saqué un cigarrillo y noté que la mano me temblaba levemente.

—Ah, Jack, el tabaco te acabará matando —me dijo.

Tuve que morderme la lengua para no responder: «Como a ti tu marido».

Para hacer tiempo tomé un trago más de cafeína, y sí, era liofilizado.

—Así que te pega, ¿no? —Pregunté.

La vergüenza en su rostro, y esa espantosa mirada de víctima, el horror añadido al

crimen cuando la víctima siente que se lo merece.

Jesús.

—Ha tenido una presión horrible, y acusaciones de soborno —dijo—. Tim... él adora ser policía. Si dejara de serlo... seguramente...

El Tim Coffey que yo recordaba era capaz de construir un nido en tu oreja, y cobrarte alquiler. Era el tipo de gilipollas que se creía «uno de los grandes de la GAA», siendo la verdad que era solamente grande. Como las grandes plagas naturales, Tim sobreviviría en cualquier parte.

—¿Seguramente qué? ¿Terminaría como yo? —Pregunté.

Su rostro mostró que no era lo que pretendía decir. Ella no había, como dicen los americanos, *unido los puntos*, o *hecho la suma*. Me di cuenta, de repente, de que seguramente Ann no pensaba en mí, en absoluto.

—Lo siento, Jack, no quería decir eso. La verdad es que no hacía más que quejarme; es lo que solemos hacer las mujeres cuando estamos asustadas. Intenté parar, pero era como si el demonio estuviera en mi interior. Tim tiene mucho carácter... y perdió los nervios.

Lo de siempre, disculpando el maltrato. Esa expresión estaba beneficiando a todos los malditos cabrones del mundo, en todos los sentidos. Un tío puede disparar a toda su familia y decir: «Perdí los nervios».

Yo también estaba perdiendo los nervios.

—¿Sólo una vez? —Pregunté.

Había alambre de espinos en cada matiz de mi voz.

—¿Qué?

—Sólo te ha pegado una vez, ¿no?

—Sí.

Ella estaba mintiendo y yo podía entenderlo, quizá incluso identificarme un poco con ella. Un pensamiento la sobresaltó y me miró alarmada.

—No vas a hacer nada, ¿verdad, Jack?

—¿Hacer? ¿Qué podría hacer yo? Es un poli.

Entonces llegó el peor momento: ella agarró mi mano y sentí la electricidad. Cristo, construyes un muro alrededor de tus sentimientos, una auténtica fortaleza para aislar tus terminaciones nerviosas, y un solo y terrible roce hace que la defensa al completo se desmenuce. Joder y mil veces joder. Ella empezó a suplicarme.

—Jack, necesito que me lo prometas, dame tu palabra.

Me levanté, sintiéndome casi mareado y definitivamente con náuseas. Saqué algo de dinero y lo dejé sobre la mesa.

—No puedo prometerte eso —dije.

Salí al exterior y llovía a cántaros. ¿Cuándo había empezado? Mi camisa blanca estaba empapada y un coche al pasar esparció una ola de agua sucia sobre mis pantalones. En ese momento podría haber matado a alguien. Giré a la izquierda, farfullando.

—Tengo una investigación entre manos. Eso es lo que voy a hacer, investigar.
Al pasar frente a la abadía un tío que pensaba que conocía de algo me dijo:
—Hablando solo, eso no es una buena señal.
¡A mí me lo vas a contar!

«En el rechazo del conocimiento, tus propios pecados alimentan el mal».

Scott Peck, *People of the Lie*

Cuando llegué al parque Newcastle, a la casa donde Sarah Bradley había vivido, tuve que remotivarme a mí mismo. Una voz me decía:

—Qué pérdida de tiempo, sin mencionar que es una jodida temeridad.

Llamé a la puerta, y me abrió una chica extremadamente fea, con un pantalón de peto y los pies descalzos. Pies descalzos muy sucios.

—¿Qué? —Me espetó.

Vaya plan.

Estuve a punto de contestar: «Bueno, para empezar podrías lavarte los pies».

Le solté un rollo mientras movía rápidamente mi cartera frente a ella. Dentro había un carné de conducir caducado, y mi carné de la biblioteca.

—Siento molestarla. Soy de Mutual Alliance, y tenemos un seguro de vida a nombre de su antigua compañera de piso, Sarah Bradley. Necesito comprobar algunos detalles.

—Peg, aquí hay un tío de la compañía de seguros, ¿estás decente...? —Gritó sobre su hombro—. Oh... Yo soy Mary.

No pillé la apagada respuesta de Peg, pero no sonó como una bienvenida. Mary me hizo una señal para que entrara, y pasé a un vestíbulo. El aroma estudiantil a *curry*, pies, cerveza, zapatillas deportivas y cordialidad forzada. Peg no estaba presentable, pero esto no parecía suponerle un problema. Bajó las escaleras bostezando, vestida con un camisón corto. Su expresión corporal sugería que sabía cómo utilizar ese cuerpo.

—Mierda, necesito un café —dijo, con acento de Beavis y Butthead^[29].

Seguramente no se había estudiado *Clueless*^[30] pero definitivamente había tomado lecciones de *Popular*^[31].

Me quedé mirando el pie de la escalera, donde Sarah había muerto.

—Vamos a la cocina —dijo Peg.

Ahora era Susan Sarandon. La seguí. La habitación estaba como si allí hubiera caído una bomba. Ropa, libros, CD, envases vacíos de comida china (al menos, yo esperaba que estuvieran vacíos), medias, sujetadores, botellas de vino con cabos de velas, y papeles de fumar descartados.

—¿Quieres un poco? —Mary estaba haciendo café.

—No, gracias.

Me senté en una silla y saqué mi libreta.

—Sólo un par de preguntas y... habré terminado —dije.

—Tienes pinta de poli —dijo Peg, mientras me miraba coquetamente sobre el borde de su taza.

Le sonreí tímidamente, como si estuviera íntimamente complacido. No sabía cómo sonreían los agentes de seguros, pero pensé que hacerlo a la manera depredadora no sería un buen comienzo.

—¿Sarah era torpe? —Pregunté—. Quiero decir, ¿solía caerse a menudo?

Peg miró a Mary, y yo intenté descifrar la mirada pero fracasé. La chica buscó un cigarrillo en un montón de paquetes arrugados, encontró uno, y lo encendió en el fogón de la cocina.

—Nos está preguntando —explicó a Mary— que si estaba borracha, que si solía beber... ¿no es eso lo que preguntas? Y entonces pondrá eso en su informe, y oye... adiós dinero.

Volví a examinar a Peg (mirada dura, lenguaje corporal diciendo «que te follen»), y supuse que podía empezar a jugar.

—¿Y lo hacía? —Pregunté—. Quiero decir, ¿solía hacerlo? Siendo estudiante, eso es parte del trato, ya sabes, el rollo de los mejores días de tu vida y todo eso.

Peg apagó el cigarrillo en su taza y agitó el contenido, la colilla haciendo un ruido al apagarse como un rumor.

—Eres un gilipollas, ¿lo sabes? —Me dijo.

Estaba cogiéndole simpatía a Peg, de eso no cabía duda. Mary cogió un libro, demostrando que pasaba de mí.

—¿Te lo has leído ya? —Le preguntó a Peg.

Vi el título, *The Lovely Bones*, de Alicia Sebold. Comenzaba así: «Mi apellido era Salmón, como el pez; mi nombre, Susie. Cuando me asesinaron tenía catorce años».

—Yo no leo mierda empalagosa —contestó Peg, encogiéndose de hombros dramáticamente.

Mary se dirigió a mí.

—Susie, en el libro, fue asesinada —me explicó—. Pero nuestra Sarah murió en un extraño accidente, así que suelte el puto dinero.

Antes de que pudiera contestar, Peg preguntó:

—¿No leí una entrevista a Alice Sebold en el *Guardian*?

Mary sonrió con pura malicia. Estaba claro que había estado esperando a tener audiencia masculina para soltar su discurso.

Y allí estaba yo.

No se frotó las manos con regocijo, pero casi.

—Alicia tenía dieciocho años —comenzó—, era estudiante, y de vuelta a casa fue violada. Su atacante la forzó con el puño y con el pene, la golpeó y se orinó en su

cara. Aquella noche, cuando llegó a casa, su padre le preguntó que si quería algo de cenar.

Mary hizo una pausa, así que supe que lo siguiente iba a ser fuerte. Continuó:

—Alice le contestó: «No estaría mal, teniendo en cuenta que lo único que me he llevado a la boca en las últimas veinticuatro horas ha sido una galleta salada y un pene».

Por primera vez en mi estúpida vida hice lo más inteligente: nada. Me miraron con expectación y yo las miré fijamente.

—Si no quiere nada más... ¿Señor...? Nos gustaría seguir adelante con otras cosas, como nuestras vidas —dijo Peg.

Me levanté. Dios sabe que había sido rechazado muchas veces, y lo cierto era que esta vez habían pasado de mí.

—¿Podría ver el libro? —Pregunté.

—¿El de Alice Sebold? —Contestó Mary, suspicaz.

—El libro de Synge, el que estaba bajo el cuerpo.

Peg se encogió de hombros y comenzó a prepararse otro café. A saber hasta qué punto pensaba ponerse las pilas.

—Está en la estantería... esto... porque... allí es donde guardamos los... libros —dijo.

Pronunció esto lentamente, como si estuviera hablando con un niño muy lento, pero oye, yo podía hacer un himno a la tolerancia.

—¿Puedo verlo?

Mary salió de la habitación bastante cabreada, dejándome solo con la fanática de la cafeína. Volvió con el libro algunos minutos después.

—Si te doy esto, ¿te irás? —Preguntó.

—Como el viento de las tierras centrales.

—Habéis sido muy generosas con vuestro tiempo —dije, guardando el libro en mi bolsillo.

Peg pasó junto a mí, y no llegó a golpearme pero su intención estaba clara.

—Gilipollas —dijo.

Antes de que terminara la palabra yo ya había salido de allí.

Decidí examinar el libro un poco después, así que di un largo paseo hasta la bahía, compré una hamburguesa y una Coca-Cola grande, y me senté en las rocas. Evité pensar en Ann Henderson, y deseé haberme traído el *walkman*. Todavía no me había pasado al *discman* y, como algunos dinosaurios, aún usaba casetes. Tenían un beneficio: se deslizaban en el cinturón como una zalamera mentira.

Si lo hubiera llevado habría escuchado a Bruce, y a Empty Sky. Sería fantástico que por fin sacaran un nuevo disco. Era una locura (y admitirlo no diluía la demencia):

«Necesito priva, un chute de música».

Lo siento, los necesitaba. La ilusión funcionaba así. Una botella de Jack, seis latas

de Lone Star y entonces... estás preparado para volar. Una taza de té no hace esto. Johnny Duhan, la banda sonora de mi vida, también tenía nuevo álbum, y ya había escuchado *Inviolate*, la mejor canción sobre el dolor que nunca se ha escrito. Olvida la canción sobre el padre de Iris de Ment, o el *I grieve* de Peter Gabriel... Ésta es LA CANCIÓN. No te azotaba; simplemente, te laceraba.

Encendí un cigarrillo y reviví por un momento una época pasada con mi padre. Estábamos en estas mismas rocas pescando caballa. Aquellos días, el pueblo entero se apiñaba a lo largo de la bahía, con el pescado literalmente entregándose. Llevamos a casa ocho, y mi madre los tiró a la basura.

Paulo Coelho, en *El manual del guerrero de la luz*, escribió:

«El guerrero de la luz con frecuencia se ve ante los mismos problemas y situaciones que ya había afrontado; entonces se deprime, pensando que es incapaz de progresar en la vida, ya que los momentos difíciles reaparecen. El guerrero entonces comprende que las experiencias repetidas tienen una única finalidad: enseñarle lo que no quiere aprender».

Yo no lo hice entonces, y seguramente ahora tampoco quería aprender qué fue lo que impulsó a mi madre. Sospechaba que era rabia, pero no quería saber de dónde venía, o por qué.

Desde su último ataque había vivido con un acompañante. Después una infección renal la había llevado al hospital. En mi última visita, forzada, como siempre, decía que había mejorado tremendamente y le habían insertado un catéter que yo intentaba no mirar.

—Ya puedo usar el inodoro sola —me dijo.

Rompía el corazón, ¿verdad?

Escuchar a una mujer fuerte de espíritu presumir de ser capaz de usar el baño.

Qué mal.

Pensé:

«¡Putra mierda!».

No pretendía hacer un juego de palabras y raramente me dejo llevar por la ironía, al menos no sobrio.

Tomé un último trago de la bahía y volví hacia el pueblo, como el verso final del poema de Padraig Pearse^[32]... triste. Me detuve en Grattan Road y sentí una melancolía que era tan profunda como un falso recuerdo. ¿Recuerdas el superéxito de Foreigner^[33], *I want to know where love is*? En un programa de *rock* nostálgico, pillé la versión con el coro gospel. Tío, era una pasada. Estuve tataréandola todo el camino a través del Claddagh^[34].

Estaba anocheciendo y ya en el hotel saludé a la señorita Bailey.

—Dios, tienes buen aspecto, con las mejillas sonrosadas.

Tenía la piel irritada por el viento.

—No sé quién lo ha dejado —me dijo, dándome un sobre—. No estaba en la recepción cuando llegó.

En el anverso ponía «Jack Taylor». Mecanografiado. Lo abrí, y lo leí.

«Jack, ¿puedes encontrarte conmigo a las nueve en el Fair Green?».

«Míralo, y verás un vacío que necesita ser llenado pero que nunca lo hará».

Andrew Pyper, *The Trade Mission*

Subí las escaleras y leí la nota completa:

Jack:

¿Puedes encontrarte conmigo a las nueve en el Fair Green? Estaré esperando en el aparcamiento de los autobuses City Link.

Ann.

El corazón me latía con fuerza, el sudor empapaba mi frente. Podría haberme bebido un Jameson doble en dos segundos. Me lo había dicho a mí mismo cientos de veces: «Ya lo has superado». A veces, incluso, había llegado a creérmelo. Una vez le dije a Jeff:

—Ya he superado lo de Ann.

Él estaba reponiendo el bar, e hizo una pausa.

—¿Le has hecho el examen del ácido? —Me preguntó.

—¿Eso qué es?

—Es cuando la ves con un tío, y él la rodea con el brazo, y ella está sonriéndole. Los ves, y te sientes bien. Si eso ocurre, lo has superado.

Le contesté con alguna estupidez. Por supuesto, nunca la había visto así, y rezaba por no tenerlo que hacer nunca. Obviamente, hubiera suspendido. Los exámenes nunca habían sido mi punto fuerte, sobre todo si tenían que ver con el carácter.

Me duché, me afeité y saqué un par de Farah^[35] del armario, maravillándome con la raya. Decidí poner toda la carne en el asador y llevar mi chaqueta deportiva. La había comprado en Age Concern. Era una chaqueta ligera, de lana azul marino, y me quedaba como un guante. Cambié mis llaves, el cambio y la cartera, de la otra chaqueta a ésta, y encontré el libro. Mierda, me había olvidado completamente de él. Era *Antología de obras teatrales y poemas*, y casi parecía que no lo habían abierto nunca. La página del título tenía dos palabras escritas en tinta negra:

EL DRAMATURGO

Salté por las páginas. Mecnografiado en una etiqueta metida en la última página estaba: «Maura puede ahora por fin mirar adelante, hacia el anhelado descanso». Puedo decir con confianza que no sabía nada sobre obras de teatro o poemas, y poquísimos sobre Synge. Excepto que vivió mucho tiempo en las Islas Arán y que había convencido al mundo de que el teatro irlandés era una realidad. Decidí colocarlo en la estantería, y quizá incluso algún día lo leyera, pero no pronto. Me vestí y me miré en el espejo. Me veía bien. Pregunté en voz alta:

—¿Una cita interesante, tío?

Ya te digo.

Antes de dejar la habitación, desde ninguna parte, un recuerdo vívido me asaltó por sorpresa. Yo adoraba a mi padre, lo admiraba, lo veneraba como a un héroe; todas esas cosas de libro de texto.

Todavía lo hacía.

Él me enseñó a jugar al billar, y a jugar al *hurling*^[36]. Fue un padre a la vieja usanza. Hizo lo nunca visto: me dedicó su tiempo, no con prisas ni de un modo impaciente, sino como si adorara hacerlo. Mi primer *hurley* lo fabricó él, con madera de fresno. Lo talló, lo barnizó y lo probó durante semanas antes de terminarlo.

En aquella nueva era de prosperidad, cuando la paternidad empezaba a consistir en McDonalds, PlayStations, y montones de dinero, me enseñó la virtud de la paciencia. Sólo una vez lo vi perder los nervios. Con mi madre había tenido motivos más que suficientes para una diatriba diaria, pero él nunca reaccionó a sus continuos ataques verbales. Es triste decirlo, pero yo hubiera acabado rompiéndole la espalda con el *hurley*.

Yo tenía quizá diez años, y nuestra casa con balcón era testigo de la constante actividad callejera. Mi padre había llegado a casa del trabajo, se había quitado las botas, y un grupo de chavales estaban haciendo payasadas por la ventana. Eran unos quince, lo que hoy día constituiría una pandilla.

Uno de ellos comenzó a golpear la ventana con el codo.

—¡Por el amor de Dios! —Gritó mi madre, exasperada.

Y salió, y les pidió que se fueran. Normalmente esto hubiera bastado, problema resuelto. Pero el del codo respondió:

—Que te follen, vieja bruja.

Mi padre se enderezó en la silla. Me miró de soslayo, con cierta tristeza en sus ojos. Yo hubiera esperado rabia.

Mi madre entró en casa enfadada.

—¿Has oído lo que me ha llamado ese niño?

Mi padre se levantó, en calcetines, y subió las escaleras.

—¿Qué tipo de hombre eres? —Le gritó mi madre.

Yo sabía que había subido a coger sus zapatos. Ella, como siempre, demostró que no lo conocía en absoluto. Bajó un poco después, con el rostro esculpido en piedra,

abrió la puerta, y la cerró con cuidado. A través de la ventana lo vimos pasar entre los chicos y acercarse al del codo.

—¿Qué le has dicho a mi esposa?

El chaval lo repitió, con la bravuconería iluminándole la cara. Vi el suspiro de mi padre, casi pude oírlo. Entonces todo su cuerpo se tensó, los músculos de su brazo derecho se comprimieron con fuerza, y lanzó el golpe, y el chico cayó como una vaca aturdida. Miró cómo se estrujaba a sus pies, pareció tomar una tormentosa decisión, y se giró para volver.

La panda de chavales se apartó de su camino, en silencio. Entró a zancadas en la cocina y abrió el grifo del agua fría. Mientras el agua caía sobre sus nudillos destrozados, me miró con el rostro angustiado.

—Jack, esto ha sido una respuesta, pero nunca será una solución.

No estuve de acuerdo con él entonces y no estoy de acuerdo con él ahora. Más golpes, y necesitaríamos menos terapia.

El bocazas se llamaba Niall O'Shea. Mi padre le rompió la mandíbula. No hubo represalias, al menos no legales. A menos que cuente el comentario de mi madre: «¿Qué tipo de follón has montado?», o el coste personal para mi padre. Durante los años siguientes, a veces me crucé con Niall, y él siempre me sonreía avergonzado. Cuando era un joven policía, una vez, haciendo la ronda nocturna en Portumna, me dieron cuatro días libres y terminé bebiendo en la cervecería Hughes, en Woodquay. Me encontré con Niall en el abarrotado bar y me invitó a una cerveza. Trabajaba en la construcción y estaba haciendo dinero.

—¿Sabías que tuve la mandíbula alambrada durante seis meses?

Había bebido, pero no lo suficiente para sentirme realmente cómodo con esa conversación.

—Oh —contesté.

Él asintió, animado.

—Tenía que comer con una pajita y joder, tío, cómo dolía.

Me encogí de hombros y Niall pidió otra ronda.

—Está claro que tu viejo sabía dar un puñetazo.

Un epitafio apropiado.

Ésa fue la última vez que vi a Niall O'Shea. Lo que mejor recuerdo de él es que era un cantante desastroso, una vez destrozó el *Mursheen Durkin* de Johnny McEvoy. Es una canción horrible de todos modos, y no necesita ayuda externa para ser bochornosa. En el puerto de Galway hay una enorme grúa que ha ensuciado el paisaje durante mucho tiempo. Es visible desde cualquier punto de la ciudad, y esto dice todo lo que se necesita decir sobre *renovación de zonas urbanas*. Unos pocos años después de nuestro encuentro Niall O'Shea se subió a aquella grúa y saltó. Juzgó mal la posición y en lugar de en el agua cayó sobre el cemento. Fue necesaria una pajita para recoger lo que quedó. Desde entonces nunca he podido volver a escuchar a Johnny McEvoy, y no es que lo culpe a él. Así es la lógica irlandesa; nunca se

acumula.

Aquel recuerdo demostraba lo preocupado que estaba. Si hubiera podido pensar claramente me hubiera concentrado en el lugar *donde* Ann me había pedido que nos encontráramos. ¿Un aparcamiento, por la noche? Me merecía lo que me encontré al final de la cuerda. Salí por la puerta con las palabras de Emily Dickinson como mantra:

«El corazón quiere lo que quiere sin importarle lo demás».

Sí.

La señorita Bailey dio un gritito de satisfacción al verme.

—Oh, Dios mío, si fuera cincuenta años más joven te haría un favor.

Yo me quedé pasmado pero mantuve el tipo.

—Eres demasiada mujer para mí.

Cuando se rió, le salió del alma. Ya ves, una mujer que había pervivido ochenta años, que había sido testigo del aullante arrastre de su región hacia una prosperidad que casi había destruido todo en lo que ella creía. Me dio la respuesta típica de una mujer irlandesa satisfecha:

—Prueba a ver.

Estas cálidas palabras habían empujado a muchos irlandeses a un mundo insospechado. Crucé la plaza con vitalidad. Mis piernas estaban trabajando con fuerza y salud.

«Su único interés consecuente, la pasión y la obsesión de su vida, fueron los libros... incluso en la noche del incendio. Aunque la gente la había decepcionado a menudo, los libros nunca lo habían hecho. Rara era la vez que no tenía un montón de diez o más libros de la biblioteca por leer; un rodeo contra la realidad que no podía afrontar».

Ann Rule, *Bitter Harvest*

Llegué a Fair Green y me acerqué al lugar donde aparcaban los autobuses de Dublín. Ni rastro de Ann. Dos autobuses estaban aparcados junto al muro, con un espacio entre ellos. Caminé a lo largo y me giré para ver a un hombre bloqueándome el camino. Era grande, vestido con un chándal, y con un *hurley* balanceándose en su mano izquierda. Sonrió, no con humor o cordialidad, sino con un definitivo aire de malevolencia.

—Tim Coffey —dijo—. Mi mujer no va a venir —continuó—. Es una lástima, porque te has puesto de punta en blanco, incluso una espantosa corbata. Ibas a llevarla a algún sitio especial, ¿no? ¿Y después llevarla a casa? ¿Ése era tu plan?

La saliva se le escapaba de la comisura de la boca. Intenté recordar lo que sabía de él. Había llegado justo antes de que yo perdiera mi trabajo. Incluso en aquel entonces tenía fama de violento. Usaba los puños para las más triviales ofensas. Los polis estaban cambiando; el constante escrutinio de los medios de comunicación, la conciencia pública, todo esto los obligaba a vigilar sus conductas. Pero los hombres como él, acostumbrados a los métodos brutales, eran secretamente admirados y siempre protegidos. Además, había sido un *hurler* relativamente conocido, formando parte de equipos provinciales. En este caso también había sido su temperamento el que había frustrado su futuro como deportista.

Dejé las manos, con las palmas hacia arriba, separadas de mi cuerpo, en señal de: «Oye, estoy tranquilo, no quiero problemas».

El *hurley* me golpeó la rodilla derecha con un escalofriante ruido sordo. El dolor fue inmediato, calor blanco abrasándome el cerebro, proclamando: «Esto va a doler, hijo de puta».

Lo hizo.

Caí contra el autobús, deslizándome hacia el suelo. Desearía poder decir que me comporté como un macho, y que simplemente apreté los dientes. Pero no, aullé como una *banshee*^[37]. El *hurley* osciló de nuevo, destrozándome el puente de la nariz. Entonces, mientras la sangre caía en cascada sobre mi camisa blanca, tiró el *hurley* a un lado y se inclinó.

—Ya ves que soy un tipo práctico.

Y comenzó a molerme el cuerpo a puñetazos. Podía oler su aliento. Había estado

engullendo *curry* recientemente, y cubriéndolo con Guinness y Jameson. El vómito se mezcló con mi sangre y perdí el conocimiento. Lo último que recuerdo es que sus uñas estaban mugrientas, con la mierda profundamente afianzada, y que pensé: «Asqueroso bastardo».

Abrí los ojos y parpadeé, esperando dolor. No hubo nada. Pero me sentí inmovilizado, como si estuviera en un estrecho sudario. Cuando me orienté, descubrí que estaba en el hospital, el sol entrando por las ventanas. Mi oído no se había adaptado aún y miré el vacío, en un estado insonoro. La sala estaba a reborar, con quizá otras quince camas, enfermeras, visitantes y pacientes vocalizando palabras que yo no podía oír. Intenté sentarme y, como si hubiera pulsado un interruptor, comencé a oír.

Demasiado.

Todo sonaba en estéreo, en terroríficas olas. Intenté cubrirme las orejas.

Se me acercó una enfermera.

—Veo que estás de vuelta.

Me acomodó la almohada. Las enfermeras tienen la obligación moral de hacer esto veinte veces al día.

—Ahora no te preocupes. Iré a por el doctor.

¿Preocuparme por qué, por el amor de Dios? Volvió con una nena de *Los vigilantes de la playa*. No estoy de broma, aquella doctora tenía la bata blanca reglamentaria, pero todo lo demás era territorio de supermodelo. Además, parecía tener dieciséis años.

—¿Eres médico? —Le pregunté, sin poder evitarlo.

Preciosa sonrisa. Debía haberlo hecho antes, sobre todo con viejos que habían recibido una paliza.

—Soy la doctora Lawlor. ¿Cómo se siente? —Respondió.

—Confuso... y sediento.

—Recibiste una paliza muy seria —dijo, cogiendo mi historial—. La policía querrá hablar contigo. Tienes la nariz rota...

Hizo una pausa, me examinó, y continuó:

—Pero ésta no es la primera vez. Ya te la habías roto antes. ¿Fuiste jugador de *rugby*?

—Para nada.

No parecía gustarle mi tono, pero su felicidad estaba muy abajo en mi lista de prioridades. Como no dije nada más, continuó.

—Tienes algunas costillas rotas y es posible que experimentes dificultades para respirar. Tu rodilla derecha está severamente dañada. Te hemos insertado un clavo. Es muy posible que te quede una ligera cojera. Sin embargo, la fisioterapia la mitigará.

Quería un cigarrillo... y un trago. Pero sobre todo quería salir de allí.

—¿Cuándo puedo irme? —Pregunté.

—¿Tienes negocios urgentes que atender? —Me preguntó a su vez, sonriendo.

—Sí.

Ella examinó el historial de nuevo.

—Deberías estar listo en una semana.

Eso eran cinco días. Una esquirra de dolor en la rodilla se meció a través de mi organismo. Me tragué los analgésicos, dije a las enfermeras que tenía dificultades para dormir, y conseguí somníferos.

Funcionaron.

Jeff vino a visitarme, trayendo uvas.

—Odio las uvas —dije.

Tenía el mismo aspecto que siempre, de *hippy* mal cuidado. Llevaba el largo cabello gris recogido en una cola de caballo, unos 501 negros, chaleco, y botas desgastadas. Debería haber resultado ridículo pero lo llevaba bien. Sus movimientos tenían cierta languidez, y nunca había tocado la droga. Se sentó en una silla junto a mí.

—¿Cómo está la niña? —Pregunté.

—Ya tiene casi tres años, pero todavía no anda. Es lo que pasa con el síndrome de Down, cualquier aprendizaje requiere tiempo extra, ¿sabes lo que te quiero decir?

Yo no lo sabía.

Al principio, la minusvalía de su hija casi lo había destrozado. Ahora, sin embargo, estaba llevándolo bien.

—¿Está relacionado con algún caso? —Me preguntó, refiriéndose a mi estado.

Pensé en contárselo todo, al fin y al cabo era mi amigo, pero no lo hice.

—No, ha sido por algo personal.

Lo digirió y comencé a salir de la cama. Él se levantó para ayudarme.

—No, tengo que conseguir hacerlo solo. —Le dije.

—Como todo lo demás... eres el último independiente, como Walter Mathau en *Charly Varrick* —me contestó con una breve sonrisa.

Caminar era una putada. Me habían dado unas muletas pero me negaba a usarlas. Salí de la habitación cojeando, con Jeff pisándome los talones. Vi cómo lo miraban las enfermeras; no era demasiado distinto a un *Ángel del Infierno* emperifollado para un juicio. Tenía una Harley, una *custom soft-tail*. En el pasillo había un rincón con una señal de advertencia:

NO FUMAR

Tres pacientes arrastrando goteros estaban apiñados allí, fumando como carreteros. Apenas se veían a través de la neblina azul.

—Dime que no vamos a sentarnos aquí —dijo Jeff.

Me senté.

Jeff suspiró.

—¿No podemos ir a algún sitio privado? —Me preguntó.

El paciente que estaba sentado junto a mí tenía la piel amarillenta y era delgado como el vapor, y, cuando inhalaba, sus mejillas desaparecían.

—¿Tienes un pitillo, colega? —Le pregunté.

Asintió, se hurgó en el pijama, y sacó un paquete arrugado de Players, la vieja caja con el marinero en el frontal. No sabía que seguían fabricándolos. Cogí uno, alisé las arrugas, di unos golpecitos con él en mi muñeca para sacudir el tabaco suelto y me lo puse en la boca. El hombre sacó un Zippo de metal y me dio fuego.

—Una vez tuve uno de éstos —dije, mirando el mechero.

—Éste me sobrevivirá —gruñó él—. Tengo cáncer y nadie me visita.

¿Qué podía contestarle? ¿Mal rollo?

Me volví hacia Jeff, tosiendo mientras la nicotina me golpeaba.

—Ya veo que eso te sienta bien —dijo Jeff.

—Sí.

Jeff se acercó más a mí.

—Si necesitas apoyo con...

Señaló mis heridas.

—Yo estoy aquí, ¿vale?

Lo miré asombrado.

—¿Tú? —Le pregunté—. ¿Estás bromeando? ¿Desde cuándo tienes músculos?

—Conduzco una Harley —dijo, respondiendo a la burla de mi tono de voz—.

Aprendes a hacerte cargo de las cosas.

Apagué el cigarrillo.

—Gracias, Jeff, pero ya se ha acabado, esto ha sido un pago único.

Él no estaba convencido. Los carritos del almuerzo ya estaban siendo preparados.

—No puedes seguir viviendo así —añadió, mientras me estrechaba la mano.

No tenía respuesta para eso, y lo observé mientras se alejaba. Cuando volví a la habitación alguien había robado las uvas.

«A mi alrededor el mundo pareció deslizarse hacia los lados, y todas las cosas de la habitación de repente parecieron planas y bruscamente definidas, como fotografías de ellas mismas en alta resolución que estuvieran concentradas demasiado intensamente para reconocerlas. Me mantuve de pie en una helada sináptica, y catalogué mi imbecilidad».

Matthew Stokoe, *High Life*

Los policías vinieron y me interrogaron. Al menos tuvieron la cortesía de mostrarse avergonzados durante el ritual. Mi canción viraba entre «no lo sé» y «no lo recuerdo». Ellos hacían los coros con «sigamos con las preguntas».

Recibí tarjetas de la señora Bailey, Janet, y Cathy, deseándome la mejoría. El día antes de mi liberación, mientras me fumaba un cigarrillo en el rincón, levanté la mirada y allí estaba Tim Coffey. Sentí un escalofrío pero él me tendió la mano.

—¿Dónde está tu *hurley*? —Pregunté.

—Lo pasado, pasado está —me dijo, con una sonrisa de complicidad—. ¿Qué me dices, me estrechas la mano?

Mi boca se había quedado seca, de no haber sido así habría escupido en su mano extendida.

—He oído que te va a quedar cojera —dijo, mirándome la pierna—. «Que viene el cojo» gritarán los niños detrás de ti; pequeños cabrones, pueden llegar a ser muy crueles.

—Yo tendré una cojera, y tú —dije con un tono tan desapasionado como pude—, tú tendrás algo en lo que pensar.

Esto lo desconcertó ligeramente.

—¿Y en qué se supone que pensaré? —Me preguntó mientras movía los hombros, ajustando el peso de su cuerpo.

—En cuándo iré a por ti.

No hubo tarjeta de Ann. Miré las noticias. Un vertido de petróleo en el puerto, poniendo en peligro los cisnes y los criaderos de ostras. Escuché que alguien me llamaba.

—¿Jack Taylor?

Me volví para encontrarme con el padre Malachy, el amigo de mi madre. Habíamos estado en guerra durante años.

—La bebida, sin duda —dijo, examinando mi condición.

—Llevo seis meses sin beber.

—Y yo me lo creo. Tú nunca respirarás sobrio.

Me levanté, ya que nadie quiere que un hombre como ese tenga alguna ventaja. El

olor de los cigarrillos rancios fluía de él en olas. Llevaba el traje negro, con caspa sobre los hombros, como un grajo siniestro. El alzacuellos estaba mugriento, y daban ganas de meterlo entero en la lavadora, para hacer el ciclo completo.

—¿Te tienen predicando entre los enfermos? —Pregunté.

Miró la sala, totalmente asqueado.

—Ya nadie quiere nada con el clero —dijo—, excepto los viejos que te agarran la mano y te preguntan que si puedes conseguir el guante del Padre Pío^[38].

—Santo.

—¿Qué?

—Santo Padre Pío. Lo canonizaron durante la Copa del Mundo... el día que España nos dio aquella paliza en los penaltis.

—No deberían haber enviado a Roy a casa.

Yo no pensaba abrir esa lata de gusanos. Y menos sabiendo que el tiro de Michael Collins tenía a la región dividida. O apoyabas a Roy Keane, o no lo hacías. Ni siquiera Irlanda del Norte despertaba las mismas pasiones. Malachy gimió profundamente, la señal de salida para la nicotina. Yo nunca había conocido a nadie tan adicto como él. Encendía uno detrás de otro. Ahora lo necesitaba, urgentemente. Comencé a caminar por la sala y él me siguió, quejándose.

—Oye, que todavía no he terminado.

—Quieres un cigarro, ¿verdad?

—¿Y qué?

—Que incluso los curas tienen que obedecer las normas... bueno, las más evidentes al menos.

—Padre —coreó el grupo de fumadores desde el rincón.

Malachy los ignoró y agarró mi brazo con fuerza.

—Suéltame —dije.

No lo hizo.

—Tu madre tiene que mudarse a una residencia. Está semiparalizada y necesita supervisión las veinticuatro horas.

Ella odiaría que pasara eso, una vez me dijo:

—¿Una residencia? Di más bien un depósito de hechos polvo. Una vez que entras, ya nunca vuelves a salir. Prométemelo, hijo, prométeme que nunca dejarás que eso ocurra.

Yo nunca se lo prometí, pero mi padre se revolvería en su tumba si dejara que eso ocurriera.

—¿Dónde está?

—En la calle Grattan, se llama San Judas.

Soltó mi brazo, parecía incómodo.

—¿Qué tal es? —Pregunté.

Apagó su cigarrillo en el suelo, a pesar de estar rodeado de ceniceros por todas partes.

—Es un poco básico —dijo—. Tu madre no tiene mucho dinero, pero bueno, la vida es dura.

Uno de los fumadores se acercó a nosotros.

—Padre, ¿podría darnos su bendición? —Le preguntó.

—No me molestes.

Siseó y se fue airado.

El hospital había lavado mi ropa, pero las manchas de sangre

seguían ligeramente aferradas a mi camisa. Tenía un aspecto desaliñado. Para hacer más llevadera mi cojera, me habían dado un bastón. Me negué pero tuve que ceder. Apoyándome en él, di las gracias a la enfermera, conseguí algunas reservas de calmantes, y bajé en ascensor hasta la planta baja. Se había invertido una fortuna en el vestíbulo del hospital y ahora parecía la sala de embarque de un aeropuerto, con una cafetería, enormes plantas en macetas, y un aire de opulencia. Nadie podía encontrar la recepción, y la gente deambulaba alrededor en aturdida confusión.

Telefoneé pidiendo un taxi.

—Tardará unos veinte minutos —dijo la chica—. ¿Cómo lo reconocerá el conductor?

—Estaré en la cafetería, llevo un bastón...

Antes de que pudiera continuar, ella me interrumpió.

—Nueve cinco, recogida en el hospital, un tipo mayor con un bastón.

Clic.

Intenté no pensar en ello, pillé un café, y me dejé caer cuidadosamente sobre una silla.

—¡Jack!

Me volví para ver a Ann Henderson aproximándose. Mi corazón dio una sacudida. Llevaba pantalones rectos de pana con un ajustado jersey amarillo, las mangas subidas, mostrando un ligero bronceado. Su anillo de casada centelleaba.

—¿Puedo sentarme? —Me preguntó.

—Claro.

Como siempre, verla me provocó un nudo en la garganta. Colgué la empuñadura del bastón en el borde de la mesa, y ella le echó un vistazo rápido.

—Acaban de describirme como un tipo mayor —dije.

Eso le dolió, y yo sentí una punzada de placer. Cristo, deseaba hacerle daño más que cualquier otra cosa en el mundo.

—Lo siento muchísimo —respondió.

—¿El qué, que sea viejo?

Negó con la cabeza, vagamente enojada.

—Lo que te ha pasado —contestó.

—Tú no lo hiciste.

—Pero fue culpa mía. Le dije a Tim que nos habíamos encontrado, y escribió esa nota para ti loco de celos. Pero yo no me enteré de lo de la nota hasta que fue demasiado tarde.

Lo dejé pasar. Si Ann estaba esperando comprensión, yo no estaba dispuesto a dársela. Metí la cucharilla en mi café y lo removí con frenesí. Ella alargó la mano para tocarme.

—No te atrevas —le dije bruscamente.

Su mano retrocedió como si la hubiera mordido.

—Ha venido a verme, tu marido —dije—. Sin uvas y sin el *hurley*, pero parecía querer dejar el agua correr. ¿Tú que crees, Ann? ¿Debo dejarlo correr, y quizá dar una misa en su honor? Cada vez que cojee podría rezarle a las almas del purgatorio. ¿Crees que eso estaría bien?

Su rostro estaba retorcido por el dolor, y cada palabra que yo lentamente pronunciaba la azotaba más profundamente.

—Jack, podrías... ¿podrías dejarlo pasar? —Me preguntó.

—No.

Se estaba retorciendo las manos.

—Si le haces daño, jamás volverás a verme. Para mí estarás muerto.

Un hombre se acercó a nosotros.

—¿Ha llamado a un taxi? —Preguntó.

Asentí, me levanté y cogí mi bastón. Ella extendió la mano y tocó la mía.

—Te lo ruego, Jack —suplicó.

Me acerqué a ella, y su perfume provocó que mi cabeza danzara.

—Dale un mensaje a tu marido, ¿quieres? —Le dije—. Dile que sus días de *hurling* han terminado.

Cojeé tras el taxista, que me preguntó:

—¿Necesitas ayuda con eso, amigo?

Negué con la cabeza. La ayuda que necesitaba sólo podía venir de un precinto de Jameson. Cuando me acomodé en el asiento trasero, puso el coche en marcha, insultó a una ambulancia y nos movimos.

—¿Ésa era tu señora? —Me preguntó, mirándome desde el espejo.

—No, ésa era mi pasado.

Digiriendo mis palabras, encendió la radio. Reconocí Lyric FM, el dial de los clásicos. El locutor dijo:

—Ése por supuesto era Arvo Pärt, *Tabula rasa*, y más tarde tendremos *Festina Lente*.

Murmuré:

—Puedes apostar tu jodida alma.

«Pero éste no era un grupo de alcohólicos anónimos ordinario. El fracasado, el anormal, el doble adicto y el del cerebro totalmente frito cuyas neuronas ni siquiera podían encontrar el camino hasta la “puta reunión de avanza o muere”».

James Lee Burke, Jolie Blon's Bounce

La señora Bailey montó un enorme escándalo al verme.

—Oh, Dios santo, mira en qué estado estás.

Quería que me trasladara a una habitación en la planta baja, por mi pierna, pero yo no pensaba hacerlo. Adoraba el sitio donde estaba.

—El ejercicio es bueno —le dije—. Necesito seguir moviéndome.

Janet, la camarera del servicio de habitaciones, se echó a llorar y me rodeó con los brazos, gimiendo.

—Pensamos que te habían asesinado.

Yo le recordé un dicho de mi juventud, una defensa más contra la emoción.

—Mala hierba nunca muere.

Podía sentir sus lágrimas mojando mi camisa, y esto me afectaba más de lo que nunca podría admitir. Aquí, aunque fragmentada, aunque anciana en años, estaba mi familia.

—Y cuánto peso has perdido, pareces un niño de Biafra —me dijo, soltándose por fin.

Para cierta generación irlandesa, a pesar del número de hambrunas mundiales desde entonces, Biafra seguía siendo la referencia, quizá porque por primera vez vimos de cerca los estragos de otra región. El hambre era la herida que modelaba nuestra psique. Por fin llegué a mi habitación, y cerré la puerta con un suspiro de alivio. Janet había colocado un ramo de flores en mi estantería, y una caja de Dairy Milk.

De chocolate.

Esto me hizo sonreír. Podría haber matado por una botella de Jameson, y ella me había dejado dulces.

El calendario del Sagrado Corazón estaba todavía allí, así que comprobé qué trozo de sabiduría estaba de oferta, murmurando:

—Espero que sea impresionante.

«Señor, libera mi corazón».

Así que era verdad, Dios tenía sentido del humor, aunque estuviera descoordinado. Encendí un cigarrillo y la radio. Bush estaba diciendo que tenía que

bombardear Iraq por su papá, y John Major estaba restándole importancia a la revelación de su romance de cuatro años con Edwina Currie. Siguieron las noticias locales: una estudiante había sido atacada en su camino al colegio. Tenía once años. A plena luz del día, un hombre la había arrastrado hasta un callejón. Todavía estaba libre pero se estaba organizando una cacería. Fui a hacer café y casi me perdí la siguiente noticia. Una estudiante se había caído por las escaleras, falleciendo en el acto. Me quedé congelado, con el filtro del café en las manos.

—¿Qué?

No dieron más detalles. El hombre del tiempo predijo lluvia y la posibilidad de tormentas eléctricas. Me dolía la rodilla y comprobé las reservas que había recibido del hospital. Seis calmantes. Joder, podría tomarme tres ahora mismo, alcanzar las nubes de la inconsciencia. Tomé uno y lo hice bajar con el café, saqué mi libreta de direcciones, encontré el número y marqué.

—¿Diga?

—¿Bríd?

—¿Quién es?

—Jack Taylor.

No pareció alegrarse de oír mi nombre.

—Me has llamado por mi nombre cristiano —dije—. Normalmente es «Ridge», sabes que odio la forma inglesa.

Parecía dispuesta a hacerme un examen, pero antes de eso yo quería respuestas.

—Vale, empecemos de nuevo, Nic an Iomaire. Ya está, ¿he conseguido una buena nota?

Larga pausa. Pensé en preguntarle cómo estaba Margaret, su *amiga*, pero sentí que eso no me sería de ayuda, así que esperé.

—¿Estás todavía en el hospital? —Me preguntó.

—Me han dado el alta, supongo que te alegrará saberlo, y si no estoy como nuevo, al menos estoy vivo. Gracias por tomarte la molestia de visitarme. ¿Cómo te enteraste?

Me la imaginé con gesto enfadado; lo había visto a menudo. Ridge parecía estar siempre a punto de darme un puñetazo y, Dios me perdone, yo disfrutaba muchísimo pinchándola. Era lo que los americanos llaman, un *culo estrecho*.

—Un poli casi mata a un expoli, ¿crees que hay alguien en todo el país que no lo sepa?

—¿Entonces tus colegas por qué parecían perplejos cuando me interrogaron? —Pregunté, enfadado.

Ella no dudó un segundo.

—Despierta de una vez.

Si pretendía irritarme, lo había conseguido. Apreté los dientes y conté hasta diez.

—Apuesto a que llevabas queriendo decir eso mucho tiempo.

Ridge estaba impaciente.

—¿Querías algo? No creo que esto sea una llamada social.

—La estudiante que se cayó por las escaleras, ¿conoces algunos detalles? Estaba enfadada y respiraba con rapidez.

—¿Otra vez vas a intentar trabajar de detective privado? ¿Es que todavía no has aprendido la lección?

No quería oír su sermón de siempre, así que la corté.

—Sólo necesito conocer un detalle, ¿podrías ayudarme?

—Dime.

—Cuando encontraron a la chica, ¿había algo bajo su cuerpo?

Pude oír cómo tomaba aliento.

—Había algo, Jesús... ¿no?

Me respondió un año después.

—Esto es complicado.

—Soy capaz de apañármelas con las cosas complicadas, ponme a prueba.

—Si esto saliera a la luz... Vale, soy amiga de uno de los polis que llegaron primero a la escena. Recogió un libro...

—Joder, qué estúpido.

Pude escucharla rebobinando, intentando recuperar la ventaja. Lo reconocí porque era un lugar que yo habitaba a menudo. La radio todavía estaba sonando y escuché el anuncio del locutor de una canción de Elvis Costello, *I Want You*, del álbum *Blood and Chocolate*. El tema era desagradable, malo, violento, pero disfrazado de algo luminoso. ¿Qué otra cosa puedes esperar de los últimos años de un cuarentón blanco, divorciado? Parecía absorber todo el aire de la habitación.

—Sabe que la ha jodido —dijo Ridge.

—Consigue el libro.

—¿Qué?

—Que le pidas el puto libro. ¿Estás sorda?

—¿Es una orden?

—Es absolutamente vital.

Y colgué.

Estaba medio arrepentido de no haberle mencionado el titular de *The Sentinel*:

OBISPO PROHÍBE LAS BODAS GAY

En San Nicolás, la iglesia protestante, se había celebrado una boda homosexual. El obispo estaba ahora tomando medidas. De niños estábamos tan condicionados por el catolicismo que nos apresurábamos al pasar frente a aquella iglesia por miedo a que sus tentáculos nos alcanzaran y nos apresaran. Incluso ahora, cuando paso por allí, acelero el paso.

La habitación se estaba replegando y tuve que salir. La obsesión por el Jameson se había alojado en mi cerebro. Bajé las escaleras, y con el bastón fue una tarea lenta

y pesada.

La señora Bailey parecía preocupada.

—¿No deberías estar descansando? —Me preguntó.

—El ejercicio es lo mejor.

Clavó el dedo en el periódico ante ella. Yo sabía que era el *Irish Independent*, había sido así toda su vida. Esto mostraba su color político tan claramente como una pancarta.

—El Referéndum de Niza —dijo—, ¿en qué está pensando el Gobierno? ¿Seguirán convocando a la gente hasta que consigan el resultado que quieren?

La política no me interesaba en absoluto, pero sabía que debía mostrar algo de agallas.

—¿Asumo que votarás que no?

Ella eludió el asunto a la manera irlandesa.

—Esos bastardos naranjas^[39] le han hecho la puñeta a Sinn Féin, asaltado sus oficinas en Stormont.

Retrocedí, maravillado por su elección de palabras. Tenía más de ochenta años, era tan vieja como Galway y como el Arco Español^[40].

—¿Hecho la puñeta? Por el amor de Dios, ¿dónde ha aprendido eso? —Pregunté.

—Veo *The Bill y Eastenders*.

—Pensaba que era *fan* de *Coronation Street*.

—No desde que Hilda Ogden se fue.

Esto mataba cualquier posibilidad de continuar la conversación.

—Nos vemos luego —me despedí.

Era extraño estar fuera, de nuevo en activo. El hospital constituía un mundo distinto, en sí mismo, y no estaba seguro de que no fuera más atractivo.

Un sacerdote cruzó la calle y se acercó a mí.

—¿Cómo estás?

Joder, estaba hasta el gorro de curas. Su rostro me era vagamente familiar pero no era capaz de localizarlo.

—¿Qué te ha pasado? —Me preguntó.

—Un accidente jugando al *rugby*.

Se quedó sorprendido, seguro que era miembro de la GAA... todos lo eran. De pronto cayó en la cuenta.

—Oh, ya veo. Pero la verdad es que me refería a la misa, a tu asistencia. No te he visto en mucho tiempo.

La palabra «asistencia» era uno de mis detonadores favoritos. Incluso en mis días como poli no había llevado bien las obligaciones.

—¿Qué pasa, estás pasando lista?

Se sorprendió e intentó arreglarlo.

—Por Dios, no me entiendas mal. Lo que quiero decir es que te hemos echado de

menos.

Quería agarrarlo por el alzacuellos, agitarlo y gritar «despierta».

—Ya, seguro que lo habéis hecho —contesté.

El sacerdote hizo el religioso gesto de poner la otra mejilla, ignorando el tono de mi voz.

—¿No hay duda de que te veremos este domingo?

—Y de que los cerdos pueden volar.

Giré sobre mis talones y me fui, cojeando.

«La gente que conocía se había vuelto extraña y cruel. Habían ahorcado a Mose y nos habían golpeado y apaleado a mi padre y a mí».

Joe E. Lansdale, *The Bottoms*

Cerca de la plaza Eyre vi al joven rubio y, no había confusión posible, estaba mirándome a mí. Decidí ponerle punto y final al asunto y me acerqué, pero él se dio la vuelta y se fue antes de que pudiera alcanzarlo. Me juré a mí mismo que la próxima vez, de un modo u otro, íbamos a tener una charla. Quiero decir, qué demonios, ¿estaba acechándome?

Entré en Nestor, con imágenes de *whisky* grabadas en mis pupilas. El parroquiano estaba en su puesto.

—Jesús, mira qué pintas.

Esto no era un elogio; era tan malo como parecía. Lo fulminé con la mirada.

Jeff estaba reponiendo las estanterías.

—Bienvenido de vuelta, colega —me dijo.

Me senté en mi silla habitual, la dura, con la espalda contra el muro. Me sentía cansado, y la rodilla me dolía; el puto calmante no me estaba haciendo efecto. Las noticias del día eran: una bomba en Bali, 187 muertos; tres irlandeses desaparecidos. El presentador estaba especulando que Al-Qaeda estuviera implicada. Jeff trajo una jarra de café y dos tazas. Sentí una ráfaga de rabia, su presunción de que no iba a tomar alcohol me hizo desear rugir. Jeff se detuvo a medio camino.

—Café, ¿no? —Preguntó.

—Claro, es justo lo que me aconsejó el médico. ¿Me acompañas?

—Sí, si no te importa. Necesito hablar contigo.

Hice un gesto con la mano indicando la silla vacía. Jeff se sentó y llenó las tazas. A pesar de mis reticencias, mi cuerpo respondió al aroma de la cafeína. Quizá podría beber más tarde. Vivía en la esperanza.

—¿Quieres participar en la porra? —Me preguntó el parroquiano.

—¿En la porra?

—Sí, por cinco euros, puedes elegir la fecha en la que Bush bombardeará Iraq. El cinco, el quince, y el veinticinco de noviembre están pillados.

—El veinte de noviembre —dije, después de pensarlo un momento.

El parroquiano hizo una anotación en una pequeña libreta roja.

—Hay una buena suma para quien lo acierte; todo el mundo quiere jugar.

Saqué cinco de mi cartera y los dejé sobre la mesa.

—¿Te has enterado de lo de la estudiante? —Me preguntó Jeff.

—¿La que ha sido atacada, quieres decir?

Asintió. Supuse que, ahora que tenía una hija, era especialmente sensible a estos temas. Pero como siempre, yo estaba equivocado. Había saltado de nuevo a una conclusión equivocada.

—Se trata de un tipo al que conozco, Pat Young, somos amigos... —dijo.

Levanté la mano para callarlo. La radio pasó a primer plano, Jimmy Norman tocando con Emmylou Harris mi tema favorito de *Red Dirt Girl... Bang the Drum Slowly*. Me mataba. Jeff esperó hasta que acabó y yo pregunté:

—¿Qué estabas diciendo?

—Pat es un buen tipo. No lo ha tenido fácil. En Bohermore tienen una concepción diferente de la sobriedad. Dejan de beber y se pillan una moto. No es tu terapia de libro de texto pero para Pat funciona.

Mis ojos se posaron en el estante superior. *Whisky, brandy*, pito... pito, gorgorito... licores, vodka... pim pom fuera. Tequila, eso era algo que siempre funcionaba bien, rápido, despiadadamente y con eficiencia. Escuché la letra de Emmylou, *Meant to ask you about the war*, y solté:

—¿A qué viene esta historia?

Jeff retrocedió, sorprendido.

—Pat podría acabar entre rejas.

—¿Por qué?

—Por lo de la estudiante.

Me tomé un momento para poner mi cabeza en funcionamiento.

—¿Qué pasó? —Pregunté.

Jeff se pasó la mano por el pelo, con arrugas profundas cruzando su frente. ¿Cuándo le habían salido?

—Pat fue visto en los alrededores... Y la chica lo conoce.

Hora de ir al grano. Pregunté:

—¿Qué significa eso? Lo conoce, vale... ¿qué se supone que debo deducir?

—Una vez le pidió dinero, para un helado, y él se negó.

Yo no veía el problema.

—El ADN lo dejará libre de sospecha —dije—, no es para tanto.

—No creo que se haya producido una violación real —dijo Jeff, agitando la cabeza—. La policía está bajo una enorme presión, deben obtener resultados. Y Pat les viene como anillo al dedo.

Levanté las manos, ya tenía suficiente.

—Una historia triste, pero estas mierdas pasan.

Jeff no podía aguantar más.

—Esperaba, ya sabes, con tus contactos —dijo, dando un rodeo—, que quizá pudieras hacer un par de preguntas, poner una buena palabra sobre él en todo esto.

Yo estaba realmente sorprendido. Jeff no era un tío que rogara, que pidiera favores, pero allí estaba, suplicándome algo. Hubiera deseado poder decir que fui

cortés, que brinqué ante la posibilidad de ayudar a un amigo. Pero no. Dije:

—¿No eres el tío que siempre me está tocando los cojones, diciéndome que tengo que rendirme con esto de la investigación? Joder, estás siempre preocupándote por mi bienestar, por mi sobriedad, y ahora me vienes con esto.

Fue un ataque deliberado, y después aparté la taza de café.

Jeff tomó aliento profundamente.

—Se está hablando de un grupo de vigilancia en el pueblo, y temo que puedan cargar contra Pat.

Dejé que mi rostro acusara una burla, y el suspiro de decepción fluyó a través de su cuerpo. Apartó la silla y reunió las tazas. Yo me encogí de hombros.

—Olvida lo que te he pedido —dijo.

Inmediatamente me sentí mal. Joder, yo quería ganar la batalla, no aniquilarlo.

—Mierda, Jeff, tómatelo con calma. No he dicho que no vaya a ayudar. ¿He dicho eso?

Su rostro mostró cuánto deseaba mandarme a tomar por culo, pero la preocupación por Pat Young anuló su bilis personal. Podía ver el conflicto, la confusión en sus ojos.

—Vale, cualquier cosa que puedas hacer... —dijo, cuadrando los hombros— la apreciaría... profundamente.

Lo había hecho saltar a través de los aros y ahora me arrepentía. Culpé a mi rodilla, culpé al cura que me había encontrado antes, culpé al hecho de que quería beber hasta desmayarme. La verdad es que me comportaba mal, más a menudo de lo que me atrevía a admitir. Me levanté, intentando limitar el dolor.

—Me pondré con ello —dije.

—¿Alguna vez has oído hablar de los Lanceros? —Me preguntó, mirándome con extrañeza.

Busqué en mi caótico almacén de historia irlandesa.

—1798, durante la rebelión... ¿no eran una especie de sociedad secreta?

Jeff se volvió hacia la barra.

—Los Lanceros a los que me refiero no son los de la historia.

Entonces se alejó.

Yo estaba cruzando la plaza y el sol apareció. Casi era cálido. Me senté cerca de la fuente e intenté ordenar el lío de datos que tenía. Sin duda, estaba sufriendo un exceso de información. Intentando listar mis prioridades, tenía:

El camello
Su hermana muerta
Synge
Otra estudiante muerta
¿Otro libro?
Una violación frustrada
El amigo de Jeff

La academia del *whisky*, cerca de lo que solían ser los aseos públicos, estaba en pleno bullicio. Después del escándalo pedófilo, los baños habían sido demolidos y reemplazados por cabinas metálicas en las que había que pagar para entrar. Un borracho se separó del grupo y se aproximó a mí. Tenía un brillante cabello rojo, dos dientes, y un pesado abrigo negro. Llevaba un pañuelo francés atado alrededor del cuello. Esto le daba un aire bohemio. Me dedicó una sonrisa amistosa, con su lenguaje corporal asumiendo la pose no amenazante.

—Buenos días, señor —me dijo.

Acento inglés con una pizca de Tyneside. Quizá era la luz solar, pero la rabia que me había estado alimentando se esfumó.

—¿Qué tal? —Contesté.

El borracho estaba encantado. Podía ver sus ojos estimando cuánto valía mi urbanidad.

—¿De dónde eres? —Le pregunté.

Le llevó un momento centrarse (el dinero era su propósito principal, pero una pequeña charla quizá incrementaría la suma), y entonces frunció el ceño al verse golpeado por otro pensamiento.

—No serás un trabajador social, ¿verdad? —Me preguntó.

—Qué va —dije, cambiándome el bastón de mano.

Su cuerpo se relajó y se sentó junto a mí. El hedor de su ropa y su piel era una

potente mezcla de orina, suciedad, miseria y Buckfast^[41]. Intenté reprimir una arcada.

—Soy de Newcastle —contestó.

—Tú y Kevin Keegan.

—Y Alan Shearer, no lo olvides. Es bueno, una vez me dio un billete de cinco por cuidar su coche.

—¿Por qué has venido a Galway?

La pregunta lo dejó perplejo. El grupo lo llamó, con tono impaciente. Estaba tardando demasiado en marcarse el gol. La estrategia en sí era golpear y correr. En realidad a mí no me importaba por qué había venido aquí, pero esto no era vital para él.

—Oí que el gobierno daba dinero para todo —contestó, poniendo los ojos en blanco—. Si tenías perros, incluso podías reclamar pasta por ellos.

Decidí ahorrarle el resto del ritual. Saqué un par de billetes y se los tendí. Él los guardó rápidamente en su abrigo, no tanto por si yo me arrepentía como por evitar que el grupo viera la cantidad. La lealtad no es un punto importante en la agenda de la calle. Las nubes comenzaron a moverse a través del cielo y me levanté.

—Si no es mucho preguntar, ¿qué te ha pasado en la rodilla? —Me preguntó.

—Un tipo me dio una paliza.

El borracho se sabía esa canción y asintió, con palizas pasadas registrándose en sus ojos.

—¿Se la devolviste?

—Todavía no.

Pareció saborear la idea.

—¿Por qué no te pillas un perro? —Sugerí.

—Oh, lo hice... pero me lo comí.

«Había visto a gente que se había ahorcado, que se había metido una escopeta en la boca o se había hecho estallar en pedazos. De alguna manera había aprendido a soportar lo que había visto, y a dejarlo a un lado».

Henning Mankell, *Sidetracked*

Sí.

La votación se había producido e Irlanda había ratificado el Tratado de Niza. Era la primera vez que votábamos en sábado, y la segunda que votábamos sobre este tema. El camino estaba ahora abierto a la expansión, y un montón de nuevos países podrían unirse a la Unión Europea. En la calle del mercado los extranjeros estaban sonriendo y diciendo «Hola». Generalmente mantenían las cabezas gachas y parecían gravemente deprimidos. Yo solía culpar al tiempo.

Estaba de camino a visitar a mi madre. Me detuve en la panadería Griffin y compré un pastel de manzana. Como siempre, había cola.

—El francotirador de Washington ataca de nuevo —dijo un hombre.

Una ráfaga de especulación y, como es costumbre en Irlanda, la charla volvió a dirigirse a la política.

—Eso del Tratado de Niza va a dañar nuestra neutralidad —dijo una mujer.

Otra mujer mayor, muda hasta ahora, dijo, con una nota de melancolía en la voz:

—Las galletas Niza están riquísimas.

Grattan Road había sido siempre el familiar pobre de Salthill. Tenía playa pero las cloacas estaban peligrosamente cerca. Incluso en el día más soleado, un aire gris pendía sobre ella. La residencia de ancianos estaba en una calle retirada, en el camino de regreso del mar. Tuve que pedir indicaciones sobre la dirección. Un anciano con una gorra de tela estaba sentado en un banco, oteando el horizonte. Cuando le pregunté, pensé que no me había oído, y a punto estaba de repetirlo cuando se aclaró la garganta y escupió una flema peligrosamente cerca de mi zapato.

—No quieres ir a ese sitio, hijo.

¡Hijo!

La siempre presente rabia, hirviendo a fuego lento constantemente, casi salió a la superficie. Quería gritarle «A ver, bastardo estúpido, no juegues conmigo».

Me miró, matices amarillos en el blanco de sus ojos. Su nariz parecía estar colapsada.

—¿Sabes qué edad tengo? —Me preguntó.

Como si me importara una mierda.

—No tengo ni idea —Contestó.

Se aclaró la garganta y me aparté un poco, pero el escupitajo no llegó. Quizá no le

quedaba nada más. Respondió por mí.

—Demasiados malditos años, éstos son los que tengo. Vivo con mi hija, ella me odia, y tengo que pasar fuera todo el día. ¿Sabes lo difícil que es matar el tiempo?

Lo sabía.

El viejo levantó el brazo, mostrando puños deshilachados bajo su chaqueta de cuadros y... gemelos. ¿Todavía hay alguien que los use? Señaló con el dedo, graznando.

—La residencia que buscas está por allí, el segundo cruce a la derecha.

—Gracias.

Sentí la necesidad de acercarme, de tocar su huesudo hombro, de ofrecerle algún consuelo. Pero ¿qué clase de mentira podría venderle? Dejé la tarta de manzana en el banco, junto a él, pero la ignoró.

—¿Tienes familia en ese agujero? —Preguntó.

—A mi madre.

Asintió, como si hubiera oído todo tipo de historias horribles. Me volví para marcharme y él me llamó.

—Hijo.

—¿Sí?

—¿Quieres hacerle un favor a tu madre?

¿Quería?

—Sí.

—Pon una almohada sobre su cabeza.

Literalmente, había conocido a cientos de personas, y ésta es una exageración que siempre se permite a los irlandeses. En mis años en el cuerpo me encontré con todo tipo de

Estafadores.

Timadores.

Maleantes.

Pícaros.

Y en los años siguiente conocí a los

Tristes.

Solitarios.

Deprimidos.

Desanimados.

Pero pocos me habían afectado como aquel viejo. Una canción despertó en mi memoria, la de una temprana Emmylou donde ella se lamenta, llora, *A River for Him*.

Si *Johnny Duhan* era la letra de mi vida, entonces ésta era la melodía. Mientras me aproximaba a la residencia se me cayó el alma a los pies. Fueron las cortinas en las ventanas frontales. Colgando de un riel caído, eran de un marrón mate. Como hombre, realmente no se suponía que tuviera que fijarme en si estaban limpias.

Pero me fijé.

Estaban brillantes. Ésa era una expresión de Bohermore^[42], brillantes de mierda. El nombre, San Judas, estaba en la puerta. La J había desaparecido, así que se leía:

«San udas».

El santo patrón de los casos desesperados. Llamé al timbre, oí cómo daban la vuelta a la llave. El sonido era extraordinariamente parecido al de Mountjoy. Me abrió una mujer de mediana edad.

—¿Sí?

Lacónica.

Tenía una expresión severa, fría. Si alguien necesita una dominatriz, aquí está ella. Como si simplemente se hubiera movido hacia delante desde su previa reencarnación como guardiana de las Hermanas de la Magdalena^[43].

—Estoy aquí para ver a la señora Taylor —dije.

Vestía un traje de *tweed*, zapatos negros de suela gruesa por los que una monja podría matar, y llevaba el cabello recogido en una especie de mosquitera. La mirada en sus ojos era glacial y controlada.

—¿Quién es usted? —Preguntó.

—Soy su hijo.

No soltó una carcajada de burla, pero casi. La puerta estaba todavía medio cerrada y me espetó:

—¿No ha estado aquí antes?

Quería empujar la puerta, abrirla de una patada. Pero esto provocaría, no ya que esta mujer y yo nunca fuéramos a ser amigos, sino que ni siquiera pudiéramos disfrutar de una tensa cordialidad.

—Si hubiera estado aquí antes —dije—, ¿estaríamos teniendo esta conversación? Pero claro, ¿quién sabe? Quizá este follón es el proceso habitual.

Ya está, lo dejé claro. Aquella mujer no debía encontrarse con caras duras demasiado a menudo, o, como creía que ella lo diría, con impertinentes. Podía notar qué cerca estaba de darme un portazo en las narices.

—Entonces —pregunté—, ¿puedo ver a mi madre o voy a necesitar una orden?

Miró mi bastón con desprecio y después abrió la puerta, un montón de correspondencia a sus pies. Parecían facturas. De la variedad «Último Aviso». Había visto suficientes para reconocer los sobres. Pasé junto a ella y el olor me golpeó. Una mezcla de amoníaco, ropa vieja, orina y pino silvestre. Este último era el ambientador de moda en todo tipo de instituciones. Vendido por camiones y fabricado en Taiwán, era barato y odioso. Una vez que te lo has encontrado, jamás puedes confundirlo con otra cosa. Es peor que cualquier otro olor que pueda intentar disfrazar. Recuerdo mis primeros bailes, en la época de las orquestas. Woolworth tenía una sucursal en la plaza Eyre, ahora ocupada por otra de Supermac. Su especialidad era un bote de perfume barato. Todas las casas del pueblo tenían al menos un frasco. Los salones de baile estaban electrizantes con el aroma.

Me fijé en un enorme jarrón con flores y alargué la mano.

Plástico.

De todos los horrores que se podían comprar, éstos eran de largo lo peor. Junto a los tres patos voladores que adornaban las paredes de cientos de hogares.

—¿Y usted es? —Le pregunté.

—La señora Cauty. Soy la enfermera jefe.

Asentí como si me importara un carajo.

—Su madre está en la habitación siete. Si me disculpa, la residencia no funciona sola.

Y se alejó rápidamente, con una estela de hostilidad. Encontré la habitación siete, la puerta estaba abierta, y, tomando aire profundamente, entré. La habitación era oscura porque la bombilla tenía el menor de los voltajes. La última vez que experimenté algo así fue en mi agujero de Ladbroke Grove, con *Madame George*^[44] como tema musical.

Había tres catres (no podía llamárseles camas), con cabeceros de metal, colocados a lo largo para mantener a los ocupantes dentro, o para ayudarlos a salir, no lo sabía. Me aproximé a la primera, una mujer de muchos años, sobre su espalda, con la boca abierta, la saliva colgando de sus labios.

En la segunda estaba mi madre. Colocada sobre almohadas, con los ojos abiertos. Desde la última vez que la vi se había deteriorado enormemente. Su una vez lustroso cabello negro era blanco y lacio. Sus ojos me enfocaron y susurró:

—¿Jack?

Me atravesó el corazón, quería llorar. Culpabilidad, rabia y remordimiento desgarraban mi estómago. Sentía bilis en la garganta y el sabor del verdadero vómito en las encías.

—¿Qué tal estás? —Dije.

No fue mi mejor momento. Ella levantó la mano, el brazo tan delgado como el papel, y me preguntó:

—¿Vas a llevarme a casa?

A casa. Nosotros no teníamos casa, nunca la tuvimos. Habíamos vivido en un hogar de furiosa hostilidad, toda creada por ella.

—Claro que lo haré —contesté.

Sus ojos estaban enfadados y se movían furiosamente.

—Acércate, Jack, así no nos oirán —dijo—. Dicen que no estoy siendo una niña buena.

Me quedé veinte minutos que me parecieron veinte años. Seguí repitiendo que la rescataría. Ella casi era lo que los irlandeses llaman *seafóid*, una persona con el cerebro blando, o, en términos modernos, que ha perdido la chaveta. Cuando me iba, dijo:

—Rézale a Ella para que me salve.

La enfermera jefe me abrió la puerta.

—Un anciano, viniendo hacia aquí, me avisó de que esto era un agujero —dije—. Veo que acertó completamente.

Ella dio un portazo detrás de mí.

Sin scéal eile.

(Ésta es otra historia)

De vuelta en Bailey pensé en el amigo de Jeff y decidí que no había mucho que pudiera hacer. Racionalicé: si era inocente, entonces no le pasaría nada. Sabía que involucrarme no ayudaría, así que decidí no hacer nada. Y en el caso de mi madre, la única solución era otra residencia. Sabía que una decente resultaría cara, y no podía permitírmelo. Así que de nuevo, no haría nada.

El teléfono sonó y salté ante la distracción. Era la mujer policía.

—Tengo el libro —dijo.

—Genial. ¿Puedes dejarlo caer por aquí?

No hubo respuesta.

—Ridge, ¿estás ahí? —Pregunté.

Cuando respondió, su indignación era evidente.

—¿Qué crees, que soy tu chico del reparto?

—No... yo...

—Tú siempre estableces las fechas, términos y localizaciones de nuestros encuentros.

—¿Lo hago?

Ella no se molestó en contestar.

—Es mi cumpleaños —dijo—. Margaret va a invitarme a cenar en el Hotel Connemara Coast. Estaremos en el bar después, para el café... digamos... ¿a las nueve?

—Pero eso está...

—En Connemara, sí. Supongo que recordarás que vivo allí.

—Está a kilómetros de distancia. ¿Cómo se supone que voy a llegar allí?

Juraría que se estaba riendo. Saboreándolo, sugirió:

—Coge un autobús. Cuando vean el bastón, seguramente te cobrarán medio billete.

Clic.

Había perdido esta mano, sin duda. Hubo un tiempo en el que Ridge era respetuosa conmigo, casi sumisa. No cabía duda de que la intimidaba. Como con todas las mujeres que conocía, el tiempo se ocupó de cualquier débil poder que tuviera. Llamé a Autobuses Éireann, y después de treinta minutos de entumecida frustración, conseguí el horario. Había tenido que navegar por todo aquel follón de

«para información pulse 1, para reservas pulse 2, para vacaciones prepagadas pulse 3». No parecía haber un botón para sentido común.

Una canción que no podía identificar había estado rondándome la cabeza. Encendí la radio y, por una de esas extrañas coincidencias, allí estaba. De Pink, titulada *Like a Pill*. Hizo que me sintiera viejo. No era propio de mí escuchar al *antídoto* de Britney. A veces no es bueno tener demasiada información. Las noticias siguieron y un policía afirmó que se había estado interrogando a alguien sobre el ataque a la chica. Había sido liberado sin cargos. Llamé a Jeff y me confirmó que era Pat y, sí, lo habían soltado.

—No hay por qué preocuparse entonces —dije.

No respondió.

—¿Jeff? —Pregunté.

Parecía exhausto.

—No es por la policía por lo que estoy preocupado —contestó.

Y colgó. Pensé en llamarlo de vuelta pero lo dejé correr. Esto era un punto que ya podía tachar de mi lista. Janet me trajo el correo a mi habitación.

—¿No es un milagro?

—¿El correo?

—No me tome el pelo. Me refiero a lo de su adicción a la bebida.

—Oh, claro.

Me dedicó una sonrisa cálida, rezumando afecto.

—¿Dice sus oraciones, señor Taylor? —Me preguntó.

—Uhm, sí, claro, en irlandés, además.

Esto no era totalmente mentira. Cuando rezaba, hace mucho tiempo, siempre lo hacía en irlandés.

Janet me tendió un folleto.

—Éste es el listado de Necrológicas de noviembre —dijo.

Durante un surrealista momento, pensé que estaba tendiéndome la lista de los que iban a morir en breve. Después me di cuenta de estaban señalados los domingos de apertura del cementerio, y la lista de misas especiales durante el mes.

—Así podrá visitar a sus seres queridos —dijo—. Sé que debe echarlos de menos.

Parecía tenerlo claro.

—Hace un tiempo espantoso.

Y se fue. Doblé el folleto, lo enrollé con fuerza, y lo lancé al aire. Olvidé mi rodilla mala e intenté patearlo.

Mala idea.

El dolor fluyó a lo largo de mi muslo y tuve que descansar. Si hubiera sido supersticioso, si ser irlandés viniera marcado por el territorio, hubiera dicho que era un castigo por burlarme. Miré el correo... dos cartas. Una diciendo que podía aprovechar la oportunidad de tener una comida gratis en el Radisson si rellenaba una tarjeta de fidelización. La segunda era de un abogado actuando en nombre de Stewart

y adjuntando un sustancial cheque. El tono de la carta sugería que si no estaba satisfecho, más fondos estarían disponibles instantáneamente. Yo estaba satisfecho.

Apoyé la cabeza en la almohada e intenté no pensar en mi madre.

Me concentré en mi nuevo plan. Antes era un apartamento cerca de Hyde Park. Pero aquello se había ido por el váter.

Nelson Algren había sido de largo uno de mis escritores favoritos. Al final de su vida, después de la pobreza, del abandono de la literatura, del dolor, se había asentado por fin en Sag Harbor. Un antiguo pueblo ballenero, que podía atravesar en bicicleta, y desde el que Nueva York estaba sólo a un tren de distancia. La casa que alquiló me parecía enormemente bonita. Estaba cerca del océano, y costaba 375 dólares al mes. Tenía un pequeño patio trasero, una chimenea, y una habitación para exponer todos los artículos que había mantenido almacenados durante años. E. L. Doctorow vivía cerca, Betty Friedan en la misma calle, Kurt Vonnegut en un pueblo cercano.

Tenía una agenda anual en mi maletín. La usaba para conservar una vaga pista del dinero y de los números telefónicos. El resto de las páginas estaban en blanco. Cogí un rotulador negro, escribí:

SAG HARBOR, O A LA MIERDA

A pesar de ser una locura, este sueño me hacía sentir bien, como si tuviera futuro. El calendario del Sagrado Corazón decía:

«Sé humilde ante el Señor»

Yo no sabía demasiado de humildad pero estaba bien versado en humillación.

Pensé en comprar un regalo de cumpleaños para Ridge. ¿Qué puedes comprarle a una policía lesbiana a la que disgustas intensamente?

¿Alambre de espino?

Había una pequeña tienda cerca del hotel. A pesar de su proximidad, la había evitado durante años. Durante mis días como policía, había tenido que amonestar al propietario por cobrar de más. Él no se lo tomó bien. Me dijo:

—Niñato, que yo le fié a tu vieja cuando no teníais donde caeris muertos.

Algo así.

Estaba totalmente seguro de que todavía seguiría llevando la tienda, pero era su calco, el hijo, quien estaba detrás del mostrador. Creo que habíamos ido al colegio juntos.

—Seamus —dije.

Él levantó la mano para que me callara. Un gesto que no me entusiasmó. La noticia era que un joven había sido encontrado crucificado en Belfast. Le habían dado una paliza tan grande que ni siquiera su propio padre lo había reconocido. Seamus alargó la mano y apagó la radio.

—Jack Taylor, qué raro verte por aquí.

Ya estábamos, mal rollo. Me hubiera gustado contestar: «Qué sorpresa, tú sigues apestando».

Pero dije:

—¿Cómo está tu padre?

—Muerto, gracias.

Antes de que pudiera reponerme de esta respuesta, un extranjero entró y Seamus instantáneamente se puso tenso. Como si hubieran presionado un botón, sus ojos se entornaron y soltó:

—¿Puedo ayudarte?

El hombre estaba intimidado; había reconocido el tono de voz.

—¿El azúcar, por favor? —Dijo, manteniendo la vista en el suelo.

—En el estante de abajo, cerca del té y el café.

Seamus no apartó los ojos de él. Cuando el hombre volvió con el azúcar, le ladró el precio. Yo no sabía el coste de las cosas, a no ser que fuera bebida, lo que siempre costaba más de lo que podía permitirme, y no sólo financieramente. Pero incluso yo sabía que aquel precio estaba por las nubes. Iba a preguntar:

—«¿Qué? ¿Los Presupuestos Generales del Estado han llegado antes?».

Pero dudaba de que fuera a oírme, así de concentrado estaba en el hombre.

—Malditos ladrones —dijo Seamus, cuando se fue.

—¿Lo conoces?

—No, nunca lo había visto antes.

—Entonces, ¿cómo...?

Él me miró fijamente, con el veneno saltando en sus ojos.

—Todos éstos son ladrones y mentirosos —dijo—, y sólo Dios sabe qué enfermedades nos estarán trayendo.

Estaba demasiado sorprendido para responder. Los ojos de Seamus se aclararon y cambió de nuevo al modo amistoso.

—Bueno, ¿qué puedo hacer por ti, Jack? —Me preguntó.

Compré una caja de Black Magic^[45] y una tarjeta de cumpleaños. Me contó un chiste sobre un cura y un estofado irlandés. Gracias a Dios, no lo recuerdo. Era lascivo y desde luego no tenía gracia; pero a él le divirtió inmensamente. Lo recuerdo llamándome mientras me iba:

—A ver si mantenemos el contacto, ¿no?

*«Éramos los desgarbados y los estupefactos,
dementes por nuestro propio e insaciable deseo de otro tiempo y otro lugar».*

David Means, *Assorted Fire Events*

La lluvia llegó torrencialmente. Una de esas duchas que parecen personales, como si realmente quisieran empaparte.

Y lo hizo.

Recuerdo lo que Billy Connolly decía, que no había mal tiempo, sólo ropa equivocada. Dale seis meses en Galway, y a ver qué diría entonces. Subí al autobús y apenas pude encontrar asiento, iba abarrotado. Me senté junto a la ventana e intenté descubrir qué era lo que notaba diferente. Irlandés. Todo el mundo estaba hablándolo. Escuché una oleada de:

—*¿An bhfuil tú go maith?*

—*¿Cén chaoi bhfuil tú?*

—*Tá an aimsir go dona.*

Mi favorita fue la de un joven que respondió al que estaba a su lado:

—*Tá scéilín agam.*

Tenía que contarle una historia. La traducción no hace justicia al énfasis que puso en «*scéilín*». Combinando intriga, placer, excitación, y la baja astucia que nos da renombre. Me gustaría haber oído esa historia. Justo antes de que el autobús se moviera, una chica joven, de menos de veinte, subió a bordo vistiendo una cazadora azul celeste. Miró el repleto autobús y me preguntó:

—¿Está, ehm... ya sabes, libre ese asiento?

Americana.

—Todo tuyo —dije, sonriendo.

—Adoro la manera en la que habláis —me dijo, mientras se sentaba.

Mientras el autobús se ponía en marcha, por una antigua costumbre, me santigüé y ella se mostró encantada.

—Jolín, eso es, ehm... ya sabes, muy mono.

No tenía una respuesta para eso. Ella continuó mirándome. Llevaba un aro en la ceja izquierda y un pendiente bajo su labio inferior. Esa mierda había tenido que

doler.

—¿Estás de vacaciones? —Le pregunté, para que dejara de mirarme.

—Esto son como unas vacaciones, ¿verdad? Sí, podríamos decir eso, pero es, ehm... un coñazo, ¿sabes lo que quiero decir?

—¿Por qué?

Puso los ojos en blanco y tuve la sensación de que ése era su número estrella, algo que hacía a menudo.

—Mi padre —respondió—, es un viejo, cincuenta y dos, y quiere que aprenda sobre mis raíces. Ehm, ¿hola?

Me gustan los americanos, su vitalidad y la fresca energía que portan me sorprenden, es francamente misterioso. Yo había nacido cansado.

—¿Tu familia paterna es de Connemara? —Pregunté, haciendo un esfuerzo.

—Sí, exacto, me ha contado esa historia *tropecientas* veces. Así que me estoy quedando con su hermana, y ella es demasiado, ehm... ya sabes, ansiosa. Ehm... se preocupa todo el rato. Ella necesita, ehm... ya sabes, calmarse.

No era fácil seguir su discurso; si decía «ehm» una vez más, gritaría.

—¿Qué le preocupa? —Pregunté.

—Ehm... cosas, ya sabes.

Ésta era toda la perspicacia que tenía. Estábamos llegando a Salthill y yo quería mirar la bahía. Por miedo a que me estropeará este placer, pregunté:

—¿Y en qué empleas tu tiempo?

—¿Qué?

—¿Qué es lo que haces durante todo el día?

—Oh, ya lo pillo. La mayor parte la paso... ehm... ya sabes, por el centro comercial, mirando a los tíos.

¡El centro comercial!

—¿Y eso te divierte? —Dije, todavía con un ojo en la bahía, las olas rompiendo sobre las rocas.

—Apesta.

Atisbé el hotel y me moví para avisar al conductor.

—¿Por qué llevas bastón? —Me preguntó la chica.

—Me he dañado la rodilla.

—Qué rollo.

Dejarla no me rompía el corazón pero le dije:

—Cuídate.

—Sí. Ehm... lo que tú digas.

Cuando bajé del autobús el viento casi me hizo volar. La chica estaba mirando por la ventana, así que hice lo que pensaba que fue un saludo amistoso. Ella me sacó el dedo.

El hotel Connemara Coast parecía un motel, grande y elegante,

y estaba ubicado en el mismo borde de la tierra. Entré y me sentí agradecido por la calidez. Localicé el bar, y allí estaban Ridge y Margaret. Me acerqué y dije:

—Feliz cumpleaños.

—Éste es —dijo Ridge a Margaret, haciendo una mueca.

No fue la más efusiva de las bienvenidas. Margaret extendió la mano.

—Soy Margaret, encantada de conocerte.

No sé qué es lo que esperaba. Una tortillera machorra, si soy sincero. Tenía cuarenta y tantos años, con el cabello rubio ceniza, cortado como un paje. Grandes ojos castaños, una nariz demasiado grande y una boca bonita: ese tipo de labios que quieres tocar. Vestida con un polo negro y vaqueros, su cuerpo parecía fuerte, en forma. Fui consciente de mi bastón, de mi edad, y enderecé mi espalda. Ridge, observándome, sonrió.

—Pareces congelado —dijo Margaret—. ¿Te apetece tomar algo?

Y Ridge la miró. Yo sabía que había advertido a Margaret sobre el alcohol, quien tuvo la elegancia de mostrarse confusa, así que dije:

—Me vendría bien un café.

Se levantó y se acercó a la barra.

—No me la imaginaba así —le dije a Ridge.

Esto la divirtió.

—¿Qué es lo que esperabas? —Me preguntó.

¿Cómo responder a eso? Probé a darle una media verdad.

—Hostilidad.

—Aún es pronto.

Margaret volvió con una bandeja: sándwiches y una jarra de café.

—Leche —dijo.

Y se marchó de nuevo.

—Ya me cae simpática —dije, inspeccionando la bandeja.

Entonces Ridge pareció caer en la cuenta de algo, una nueva conciencia viajando desde sus ojos para encender una maliciosa sonrisa.

—Margaret... oh, Dios mío, ¡has pensado que es lesbiana! —Exclamó mientras aplaudía—. Esto no tiene precio.

Sentí que mi corazón se disparaba mientras me pateaba a mí mismo por la suposición.

—¿No lo es? —Dije.

—Dios, debería haberlo sabido —dijo Ridge, negando con la cabeza—, eres un dinosaurio.

Margaret volvió con la leche.

—¿Me he perdido algo? —Preguntó.

—No mucho —contestó Ridge, sentándose de nuevo.

Para pasar página, saqué el Black Magic y la tarjeta. Margaret sonrió y Ridge estaba realmente sorprendida.

—Supongo que has comprado esto a la carrera —dijo, cogiendo la tarjeta.

Y la abrió. En la parte de adelante ponía:

«Feliz cumpleaños, papá»

No hubo respuesta. No iba a contar la historia sobre el extranjero y el azúcar. Me hubieran dicho que debería haberme ido. Ridge comenzó a abrir los bombones.

—Gracias por el detalle —dijo.

Ofreció la caja. Yo la rechacé, pero Margaret cogió dos. La necesidad de decir «a tomar por culo», desfilarse hasta la barra y emborracharme era cada vez más poderosa. Margaret me sirvió el café, y por un momento hubo un silencio incómodo.

—¿A qué hora llegan tus padres? —Preguntó Margaret a Ridge.

Estaba sorprendido, siempre había pensado en Ridge como alguien solitario. Situarla en una escena familiar no parecía cuajar. Te preguntabas a ti mismo, «¿Qué está mal en esta fotografía?». Había algo en Ridge, como en mí, que marcaba el precinto de la soledad a su alrededor.

—Deben llegar de un momento a otro —respondió—. ¿Puedes esperar?

Margaret comprobó su reloj.

—Me encantaría, pero me han asignado un turno temprano.

Se levantó, se inclinó hacia delante, y besó a Ridge en la mejilla.

—¿Quieres que te lleve a alguna parte? —Me preguntó.

—¿Vas al pueblo?

—Sí.

Miré a Ridge.

—Que te lleve —dijo, sacando el libro de su bolso.

Lo guardé en mi bolsillo sin mirarlo. Margaret tenía una bebida frente a ella pero no la había tocado.

—¿Y qué pasa con tu copa? —Le pregunté.

—Ya me he tomado una. Con todos vosotros, los polis, alrededor tengo que tener cuidado.

—Te llamaré —dije a Ridge.

—Hazlo.

Eso no era una petición; era una orden.

Margaret tenía un Escort azul claro que parecía nuevo. Se puso tras el volante y yo me senté junto a ella, colocándome el cinturón de seguridad. Me llevó un tiempo, mi bastón insistía en enredarse con él.

—Déjame ayudarte.

Cuando se inclinó pude oler su perfume. Desde luego no tenía nada que ver con el especial de Woolworth. Sentí un revuelo de deseo. Bien lo sabe Dios, no podía recordar la última vez que eso me había pasado. Después sonrió y puso el coche en marcha. Conducía bien, hábilmente y confiada.

—¿Trabajas? —Pregunté.

Ella se rió, sorprendida.

—Claro que trabajo, ¿qué te crees? Soy enfermera.

—¿Dónde?

—¿Es esto un interrogatorio? —Preguntó, mirándome de soslayo.

—Lo siento, sólo era curiosidad.

Ella no respondió. Habíamos llegado a la cima del campo de golf, alcanzando Taylor's Hill.

—¿Tienes diez minutos? —Me preguntó.

—Claro.

—Me gusta aparcar en el paseo marítimo cuando hay oleaje, como ahora. La vista de la bahía es maravillosa. ¿Te parece bien?

Cuando asentí, ella dijo:

—Soy enfermera en el Bon Secours, que solía ser llamado Galvia.

No pude contenerme.

—Cuidando a los ricos —dije.

A ella no le gustó, debía haberlo oído a menudo.

—¿Es que no se merecen tratamiento?

Su tono me irritó.

—Claro que sí, simplemente no merecen un tratamiento especial —rebatí.

Margaret aparcó el coche, muy hábilmente. Me imaginé que debía hacer la mayoría de las cosas bien. El mar estaba de hecho espectacular, con las olas golpeando el muelle de Blackrock. Esto despertó un sentimiento de temeridad en mi alma. Quería retroceder al borde de la existencia, tener la adrenalina rugiendo en mi sangre. Podía casi saborear la locura en mi boca. No me había dado cuenta de que Margaret seguía hablando.

—Perdona, ¿qué decías?

—Bríd me ha contado que estás intentando cambiar tu vida.

—Bríd tiene la boca muy grande.

La cosa no iba demasiado bien.

—Ella cree que fracasarás, que volverás a beber de nuevo como siempre has

hecho.

Abrí la puerta y salí con dificultad.

—Creo que caminaré —dije.

Ella intentó disculparse, pero di un portazo, y el viento enfatizó la agresividad del gesto. Mientras me adentraba en el fiero temporal, casi perdí mi bastón y quise lanzarlo a la bahía. Antes de que pudiera abrocharme el abrigo, estaba completamente empapado.

«Se preguntaba si el problema del mal aumentaba mientras el tiempo pasaba, y si cada nueva maldad se añadía a la vieja, o si empujaba al mundo más cerca del fin del mal».

Sean Burke, *Deadwater*

Cuando volví a Bailey estaba mojado de los pies a la cabeza. Me quité la ropa y me metí en la ducha. Por fin conseguí meter algo de calor en mis huesos, me puse una descolorida sudadera y saqué el libro de mi chaqueta. Era otro tomo de obras teatrales de Synge:

El playboy del mundo occidental y otras obras.

Tomé aliento, abrí la cubierta, y allí estaba, con enormes letras negras:

EL DRAMATURGO

Salté a través de las páginas, y descubrí una parte que estaba subrayada con rotulador rojo. Decidí intentar memorizarla, el instinto me decía que era un componente del *puzzle*.

«Vosotros no veréis aproximarse la vejez o la muerte; vosotros que fuisteis mis compañeros cuando se apagaron las fogatas en las cimas y las estrellas fueron nuestra única compañía. Volveré mis pensamientos a esa noche (que fue triste porque ansiábamos la tristeza), al tiempo en el que vuestras varas y capas hicieron una pequeña tienda para mí allí donde el abedul y la piedra servían de refugio; aunque desde hoy serán mis dedos los que hagan mi propio refugio, extendiendo mis cabellos y enredándolos con la lluvia».

Ahora lo sabía. Dos chicas habían muerto, aparentemente de un modo accidental. Debajo de cada una de ellas había un libro de Synge con las palabras «El Dramaturgo» escritas en el interior. Pero ¿quién iba a creerme? Pasé a la última página y, efectivamente, mecanografiado en una tarjeta estaba «Deirdre, enloquecida por la carga de su dolor, cae sin vida en la tumba abierta». Al menos podía confirmar las sospechas de Stewart el camello. Decir que tenía razón: alguien había asesinado a su hermana. No tenía absolutamente nada con lo que seguir. Incluso aunque lo tuviera, ¿qué demonios iba a hacer, perseguir al asesino? El teléfono sonó y lo cogí.

—¿Jack?

Era Jeff y su voz era grave.

—Pat Young está en el hospital.

—¿Qué le ha pasado?

—Lo han atacado.

—¿Quién?

Se tomó un momento y yo supe que estaba eligiendo cuidadosamente las palabras.

—La terminología actual es, creo, por persona o personas desconocidas.

El sarcasmo goteó del teléfono. Yo conocía la mayoría de los estados de ánimo de Jeff, lo había visto andar a tientas a través del dolor, de la desesperación, pero nunca, nunca había usado ese tono, y menos conmigo. Intenté no pensar en ello.

—¿Está malherido?

—Depende de cómo definas malherido.

Me irritó pero mantuve mi tono de voz controlado.

—¿Está consciente?

—Afortunadamente, no.

En ese momento fui incapaz de controlarme.

—¿Vamos a seguir dando vueltas durante mucho tiempo? ¿Qué tengo que hacer, intentar adivinar tres veces?

—Joder, Jack, pareces excitado. No pensaba que te importara tanto lo que le pasara a Pat.

Lo dejé estar, seguramente porque era verdad. Si me desbocaba (y cada fibra de mi ser me urgía a ello) nuestra amistad quizá no se recobraría. Mi boca había sido causa de numerosos desastres, así que por una vez no me metí en el cuadrilátero. Esperé, después pregunté:

—¿Crees que se recuperará?

—Espero que no.

Me tomó por sorpresa y fui incapaz de seguir.

—Si te hubieran castrado, ¿tú querías *recuperarte*? —Dijo.

Escupió las últimas palabras, el veneno voló.

—Jesús —dije.

—No creo que Él tenga mucho que ver con esto.

—¿Y quién tiene?

Ahora su voz se destensó y una profunda fatiga lo envolvió.

—Ya te lo dije; de hecho te lo dije dos veces.

¿Qué me había dicho? No tenía ni idea.

—¿Qué me dijiste?

Jeff dejó escapar un largo suspiro de aliento contenido.

—No me estabas escuchando. Como Cathy dice, tú nunca lo haces.

Clic.

Sostuve el teléfono en la mano, con el tono de marcado burlándose de mí. Quería bajar a Nestor, encararme con él y descubrir de qué demonios estaba hablando. Pero no tenía fuerzas. Me metí en la cama y me sentí tan mal como siempre me sentía. Esperaba pasar la noche agitándome y dando vueltas, pero el sueño vino rápido y profundo. Los sueños fueron vívidos.

Mi madre, en una tumba abierta, gritaba: «Jack, no puedo moverme. Ayúdame». Yo tenía una pala en la mano y comencé a amontonar la tierra. Jeff, levantando una copia del libro de Synge, susurró: «¿Por qué no escuchas?» y después tiró el libro. Como suele pasar en los sueños, la lógica brillaba por su ausencia. El libro cayó junto a la tumba y yo grité: «No puedo enterrar eso. No comprendo lo que está pasando». Y de pronto estaba cojeando por la carretera de la costa, sin mi bastón. Margaret y Ridge estaban mucho más adelante, burlándose: «Eh, alcánzanos».

Yo no podía.

Cuando me desperté por la mañana, la cama estaba como si la hubiera golpeado una bomba. Yo estaba cubierto de sudor. Estaba experimentando lo que suele llamarse una *resaca emocional*. Casi tan mala como la normal. Me arrastré hasta el cuarto de baño, y me arriesgué a mirarme al espejo.

Jesús.

¿Cómo estaba envejeciendo tanto? Definitivamente podía ver nuevas arrugas en mi rostro, unas profundamente incrustadas. Tomé una larga ducha de agua hirviendo y quedé limpio, aunque nada más. Después del café decidí empezar a rastrear al *Dramaturgo*. Vestido para detectar, con gastados pantalones de pana, sudadera y mi abrigo de policía. Mientras dejaba la habitación, desearía poder decir que estaba rebosante de entusiasmo o de un sentimiento de determinación. Pero no, estaba cansado. La señora Bailey leía atentamente el *Irish Independent*.

—Polis, polis, polis —dijo.

—¿Qué?

—En Donegal, ha habido un escándalo tremendo sobre soborno, intimidación, encubrimientos; y en Dublín diecisiete policías han sido suspendidos después de que esto saliera a la luz pública. En mi época, los policías quizá se ponían ciegos con el *poteen*^[46], pero hoy día han perdido el norte.

Toda una época olvidada en esa expresión, «perder el norte». Es un desesperado crimen, en el catálogo irlandés, tener ideas por encima de tu posición social, creerte a ti mismo por encima del vulgo. Esto es semejante a tener *ideas*, y ése es el primer peldaño de la escalera de la vanidad. Mi propia y maltrecha historia con la policía me hacía un inverosímil defensor de sus comportamientos.

—Son lo único que tenemos.

Ella se santiguó... «En el nombre del Padre...». Después añadió:

—Que Dios nos ayude.

Eso terminó con el caso para la defensa. La dejé con el periódico y el estado de la nación, caminé hasta la iglesia agustina y pensé en encender algunas velas. La

cantidad de gente que necesitaba ayuda requeriría más velas de las que podía encender. Así que pasé. Junto a la iglesia había un restaurante francés, después una empinada escalera de peldaños de piedra, seguida de una pequeña tienda de barrio. Me acerqué a los escalones, intenté visualizar cómo había caído la estudiante. Sin duda era una caída con la que podías matarte. Al otro lado de la calle había un pequeño almacén al detalle que vendía joyas de plata. Parecía ser un comercio activo. Una mujer salió, me miró, y la saludé cortésmente. Esto pareció decidirla y cruzó la calle.

Tenía aspecto de gitana, cabello oscuro hasta los hombros, ojos oscuros, complexión cetrina. Vestía una de esas faldas largas y vaporosas que no le sientan bien a nadie. Proclamaban: *tengo las piernas féisimas*. Le echaba unos cuarenta años, pero las arrugas alrededor de sus ojos, en las comisuras de sus labios... quizá era mayor. Pero no cabía duda de que era atractiva. Sus movimientos tenían cierta gracia.

—*Quel dommage*, qué pena.

¿Francesa? ¿O cursi?

—¿Conocías a la chica? —Le pregunté.

—Sí, tenía un pequeño apartamento subiendo los escalones.

Miré de nuevo, y dije:

—¿Hay gente viviendo ahí arriba?

—Ella lo hacía. Ahora, en la ciudad, hay apartamentos en los lugares más insólitos.

Su inglés era perfecto, aunque con un ligero acento. Además, tenía ese tono irlandés que la gente adquiere cuando aprende inglés en Irlanda. Una suavización de las vocales y un tenue toque cadencioso. Decidí declararme ignorante, ver qué me contaba.

—Realmente no sé qué pasó.

Ella parecía feliz de hacerme un favor.

—Karen. Karen Lowe, llevaba un año viviendo allí, y a veces venía a la tienda. La noche que ocurrió había salido con algunos amigos, y los dejó sobre las diez. A las once menos cuarto alguien la vio ahí tirada, y llamó a la ambulancia y a la policía.

Intenté formular la siguiente pregunta tan delicadamente como me fuera posible.

—¿Podría haber estado bebiendo? —Pregunté.

Negación vehemente con la cabeza.

—No, la conozco... oh, *mon dieu*... la conocía. Iba al bar pero nunca tomaba más de un vaso de *shandy*.

—¿No eres policía? —Me preguntó, mirándome fijamente.

—No, no... soy... de la compañía de seguros.

—*Merde!* —Escupió—. Les gusta que la gente les pague pero devolver el dinero... nunca. ¿Sabes de cuánto es la prima de mi tienda?

Yo no tenía ni idea de seguros pero había que arriesgarse.

—¿Un montón?

Su cabeza asintió furiosamente, con un rastro de saliva en la comisura de la boca. Reconsideré mi primera opinión sobre que fuera atractiva. Ahora la tenía marcada como *demente*.

—Dile a esos *mamapollas*... —Pausa—. ¿Esa palabra es correcta?

¿Quién era yo para discutirlo? Ésta no era la descripción que hubiera esperado de una dama francesa. Habría pensado en algo con más clase, insultante pero elegante, como es su derecho de nacimiento. Era mi turno de asentir, aunque menos enérgicamente, y ella continuó:

—Diles que paguen lo que deben.

—Lo haré.

Y seguí adelante. Durante un breve momento estuve pensando que podría pedirle una cita; ahora pensaba que necesitaba que la enjaularan. Cuando llegué a la tienda Oxfan, me arriesgué a mirar atrás. Todavía estaba allí, con las manos en las caderas, furiosa. Giré a la derecha y me dirigí al Centro Eyre. Me preguntaba si éste sería el *centro comercial* que mi adolescente americana frecuentaba. En la planta baja, había una cafetería abierta. Fui a la barra, pillé un expreso, vi al joven rubio que había estado siguiéndome. Me hizo una señal, indicó una mesa libre y se sentó.

Pagué por el café y la chica dijo:

—Que tenga un buen día.

Esto me desconcertó y refunfuñé alguna respuesta vaga. No es fácil llevar una taza cuando andas con bastón, y me llevó bastante tiempo llegar a la mesa.

—Deja que te ayude —dijo el tipo rubio, levantándose.

Cogió el café, lo colocó en la mesa, y después volvió a sentarse. Era más joven de cerca, no debía tener más de dieciocho años. Me senté y lo miré directamente a la cara. Había algo en su ojo izquierdo que no encajaba.

—Jack Taylor —dijo sonriendo.

Como si fuéramos viejos amigos.

—¿Quién demonios eres tú? —Le espeté.

Su sonrisa se desvaneció y la consternación nació en su rostro, como si no pudiera creerse que no lo supiera.

—¿No me recuerdas? —Me preguntó.

—No.

Frunció el ceño, destacando la singularidad del izquierdo. Al parecer su comportamiento dependía mucho de mi conocimiento de quién era.

—Soy Ronan Wall —dijo con un toque de desesperación.

Saqué mis cigarrillos, lentamente, la ceremonia completa hasta encontrar el mechero. La impaciencia se lo estaba comiendo vivo y, cuando finalmente encendí el cigarro y exhalé; dije:

—Lo dices como si debiera significar algo. No me dice una mierda, colega.

El *colega* no fue bien recibido. Sus dedos, sobre la mesa, comenzaron a dar golpecitos.

—Los cisnes —dijo a regañadientes.

Ahora me acordaba. Un par de años atrás, los cisnes estaban siendo decapitados en el estanque Claddagh. La Asociación del Cisne me contrató para investigarlo. No fue la mejor época de mi vida. Estaba profundamente inmerso en algunos sucesos graves, y me costó bastante concentrarme. Me refiero a las noches pasadas arrebujado contra un muro, vigilando a los cisnes y a mis demonios interiores. Cogí al culpable, un chico de dieciséis años que estaba seriamente trastornado. Aquello le costó la pérdida de un ojo. Recordé que era de clase alta, y que el asunto se había silenciado hasta ahora. Aparte del ojo, Ronan no se parecía en nada al lunático con el que me había encontrado entonces.

—Has cambiado —dije.

—Completamente.

Había un punto de satisfacción en su voz, el tono de alguien que ha alcanzado la cumbre, ya nunca más susceptible a debilidades insignificantes. Apagué el cigarrillo y lo miré a la cara.

—Me refiero físicamente.

Se echó hacia atrás, vacilante.

—Estoy curado.

Yo iba a empezar a jugar.

—Eso es estupendo. ¿Ya no te dan ganas de masacrar cisnes?

Vi cómo sus puños se apretaban. La reciente alegría se le estaba escapando, pero intentó sonreír.

—En aquel entonces no estaba bien pero conseguí ayuda, la mejor que había, y... ahora soy estudiante, de sobresalientes.

Sentí un disgusto instintivo por este chico. Parecía normal, pero había algo, más rancio, maligno, oculto en su interior.

—¿Qué estás estudiando? —Le pregunté—. Dudo que planees ser veterinario, ¿o has cambiado (lo siento, te has curado) hasta ese extremo?

Ahora estaba en mi juego; sus ojos, o su ojo, me enfocaron intensamente.

—Estoy haciendo una licenciatura en Letras —dijo con una sonrisa contenida.

Los números encajaron en mi cabeza y mi mente unió los puntos, llegando a una disparatada conclusión. Había estado vigilándome, tenía un historial de violencia, y ahora aquí estaba, ¿ofreciendo qué? Tomé aliento.

—¿Algo de Synge entre el material de estudio obligatorio? —Pregunté.

—¿Qué?

—John Millington Synge. Vamos, estás estudiando literatura, ¿no dais ningún *dramaturgo*?

Si era culpable no lo estaba mostrando. Tenía que pisar con cuidado. La última vez me equivoqué al identificar al asesino, y un joven inocente fue asesinado. Las repercusiones de aquel horrible error habían atormentado mis días. Seguramente no podría soportar bajar aquel camino de nuevo.

—¿Por qué estás siguiéndome? —Le pregunté, tomando la ruta fácil.

Se animó, como si hubiera pensado que nunca se lo iba a preguntar.

—Quería darte las gracias.

—¿Que qué?

—Honestamente, estaba muy enfermo, iba por el mal camino, pero llegaste tú, y, como resultado, conseguí ayuda y aquí estoy, una nueva persona por completo.

Había un toque fingido en su voz.

—Déjame ver si lo pillo correctamente... yo te golpeé con una pistola aturdidora, tú te caíste al agua, los cisnes te atacaron la cara y perdiste un ojo. ¿Eso es lo que quieres agradecerme?

La recapitulación de los hechos tuvo un extraño efecto en él. Su rostro pareció encenderse, como si la narración hubiera hecho que su sangre volviera a fluir.

—¿Puedo estrecharte la mano, Jack? —Me preguntó.

La última cosa que quería hacer era tocar a ese tío.

—Lo que puedes hacer es ayudarme —contesté.

Recelo y malevolencia danzaron por su rostro.

—Pide lo que quieras, tío.

Le conté lo de las dos estudiantes muertas, que había estado investigando para las compañías aseguradoras. ¿Podría él preguntar por ahí, ya que estaba en el campus? Enterarse de quiénes eran sus amigos, y cualquier otra información relevante. Buscó en su bolsillo, sacó un cuaderno de espiral y un bolígrafo, y me preguntó los nombres y detalles. Dije que le pagaría por su tiempo. Él le quitó importancia; el dinero no era un problema. Le pedí su número de teléfono y me tendió una tarjeta.

—Soy una persona muy organizada. ¿Quieres darme la tuya?

—¿La mía?

—Sí, tu tarjeta de visita. ¿No dice «Investigador privado. Discreción garantizada»?

Ahora era él el que me estaba jodiendo. Dije que no tenía y asintió, como si lo comprendiera.

—Me has estado siguiendo, así que ya sabes dónde vivo —dije.

Me levanté, agarré mi bastón y él me miró, fascinado. Por un momento me pregunté qué sería lo que estaba viendo. Entonces se sacudió el pasajero lapso, y me preguntó:

—¿Qué te ha pasado?

—Un accidente jugando al *hurling*.

Me alejé, y él gritó:

—Tú y yo somos iguales, ¿sabes?

—No lo creo —dije sin mirar atrás.

Pero él tenía la última palabra.

—A ambos nos hirieron pero seguimos adelante... adelante y arriba.

Ponle música, y tienes una canción *country*.

«Hay aspectos de la vida occidental, el atontado-patriota-propietario-de-ultramarinos casado con la hermanastra del cura y prima segunda de primera generación del farmacéutico, que es horrible y terrible. Esto es lo que está pasando en la actual campaña antipastores de la Liga de Irlanda Unida, cuando estafan a la gente en docenas de formas y después compran sus partes y empaquetan a las familias enteras rumbo a América».

J. M. Synge en una carta a Stephen McKenna.

Durante las siguientes semanas reuní información sobre las estudiantes muertas. Hablé con sus amigos, con sus compañeros de clase, y no descubrí nada. Les mencioné a Synge y sólo obtuve rostros inexpresivos. Ronan Wall, el tío de los cisnes, me telefoneaba a menudo pero no me ofrecía ninguna pista de cómo debía proceder. Si él era el *Dramaturgo*, yo no tenía manera de probarlo. Su tono continuaba siendo una mezcla de provocación, adulación y arrogancia. Incluso dijo:

—¿Quién hubiera esperado que acabaríamos siendo amigos?

Yo no pensaba dejarlo pasar.

—¿Crees que somos amigos? —Pregunté.

—Claro, Jack, somos íntimos.

Llamé a Ridge, y ella dijo que no había indicios de que hubieran sido asesinatos. Cuando mencioné el libro me dijo que no tenía explicación para aquello. Quizá era una extraña coincidencia, una de esas oportunidades de una contra cien que desafían a la lógica. Estaba perdiendo la paciencia; pregunté:

—¿De verdad crees eso?

—¿Importa? No tenemos nada más, o mejor dicho, no tienes nada más.

—Hay alguien ahí fuera, jugando a un extraño juego y saliendo impune de sus asesinatos.

—Apunta este número —dijo cambiando de tema.

Cogí un boli y ella leyó los dígitos. Los anoté.

—¿Y qué voy a hacer con este número?

Su exasperación era casi audible.

—Si eres inteligente, llamarás. Es de Margaret.

—¿Margaret?

—Sí, yo estoy tan sorprendida como tú. Qué demonios ha visto en ti, está más allá de la comprensión. Deduzco que vuestro encuentro previo no fue exactamente prometedor.

Los latidos de mi corazón se habían incrementado, y una ola de algo cercano al placer me recorrió, aunque aún no podía creerme lo que estaba oyendo. El obvio disgusto de Ridge no ayudaba.

—¿Está interesada en mí? —Pregunté.

—¿He dicho que estuviera interesada? ¿Me has oído decir eso? Tu habilidad para llegar a conclusiones equivocadas es increíble. He dicho que la llames, pero si empiezas a hacer el tonto con ella, tendrás que responder ante mí.

—Joder, Ridge, eso suena a amenaza.

—Lo es.

Clic.

Llamé a Margaret y ella respondió con calidez y, Dios mío, cariño. Ni siquiera de joven había sido eso que podrías llamar un galán. Los alcohólicos son una combinación mortal de ego y carencia de autoestima. Esto seguramente las desconcierta totalmente. Seleccionas a la mujer que está en el *top* de tu lista de deseos (lo que te dicta el ego), y después la falta de autoestima desmonta cada razón por la que ella podría alguna vez considerarte. Así que bajas en la escala y descubres a las agradecidas. Su gratitud yace en que a duras penas podría alguien llegar a fijarse en ellas. De esta manera el daño, la herida, se duplican. El mezquino ritual está predestinado a fracasar. Los tíos, ya sabes, ponen cara de desprecio y dicen: «Es una buena chica».

En términos masculinos, ella no, como dicen los americanos, *te pone burro*. En otras palabras, colega, no vas a sacar nada. Pero le sigues la corriente. La bebida disimula los defectos y grietas en este tipo de esfuerzos. Antes intentábamos ponernos las botas. No, no me refiero al calzado. Hablo de antes de que supiéramos nada sobre relaciones. Seguías el ritual estrictamente: primero se lo hacías saber, después avanzabas a un moderado par de copas, alguna noche. Ella se tomaba una naranjada, o, guau, si era lanzada, un Babycham^[47]. Te cascabas varios chupitos fuertes en la barra, después cogías una caña, volvías a la mesa con ella y te la bebías a sorbitos. El sábado por la noche ibas a bailar, era la época dorada de las orquestas de verbena. Aquí la pesadilla comenzaba en serio. Mi generación no bailaba. Las chicas charlaban y se movían hasta el amanecer. Los chicos bebíamos alcohol de petacas prohibidas, disimulábamos y conseguíamos ponerle una mano en el hombro y quizá sentir el tirante del sujetador, lo que nos mantenía calientes durante semanas. Si te obligaba a bailar con ella no podías evitar demostrar que eras un niño de los sesenta. Hacías un par de series de estrafalarias, inconexas contorsiones sin mover los pies, y sudabas ferozmente. Esto tenía una extraña semejanza con los *delirium tremens*, y podía haber sido propiamente un ensayo prematuro. Pero no fue hasta Ann Henderson cuando me enamoré de verdad. Y me hizo añicos.

De modo que Margaret y yo comenzamos a hacer una versión milenaria del *ponerse las botas* de aquella época olvidada. Fuimos al cine, dimos paseos por Claddagh y alimentamos a los cisnes.

Cosas de Galway.

No le conté lo del asesino de cisnes. Una vez, cerca de la iglesia, lo vi apoyado contra la imagen de la Santa Virgen. Y me refiero a apoyándose, su espalda contra la de ella, con las piernas extendidas, como si fueran colegas. En otra época el sacerdote habría salido, lo habría cogido de la oreja, y le habría dicho:

—Tú, niñato impertinente, ¿quién es tu padre?

Pero ya no. Los curas se habían vuelto demasiado cobardes. Con la avalancha de escándalos, el clero ya no esperaba el respeto de la gente; se conformaba con evitar linchamientos.

Ronan, por supuesto, me saludó con la mano.

—¿Lo conoces? —Me preguntó Margaret.

¿Cómo responder a eso?

—De vista —contesté.

—Se está apoyando contra Nuestra Señora —dijo, sin quitarle ojo.

—Ya veo.

Se movió y rodeó con el brazo derecho el busto de la estatua. Margaret se puso furiosa.

—Alguien debería hablar con él.

La petición de moda. Y a pesar de que los disturbios públicos se incrementaban, y de que los gamberros eran cada vez más descarados, la petición era desoída.

—Olvídalo —dije, como hacen otros muchos.

Y seguimos caminando, contribuyendo con nuestro propio y pequeño trocito al enorme océano de vaga responsabilidad que come de la estructura de la decencia.

Margaret tenía cuarenta y cinco años y había estado casada poco tiempo con un *hombre frío*. Ésas fueron sus palabras exactas. Después de dos años de hielo, consiguió la separación.

—¿Técnicamente todavía estás casada?

Ella sonrió con tristeza y me dio una respuesta que capturaba la esencia de la mujer irlandesa.

—Si el matrimonio tiene algo que ver con el amor, entonces nunca estuvimos casados.

Y nunca había vuelto a mencionarlo. De todos modos, ¿a mí me interesaba? Le conté mi propia y desastrosa unión con Kiki. Ambos teníamos matrimonios en nuestro equipaje, a la zaga de la tristeza. La llevé a ver a John B. Keane, que tocaba en el Town Hall. Ella lo adoraba. Mi mente estaba con Synge y en lo poco que sabía de su obra. Decidí acercarme a Charlie Byrne y ponerle remedio.

Sexo.

Habíamos eludido ese asunto, cautelosos y aprensivos. La besé al darle las buenas noches un par de veces y sentí que me abrazaba un poco más fuerte cada vez. Había estado en su casa, un espacioso y alto apartamento en Greenfields. Incluso me había preparado la cena, estofado irlandés, diciendo:

—Me parece que tú eres más de carne con patatas.

Yo no protesté.

El único punto perdido de nuestro programa de citas era el bar, el auténtico básico de la mayor parte de los cortejos irlandeses. Me imaginé que sería mejor ocuparse de eso, así que le dije:

—Si quieres podemos salir a tomar algo. No voy a pasarlo mal.

Ella me miró durante un largo momento.

—Yo no bebo mucho, algo de vino con las comidas, pero no es una parte importante de mi vida.

Nunca la había visto con aquel infrecuente vaso pero no dije nada.

—¿Te asusta la intimidad física? —Me preguntó.

Directa al cuello. No hubo indirectas evasivas.

—No, pero estoy un poco machacado todavía —contesté—. Estaba planeando mover ficha cuando volviera a la normalidad.

—Te ayudaré a recuperarte —dijo sonriendo enigmáticamente.

Tenía una amiga, fisioterapeuta, que estuvo de acuerdo en tratarme. Comencé un régimen de castigo con ella y pronto pude descartar el bastón. Mi rodilla nunca iba a estar al cien por cien, pero estaba claro que iba mejorando. Hice el amor con Margaret el mismo día que me deshice del bastón. Fue un viernes por la noche. Habíamos salido a cenar, volvimos a su casa, e hice el movimiento prometido. No fue un enorme éxito; de hecho fue, sobre todo, rápido. Después yacimos en la cama.

—Mejoraré —dije.

Ella tenía la cabeza apoyada sobre mi hombro.

—Eso espero —contestó.

La guerra de Iraq dominaba las noticias y la gente empezaba a familiarizarse con las resoluciones de las Naciones Unidas. Hans Blix era más famoso que Bono. La porra del parroquiano de Nestor, sobre la fecha de la invasión de Bush, había sido abandonada.

—¿Qué pasa con el dinero recaudado? —Le pregunté.

—Todas las apuestas eran erróneas —me contestó, sin dejar de mirar su Guinness.

Conciso. Ponlo en una lápida y estarás siendo jodidamente irónico. Las devoluciones no se mencionaron.

La ruptura de mi amistad con Jeff comenzó a soldarse y yo reanudé mis visitas. La dura silla y la mesa que me servía de oficina estaban de nuevo en acción. Escuché que Pat, el amigo de Jeff que había sido castrado, había sido trasladado a Dublín para ser tratado allí. A veces su destino ensombrecía nuestras conversaciones, pero nunca lo encaramos.

Para mi sorpresa, Cathy me pidió que me ocupara de su cría, Serena May.

—¿Cómo canguro? —Pregunté.

—Exactamente.

—Joder, Cathy, no lo sé.

Cathy había cogido peso y esto le venía como anillo al dedo. Había entrado en el papel de madre, de ama de casa, con verdadero placer. No era más que un lejano llanto de la *punk* heroinómana que yo había conocido en un principio. Casi todas las huellas de su acento londinense habían desaparecido.

Yo pensaba que aquello era una pérdida. Cathy hablaba como una actriz que hubiera decidido hacerse pasar por irlandesa y, generalmente, tenía éxito.

Las tardes y noches que cuidaba de Serena sentía una especie de tranquilidad. La pequeña no caminaba pero podía moverse a gatas. Parecía conocerme y se sentaba quieta como un creyente cuando le leía algo. Dr. Seuss, Barney, y un montón enorme de canciones infantiles. También le leía en irlandés, y, si Cathy volvía temprano, solía decir:

—No pares. Me encanta escuchar esa lengua.

Generalmente, *M'Asal Beag Dubh* (*El pequeño burrito negro*), de Pádraic Ó

Conaire. No le comenté a Cathy que era un borracho leído por otro borracho.

—Me han contado que estás saliendo con alguien —me dijo una vez.

Galway, ciudad o no, seguía siendo un pueblo pequeño.

—Sí, algo así... —murmuré.

Ella se rió.

—¿Cuándo la conoceremos?

—Pronto, muy pronto.

Algo horrible estaba a punto de pasar, su negra y destructiva energía ya había comenzado a agitarse, preparándose para rasgar mi vida en pedazos que nunca se recompondrían.

—Lo estás haciendo muy bien —me dijo.

Y como un idiota, yo respondí:

—Mejor de lo que nunca hubiera esperado.

«Aunque no era necesario intenté pensar en una manera de corresponder a tu generosidad; y este pago invariablemente se asentaba en la verdad de que tú estarías mejor si te libraras de mí. Sé feliz y dile a mis hijos que fui un borracho, un soñador, un enclenque y un loco, cualquier cosa, menos que no los quería...».

Frederick Exley, *A Fan's Notes*

Llegó la navidad y yo seguía sobrio. Para Año Nuevo había dejado el tabaco. Dos veces a la semana iba a visitar a mi madre y juraba que la trasladaría.

Pero no lo hice.

Ella se había mudado a otro lugar en su cabeza, un lugar donde era una chica joven de nuevo, y yo no tenía ni idea de qué hablaba. Mi relación con la enfermera jefe continuaba siendo fría y combativa. Mi investigación sobre las muertes de las estudiantes se detuvo completamente. Hablé con Stewart por teléfono, y le conté que no estaba yendo a ninguna parte.

—Sigue buscando —dijo.

Y colgó.

Los cheques continuaron llegando y yo continuaba cobrándolos. Ronan Wall me llamaba cada vez menos a menudo, al parecer su interés en el juego estaba cayendo en picado. Margaret y yo estábamos todavía *intentando ponernos las botas* y mi vida era tan normal como era posible. Mi rodilla había mejorado pero la ligera cojera iba a durar.

Estaba en Charlie Byrne, buscando libros de Synge, cuando abordé a Vinny y le pregunté si podía ayudarme. Aunque odiaba admitir una derrota, me confesó que Synge no estaba dentro de sus áreas de conocimiento.

—Pero tengo al hombre que necesitas —añadió.

Me volví para ver a un hombre distinguido, de pie junto a las críticas literarias.

—Mi viejo profesor de inglés, y un autor publicado —dijo Vinny, y añadió rápidamente:

—No es que sea viejo, pero desde la universidad ha pasado mucho tiempo. Es experto en Synge.

El hombre sonrió educadamente; tenía cierto aire académico. Aquél fue uno de esos momentos en los que dos extraños son presentados, y no tienen absolutamente nada que decirse.

—Estoy buscando un poco de información sobre Synge —murmuré.

Me ofreció una sonrisa de tolerancia, esa que dice: *Ambos sabemos que eres idiota.*

—Lee el relato de su estancia en las Islas Arán —me dijo.

Contesté que lo haría y, por fin, después de otro ansioso minuto, dije adiós y me alejé.

Vinny me proporcionó lo siguiente:

Interpretando a Synge, Ensayos de la Escuela de Verano, 1991-2000, editado por Nicholas Grene.

Un lector de Arán, editado por Breandán y Ruairi Ó hEithir.

Un entusiasta de Arán, de Andrew McNeillie.

Escenas de la peregrinación a Arán, de Tim Robinson.

—Me va a llevar un montón leer y comprender todo esto —le dije, mientras me los envolvía.

—Pero llegarás a conocer al autor.

—¿Estás seguro?

—Tan seguro como la muerte.

Un par de días después, al entrar en el hotel, la señora Bailey dijo:

—Señor Taylor, hay una carta para usted.

Ella nunca, a pesar de mis súplicas, me había llamado Jack. Cogí la carta, un sencillo sobre blanco. Mecanografiado en el frente estaba:

Jack Taylor
Hotel Bailey
Galway

Me lo metí en el bolsillo y subí las escaleras hasta mi habitación. Una corona estaba apoyada contra mi puerta. Sí, una de esas que suelen verse encima de los ataúdes. Dios, necesitaba un cigarro. Bajé la mano para coger uno y recordé que ya no fumaba. Abrí la ventana, levanté la corona y la tiré al patio. Mi mente estaba intentando buscar una respuesta. ¿Una broma pesada? ¿Una equivocación? Nada de eso me tranquilizaba. Me senté en la cama y añoré los días en los que podía alargar la mano, coger la botella de Jameson, y beber directamente, a morro.

Cogí el sobre de mi bolsillo, vi el temblor de mi mano, lo abrí y saqué una tarjeta misal. En la portada tenía el Sagrado Corazón, en el interior las palabras:

«Una misa será ofrecida por el reposo del alma de Jack Taylor».

Después:

«Con el más sentido pésame de»

En negrita:

«J. M. SYNGE»

Mi aliento se paralizó y pensé que iba a vomitar. Se me pasó y miré el sobre. Había sido franqueado en Galway la tarde anterior. La corona debía haber sido entregada personalmente, pero en un hotel había gente entrando y saliendo todo el

día.

Levanté el teléfono y llamé a Ridge, se lo conté. Ella se mostró tranquila mientras lo digería.

—Alguien está jugando contigo.

—Oh, ¿en serio? Guau, me alegro de haberlo descubierto. Menos mal que te he llamado.

—No uses ese tono conmigo, Jack Taylor.

Di marcha atrás y lo intenté de nuevo.

—Bueno, al menos ahora estarás de acuerdo conmigo en que hay alguien ahí fuera, que esto no es, ¿cómo lo llamaste...? Una extraña coincidencia.

—¿Y qué? —Suspiró—. Eso en realidad no cambia nada. Quiero decir, ¿qué puedes hacer?

—¿Hacer? Puedo vigilar mi puta espalda.

Y colgué el teléfono.

Una raya de coca, un cartón de cigarrillos, una botella de Jameson y diecinueve pintas de Guinness, bailaban ante mis ojos. Salí de la habitación y le pregunté a la señora Bailey si había notado algo, alguien extraño pasando por el vestíbulo. Ella me miró con incredulidad.

—¿Extraño? ¿Estás de broma? Todo el país es extraño. Un chavalín estuvo aquí esta mañana, buscando trabajo, y tenía imperdibles en las cejas, en la lengua, y Dios sabe dónde más.

Quería escapar, apagar mi mente. Fui al videoclub y alquilé un montón de cosas.

—¿Recuperándote? —Me preguntó el dependiente.

—Todo lo que puedo.

Durante los siguientes días, vi *Insomnia*^[48], *El espinazo del diablo*^[49], *Lantana*^[50], *Donnie Darko*^[51], *Tres colores: azul*^[52], *Apocalipsis Now*^[53] y la primera temporada completa de *CSI*.

Quizá veía *Los Simpson* demasiado a menudo, pero solía condimentar las películas con *pizza* de Domino, pedida regularmente. Al final, mi mente estaba lo suficientemente bombardeada para volver a la investigación. Llamé a Margaret y dimos una vuelta por el paseo marítimo. Estábamos a últimos de febrero y el viento aullaba sobre la bahía, frío pero vigorizante. Después fuimos a Galleon, con el apetito abierto. Margaret pidió pollo Maryland y montones de patatas fritas.

—¿Y tú?

Examiné el menú.

—Desde luego, no voy a pedir *pizza* —dije.

—Creía que te encantaba.

—Ya no.

Pedí filete con patatas asadas. El rostro de Margaret estaba ruborizado por el viento, sus ojos vivos de satisfacción.

—Tienes cara de tener buenas noticias —dije.

—Las tengo, las tengo —me contestó, con una enorme sonrisa—. No he querido contártelo hasta que estuviera confirmado, pero he conseguido plaza para tu madre en Castlegar.

—¿Castlegar?

—Es una residencia preciosa con una larguísima lista de espera. Los cuidados son los mejores y tiene una reputación fantástica.

Yo no supe cómo contestar y ella me miró con el ceño fruncido.

—¿He metido la pata? ¿He sido demasiado presuntuosa? Es sólo que sé lo preocupado que has estado.

Extendí la mano y acaricié la suya.

—Estoy encantado. Me he sentido demasiado culpable, demasiado avergonzado por dejarla en ese agujero. Gracias, de todo corazón.

—Puedes hacer que tu madre sea transferida inmediatamente.

—Lo haré mañana.

De vuelta a su casa, le hice el amor como se esperaba que hiciera.

—Ha sido maravilloso.

No fue para tanto, pero sí mucho mejor. Margaret tenía turno temprano en el hospital, así que me fui de su casa un poco antes de la una de la mañana. Ella ya estaba dormida, y yo rocé su rostro con las yemas de mis dedos, recorriendo la línea de su mandíbula. Incluso dormida podías notar la fuerza que poseía.

Ya fuera, vi un taxi pero me sentía tan bien que decidí deleitarme con un paseo. Un sentimiento de bienestar me recorría y quería saborearlo. Llegando a Newcastle, apenas me fijé en una furgoneta negra aparcada un poco más adelante. Cuando llegué junto a ella la puerta se abrió, y antes de que pudiera mirar, sentí un golpe en la cabeza.

Oscuridad.

Cuando volví en mí, lo primero que sentí fue un intenso dolor detrás de los ojos. Estaba sentado en una silla, pero no estaba atado. Era algún tipo de sótano, y me encontraba al final de una larga mesa de madera. Volví la cabeza. Jesús, cómo dolía. Dos hombres con pasamontañas negros estaban detrás de mí. Miré al frente y vi a un hombre en el extremo opuesto, también sentado. Había dos hombres tras él. Todos llevaban el rostro cubierto, con agujeros para los ojos, nariz y boca. Sus ropas eran oscuras, deportivas, pero de tendencia militar.

El hombre sentado tenía un voluminoso torso, muñecas anchas, dedos gordos. Sus manos estaban relajadamente unidas, sueltas.

—Ah, Jack, déjame disculparme por la manera en la que te hemos transportado —dijo—. El golpe en la cabeza fue administrado profesionalmente. Te dolerá un poco, pero nada serio.

—Eso es un jodido alivio —dije, cuando por fin encontré mi voz.

Sonríó, dientes de fumador contra el pasamontañas. Vi dos largas barras de metal tras los hombres de pie, cruzadas como un emblema. Él siguió mi mirada.

—Lanzas.

—¿Qué sois? ¿Paramilitares? —Le pregunté.

Se rió, volviéndose un momento como si quisiera compartir el chiste con sus hombres.

—No, pero estamos librando una guerra.

Recordé al amigo de Jeff, Pat, el sospechoso de haber acosado a la chica, que fue arrestado, liberado, y después salvajemente mutilado.

—Los Lanceros... Jesús, vosotros sois los que casi matasteis a Pat Young.

El hombre asintió, como si se sintiera orgulloso, y eso me cabreó.

—Putas patrullas ciudadanas —farfullé.

Y conseguí un golpe en la cabeza.

—Nada de obscenidades, Jack —dijo—. Si vamos a detener esta oleada de decadencia, debemos aplicar valores en todos los ámbitos de nuestras vidas.

—Y vosotros decidís esos valores, ¿no es así? —Pregunté, masajeándome la cabeza.

De nuevo la sonrisa tintada de nicotina. Se levantó y se acercó a las barras metálicas.

—Contempla esta extraordinaria lanza. En 1798, durante la rebelión, eran más fáciles de usar que un mosquete o una bayoneta.

En su voz había una nota de orgullo y admiración.

—Las lanzas fueron las armas principales usadas por los rebeldes... eran muy efectivas para el ataque cuerpo a cuerpo —continuó—. Las lanzas originales medían quince centímetros de largo y tenían forma de arpón. Las empuñaduras, en un principio, medían un metro ochenta, más o menos, pero nosotros nos hemos permitido una pequeña ventaja.

Solté una breve carcajada.

—No es lo único que os habéis permitido.

La rabia centelleó en sus ojos, y llegué a la conclusión de que no le gustaban las interrupciones. Era un tío acostumbrado a soltar sus sermones mientras los demás escuchaban. Tosió y pude oír el resuelle de su pecho; había sido, o todavía era, un gran fumador.

CÍRCULO VICIOSO

*«Le gusta beber
y así subestima
que es, de hecho,
toda su vida».*

Gerard Hanberry, *Rough Night*

El tío se acercó a la pared, bajó con cuidado una de las lanzas, y pasó los dedos sobre la punta.

—Más tarde se añadió un garfio al lateral de la cabeza de la lanza. Aparte de para cualquier otra cosa, podía ser usado para cortar las riendas de los caballos y así desmontar al jinete.

Hablaba y hablaba sobre la belleza letal del arma, sobre su fiera sencillez. Sentí que los tíos detrás de mí arrastraban los pies. Ya había oído esto antes. Sus zapatos. Los miré.

—Estos tíos son polis.

El tipo levantó la lanza sobre su cabeza, gritó:

—Nosotros somos la nueva policía.

Y lanzó el arma en el centro de la mesa de madera. La cabeza se clavó unos buenos siete centímetros, y el mango seguía temblando por la fuerza. Sí, me pilló por sorpresa y mi cuerpo saltó. Sentí cómo la rabia se apoderaba de mí.

—¿Esto fue lo que usaste para destripar al pobre bastardo? ¿Entre cuántos de vosotros lo sostuvisteis?

Me sonrió, de nuevo.

—Hemos estado vigilándote, Jack. A tu propio y pequeño modo, tú también has estado luchando contra el mal que no es castigado. Tú también fuiste poli. Únete a nosotros.

Me quedé sin palabras, quise reírme a carcajadas.

—Que os follen —dije.

Él negó con la cabeza ligeramente (no enfadado, sino decepcionado), y después asintió a sus hombros. Me agarraron de los brazos, me ataron las manos a la espalda, y me colocaron en la cabeza una capucha sin aberturas para los ojos ni la boca.

—¿Qué, me lo vais a hacer a mí también? —Pregunté.

Sentí cómo se acercaba alguien, y después una mano en mi hombro.

—Jack, vas a unirte a nosotros —dijo—. Como demostración de nuestra confianza en ti, vamos a hacerte un servicio especial esta noche. Tengo la sensación de que no has estado prestando atención a nuestra pequeña lección de historia, así que aquí tienes un pequeño resumen. La rebelión comenzó cuando los odiados Yeomen quemaron la iglesia de Boolevogue. El padre Murphy, quien había aconsejado a sus

feligreses que se rindieran, entonces les dijo que era mejor morir valerosamente que esperar a ser masacrado. Una vez que los rebeldes tomaron Viniegra Hill, el país entero se levantó. El arma más efectiva que tenían era la lanza. El ataque de un sólido grupo de Lanceros de Wexford sólo pudo ser roto por fuego de artillería pesada.

Por fin me pusieron de pie, subimos algunas escaleras, y salimos a la calle. Tropecé varias veces. Ser privado de la vista daba un completo sentimiento de vulnerabilidad. La puerta de la furgoneta se abrió y uno de los tipos dijo:

—Ten cuidado con dónde pisas.

Su voz era amistosa, ligeramente divertida. Antes de diez minutos nos detuvimos y mis manos fueron desatadas, la puerta abierta, y yo empujado al exterior. Recuperando el equilibrio, me quité la caperuza mientras la furgoneta desaparecía tras una esquina. Estaba cerca del hotel y, a excepción de un estudiante solitario, las calles estaban desiertas. Él parecía tan confuso como yo, y tenía rastros de vómito en sus vaqueros.

—De fiesta, ¿eh?

Y se alejó deambulando hacia la plaza Eyre.

Entré en Bailey, fui hasta mi habitación sin mirar a nadie y me tiré en la cama. Me dolía la cabeza pero no pensaba que fuera serio. Ahora podía decirle a Jeff que sabía de lo que estaba hablando, y ¿a quién más? ¿A Ridge? Ella me diría que no había nada que perseguir. También podría ir al comisario de policía.

Clancy y yo habíamos sido amigos, fuimos compañeros en el cuerpo. Ahora mi carrera había terminado, y él había llegado a lo más alto. Nuestros caminos se habían cruzado a lo largo de los años desde entonces, y éramos, si no enemigos, al menos adversarios. Clancy me miraba con desprecio. Siempre que le había pedido ayuda se había reído en mi cara. Me metí en la cama, sin un plan trazado. No necesitaba inquietarme; el comisario venía de camino.

Estaba en lo más profundo del sueño cuando sentí que me despertaban, murmuré:

—¿Qué demonios?

Dos policías de pie sobre mí. Durante un demente momento pensé que eran los Lanceros de nuevo.

—Vístete, Taylor —dijo uno de los polis.

Intenté apartar el sueño de mí, y el segundo policía señaló mi almohada. Rastros de sangre.

—Será mejor que nos llevemos eso.

La habitación estaba revuelta; ya la habían registrado. Mientras buscaba a tientas mi ropa, pregunté:

—¿Queréis contarme de una vez qué demonios está pasando?

Guardaba una automática Browning bajo las tablas del suelo. Gracias a Dios, no había sido un registro tan exhaustivo.

Menos mal.

Por suerte también había dejado la cocaína y ya no guardaba alijos. Ni siquiera

tenía botellas de alcohol. El primer policía no contestó mi pregunta, y cuando estuve vestido, dijo:

—Vamos.

—¿Lo esposamos? —Preguntó el segundo.

Ambos lo miramos. Mientras pasábamos junto al mostrador de recepción, hice una señal con la cabeza a la señora Bailey, y ella se abstuvo de comentar nada. Un coche patrulla esperaba fuera, y a su alrededor se había reunido una pequeña multitud.

—¿Habéis encontrado a Bin Laden? —Gritó alguien.

Me metieron en la parte de atrás y nos marchamos. Los polis estaban en silencio, con expresiones severas. Yo sabía, por mi propia experiencia como policía, que el silencio significa problemas graves. De no ser así los policías charlarían, si no libremente, al menos con tranquilidad. Pero nunca hablaban si temían comprometer el inminente cargo. Me llevaron a la sala de interrogatorios y me dejaron solo.

—¿Puedo tomar un poco de té? —Pregunté.

Nada de té.

Pasaron veinte eternos minutos, y después la puerta se abrió y Clancy entró, vestido con el uniforme de gala. Al parecer el título de comisario todavía alimentaba su ego. Tenía los ojos legañosos, y la piel con manchas, y el una vez formidable cuerpo se había plegado en sí mismo.

—Taylor —dijo.

El tono era grave.

—¿Qué está pasando? —Pregunté.

—Tim Coffey ha sido asesinado —dijo, mirándome fijamente.

—¿Qué?

El marido de Ann Henderson, el que me había regalado mi cojera.

—¿Dónde estuviste anoche? —Me preguntó Clancy.

Y me sentí tremendamente aliviado.

—Estuve con alguien.

—¿A qué hora, y cuál es su nombre? —Preguntó, levantando una ceja.

Sacó una pesada libreta negra. Yo las recordaba bien. Es mejor tenerlo todo apuntado, sobre todo las fechas, las horas, y los lugares. Si tienes que ir a juicio, podría ser tu única línea de defensa contra un interrogatorio alborotado. Clancy anotó todo lo que le dije, y se fue. Pasaron dos horas, y yo sabía que no solía tardarse tanto. El extra era para dejar que me cociera vivo. Cuando por fin volvió, no parecía contento.

—Lo hemos comprobado.

—Entonces, ¿puedo irme?

Apartó una silla, le dio la vuelta, y se sentó al estilo *cowboy*, de modo que pudo descansar sus brazos en el respaldo: pose de macho.

—Podrías haber contratado a alguien —dijo.

—Tú no crees eso, y desde luego no puedes probarlo. De otro modo, me hubieran metido en una celda y no estaríamos teniendo esta conversación.

Se frotó la mejilla con la mano.

—¿Cómo ha muerto? —Pregunté.

—Han usado algún tipo de palo metálico pesado, su cráneo estaba aplastado. Sé que vosotros tuvisteis un... altercado.

Lo pronunció con mucho cuidado, casi delicadamente. Era una palabra de verdadero policía, transmitía seriedad e implicaba grandeza. No era para usarla a diario. Era una palabra que te reservabas, que saboreabas, y que sólo liberabas en el momento adecuado.

—¡Altercado! Tengo que buscar qué significa.

Lo hice, más tarde. El diccionario lo describía como «disputa vehemente». Me eché hacia atrás en la silla, y dije:

—Me molió todos los huesos del cuerpo y, sí, lo hizo con un *hurley*, pero tú ya sabes todo eso. Tus oficiales lo investigaron y, ¡carajo, comisario! ¿Adivinas qué? No pasó nada, no hicieron una puta mierda.

Sonrió y yo noté que se había puesto fundas en los dientes. Sin duda esto realzaría sus apariciones frente a los medios de comunicación.

—¿Os importa lo más mínimo descubrir quién ha asesinado a Coffey?

Su sonrisa no desapareció pero el voltaje se atenuó.

—A mí me gustabas tú para eso, Jacky.

Lo miré fijamente un momento, preguntándome cómo era posible que hubiéramos sido tan amigos, y que ahora estuviéramos tan lejos.

—Los Lanceros.

Se rió a carcajadas, con un discordante rebuzno, como la esencia misma de la grosería.

—Los Lanceros, por mis cojones. Sólo son parte de lo que los jóvenes llaman una *leyenda urbana*.

Pero su lenguaje corporal había cambiado, la deliberada pose casual ahora estaba alerta.

—Una leyenda urbana con zapatos de policía —dije.

—Sal de aquí —me espetó, levantándose de la silla.

Me levanté y por un desquiciado momento pensé que íbamos a estrecharnos las manos. Clancy abrió la puerta y salí de allí. Me detuve en los escalones de la comisaría, con un breve rayo de sol sobre mi rostro. A mi izquierda, una mujer se aproximó. Ann Henderson. Antes de que pudiera formular una sola palabra, me escupió en la cara, y después se alejó.

Estaba sentado en Nestor con un café enfriándose ante mí. Le había contado a Jeff toda la serie de eventos y él no me había interrumpido ni una sola vez. Había estado brillantando un vaso, con la cabeza ladeada. El vaso estaba brillante. De vez en cuando, me tocaba la mejilla izquierda, el lugar bajo el ojo donde el escupitajo había caído.

—Iremos a por ellos —dijo Jeff, apartando el vaso.

—¿Tú y yo?

Él miró alrededor. El parroquiano estaba mirando el vacío.

—¿Ves a alguien más? —Preguntó.

—No.

Cuando por fin volví al hotel, había oscurecido.

—¿Estás bien? —Me preguntó la señora Bailey.

—Sí.

—Buen chico.

Subí las escaleras y me lavé la cara con agua fría. No me ayudó. El escupitajo me había quemado la piel. Jeff había dicho que descubriría la identidad del líder de los Lanceros. Yo le había preguntado:

—¿Cómo?

Él se encogió de hombros.

—¿Puede ser muy difícil?

«Los grandes bebedores no necesitan hablar ni causar problemas. Existe un acuerdo mutuo para, simplemente, sentarse y mirar cosas mientras te vas entumeciendo lentamente, y nadie tiene nada que añadir, ni comentarios ni notas al pie de página».

Chad Taylor, *Electric*

A la mañana siguiente me sentía como dicen los versos:

«Vacío de todo
excepto de tu recuerdo».

Cogí los libros de Synge de la estantería, un bloc y un bolígrafo, e intenté apuntarlo todo en papel.

Nació en Dublín en 1871. Su padre, abogado, murió cuando Synge era niño. Estudió en Trinity y más tarde en París. Un encuentro con W. B. Yeats hubo de ser enormemente influyente. Yeats le sugirió que visitara las Islas Arán, para aprender cómo vivía y trabajaba el campesino irlandés. Desde 1899 a 1902, viajó allí anualmente. El resultado fue *Las Islas Arán*, en 1907, un resumen de su época allí. Después tuvieron lugar las obras teatrales, la primera, *La sombra del valle*, en 1903.

Jinetes al mar, en 1904.

El manantial de los santos, en 1905.

Después, por supuesto, las famosas revueltas de 1907 en Abbey cuando se estrenó *El playboy del mundo occidental*. Si no otra cosa, al menos fue lo que le aseguró la fama.

Aquel año, 1907, vio además su diatriba contra el clero, *La boda del hojalatero*.

Synge se convirtió en director de Abbey y 1909 trajo *Poemas y traducciones*.

Desde 1897, sufría el trastorno de Hodgkin^[54]. *Deirdre de los pesares* comenzó pero nunca terminó ya que esos fueron sus últimos días.

Su realista e inflexible retrato de la gente le proveyó de numerosos enemigos. Puedes decir cualquier cosa sobre los irlandeses, pero no lo hagas directamente.

Leí las notas e intenté comprender qué podría encontrar un asesino en Synge que le guiara a dejar el trabajo del autor como firma propia. No podía verlo. Me gustaba lo que Yeats decía de Synge:

«Fue el más odiado porque dio a su país lo que necesitaba, un corazón imposible».

Esta descripción, un corazón impasible, marcaba un profundo acorde en mi alma. Lo había sabido durante toda mi problemática vida.

Me senté de nuevo, e intenté formarme una imagen del enlace existente entre Synge y el *Dramaturgo*. Sentí una idea formándose cuando el teléfono sonó.

Mierda.

Lo cogí, dije:

—¿Sí?

—¿Señor Taylor?

—Sí.

—Soy la enfermera jefe de San Judas, la residencia de ancianos.

—Oh, sí, iba a llamarla. Trasladaré a mi madre hoy mismo.

Escuché una voz confusa de fondo, y una respuesta apagada.

—¿Hoy?

—Sí, la recogerá una ambulancia, imagino.

Su aliento venía en bocanadas cortas.

—¿Cómo se ha enterado tan rápido? —Preguntó.

Fue mi turno para hacer una pausa.

—¿Enterado? ¿Enterarme de qué?

—Su madre murió hace veinte minutos.

Dejé caer el teléfono.

No sé qué pasa con los funerales y el tiempo. Bueno, al menos con los irlandeses. Nosotros estamos acostumbrados a la lluvia. Esto es el oeste de Irlanda; llover es lo que mejor sabemos hacer. Pero en los funerales, en todos y cada uno de ellos, la lluvia azota como si fuera algo personal.

El de mi madre no fue una excepción.

No aflojó ni un solo momento, llovía a cantaros. Había una enorme multitud, la mayoría gente de su iglesia. En la tumba, su viejo amigo, mi antiguo Némesis, el padre Malachy, hablaba y hablaba sobre el polvo al polvo. Miré los rostros de los plañideros reunidos. Estaban apropiadamente tristes. Por supuesto, el incesante aguacero no ayudaba a levantar sus espíritus. Como su único hijo yo era el pariente más cercano, pero aun así se las arreglaron para ignorarme. Si la muerte traía un espíritu de reconciliación, ellos no estaban al tanto. Por fin, Malachy terminó y roció agua bendita sobre el ataúd. Me miró, o más bien se me quedó mirando. Me acerqué para coger un puñado de tierra y él agitó la cabeza. Pensé «que te follen, colega» y lo dejé caer sobre el ataúd. Los enterradores comenzaron a bajar a mi madre y me hicieron un gesto para que participara. Ella no pesaba, no pesaba en absoluto.

Una vez terminada la tarea, retrocedí y Margaret me tomó de la mano. Malachy se dio cuenta y frunció el ceño. Yo apreté sus dedos con fuerza. Ridge, frente a nosotros, se santiguó y se alejó.

Me aclaré la garganta.

—Uhm, gracias a todos por venir —dije—. He reservado el Bar Hollywood, para... uhm... comida, refrescos... estáis todos invitados... gracias.

Y me sentí como el culo.

No vino nadie.

Sólo Margaret, Ridge, y mesas de sándwiches, jarras de té, café, y cinco camareros. Finalmente, el encargado del bar, algo inquieto, me preguntó:

—¿Está esperando más... invitados?

Negué con la cabeza.

Margaret cogió un sándwich. Eso no alteró la montaña de comida. Le dio un mordisco.

—Tu amigo, ese que tiene un bar...

—Jeff, y su mujer Cathy.

Estaba nerviosa, sentía haberlos mencionado.

—No han aparecido —dije.

No ofrecí explicaciones porque no las tenía. Ridge, jugando con un zumo de naranja, casi parecía hermosa. Un traje oscuro, con una falda cortada elegantemente, y una blusa blanca con un poco de escote. De cerca el corte del traje era pobre; otra cosa no, pero Ridge siempre compraba barato.

—Estás muy guapa —dije.

Nuestra relación no iba a volverse íntima por la situación en la que estábamos. Ella me miró con la frialdad habitual.

—Esto es un funeral, ¿cómo voy estar guapa?

Dijo que tenía que trabajar y yo la acompañé hasta la puerta.

—Gracias por venir —dije.

—No hay de qué. —Me miró fijamente.

—¿Hiciste que lo mataran? —Preguntó.

—¿A Tim Coffey?

No apartó la mirada de mí.

—No, por supuesto que no —protesté—. Joder, dame un respiro.

—La compadezco —dijo, mirando a Margaret.

No fue muy diplomático.

—¿Todavía portas una antorcha por la nueva viuda, Ann Coffey, es decir, Henderson?

Pensé que era un golpe bajo, tan barato como su traje.

—Estás equivocada —dije—. A mí me gusta Margaret.

Ridge torció la boca hacia abajo, un gesto horrible, y se volvió para irse.

—¿Y a ti qué es lo que no te gusta?

En Galway, se veían familias, cada vez más, de europeos del este arrastrándose por las calles con expresión aturdida. El padre con una chaqueta negra de imitación piel, la madre un par de pasos detrás con una de esas viejas bolsas de la compra Dunne, y los niños en camisetas deportivas de imitación Adidas o Nike escrito incorrectamente. Una familia así pasó frente a la puerta, y yo los invité a entrar.

—Comed, comed.

Dos borrachos, un nivel por encima de la húmeda desesperación, y también los invité. Se colocaron tras sendos Jameson, y se llenaron los bolsillos de sándwiches. El encargado levantó los ojos al cielo, y después comenzó a mirar su reloj. Parecía incómodo. La puerta se abrió de par en par, y, en una estela de humo de cigarrillo, apareció el padre Malachy. Se acercó a la barra y pidió un Paddy largo. Nunca estuve seguro de que mi madre le gustara, pero pasó una desmesurada cantidad de tiempo en su compañía. Estaba seguro de su aversión hacia mí. Margaret y yo lo miramos mientras se acercaba a nosotros. Lanzó una fulminante mirada al grupo comiendo del bufet.

—Amigos tuyos, sin duda —dijo.

Le tendí la mano pero él la ignoró.

—¿Eres de Galway, chica? —Dijo, dirigiéndose a Margaret.

¡Chica!

Su voz adoptó el grave tono, de siglos de edad, que las mujeres usan con los clérigos.

—Lo soy, Padre.

Malachy apartó el *whisky*, con las mejillas teñidas de carmesí.

—Por el amor de Dios, ¿y qué estás haciendo con este yugo? —Preguntó.

Antes de que ella pudiera contestar, dije:

—Aprecio la ayuda que le prestaste a mi madre, pero vigila tu lengua.

Se volvió contra mí, con la saliva manchando sus negras solapas.

—Tu madre, Dios la tenga en su gloria —dijo—, se ha librado de ti por fin.

Golpear a un sacerdote nunca iba a ser socialmente aceptado. Popular quizá, pero nunca abiertamente consentido. Estaba considerándolo pero cogí mi cartera, y dije:

—Necesitarás que te paguen el servicio.

Sus ojos saltaron, casi agradecido de que le hubiera dado pie.

—¡Dinero! ¿De alguien como tú? Me iría a Inglaterra antes de dejar que eso ocurriera.

—¿Eso es un no?

Escuché que alguien se acercaba, y me volví para ver al sargento Keogh, con traje oscuro. Uno de los pocos policías de mis viejos días que aún me saludaba. Me dio el clásico pésame irlandés.

—Siento lo que ha pasado.

Le pedí un trago y nos movimos hasta el final de la barra. Miré hacia atrás para ver a Malachy ofreciendo a Margaret un cigarrillo, con una nueva bebida en su mano.

—¿Se fue fácilmente? —Me preguntó Keogh.

Asumiendo que se refería a mi madre, dije:

—Ella nunca hizo nada fácil en su vida.

—Aun así la echarás de menos —asintió.

Estaba intentando ser amable así que lo deje hacer.

—¿Alguna vez has oído hablar de los Lanceros? —Pregunté.

Sus ojos rugieron Sí, pero respondió:

—La gente está cansada de las vías legales para arreglar las cosas.

Se rió, y añadió:

—O debería decir, para no arreglar las cosas.

Esperé mientras pensaba, y después continuó:

—Sólo son unos pocos. Si no fuera por su líder desaparecerían, sin más.

La señora Bailey y Janet habían asistido a la misa, y habían enviado enormes centros de flores. Me alegraba de que no estuvieran aquí para ver el desastre de la recepción.

El sargento terminó su bebida.

—Será mejor que me vaya, Jack —dijo.

—Gracias por venir.

La familia de extranjeros había terminado con toda la comida. Los borrachos estaban a punto de comenzar una pelea.

—Hora de irse, chavales.

Y les pasé una botella de irlandés con disimulo.

—¿Esto era una boda? —Me preguntó uno de ellos.

—No, un funeral.

De repente me rodeó con los brazos, y su hedor corporal, mientras me apretaba, era casi insoportable.

—Ahora tienes que ser fuerte, tío.

Mientras se marchaban, se volvió, hizo la señal de la cruz, y dijo:

—Que Dios os bendiga a todos.

«—Allanamiento, por el Juzgado del Distrito —dijo Waters—. Me imagino que el jurado de la acusación presentará una mejor variedad de cargos. Veamos, dos asesinatos, tres atracos en casas de banqueros, con allanamiento en todos ellos, seguramente con arma de fuego, coches robados, confabulaciones. ¿Me he dejado algo?
—Blasfemia —dijo Foley—, siempre he querido acusar a un tipo de blasfemia».

George V. Higgins, *Los amigos de Eddie Coyle*

Me desperté la mañana siguiente al funeral, sorprendido de no haber bebido. Ni siquiera me había fumado un cigarrillo. ¿Era esto una bendición? Te puedo asegurar que no me sentía bendito. Serpientes oscuras se enroscaban y retorcían en mi mente. El feroz sentimiento de culpa sobre mi madre era un látigo de proporciones épicas. Intentaba bloquear las imágenes de ella en aquel catre, dejada a la decadencia en el depósito de los hechos polvo.

Jesús, ¿quién no bebería? Desgraciadamente, no había suficiente Jameson en el mundo para borrar el hedor de mi abandono. La había dejado consumirse.

Circulé a través de los datos de mi presente.

Tim Coffey, asesinado por mi culpa. Un chiflado, obsesionado con Synge, que había matado a dos chicas y que estaba jugando juegos mentales. Sin mencionar los putos vigilantes... los Lanceros, por el amor de Dios.

Preparé un poco de café, ahora que podía saborearlo de verdad sin el escudo de la nicotina. El silencio en la habitación era asombroso. Encendí la radio y pillé el final de *Yellow*, de Coldplay.

Ése era definitivamente el color de aquel día.

Siguieron las noticias. Robin Cook había renunciado a su puesto en el gobierno de Blair. A Saddam Hussein le habían dado setenta y dos horas para dejar Irán. La segunda resolución de la ONU ya no era relevante. La guerra era inminente, letal y pronta. Después, las noticias locales: tres cuerpos habían sido sacados del canal, uno era un hombre negro.

Entonces,

«En Kinvara, un ciudadano de Galway ha sido gravemente herido en un tiroteo. Era bien conocido en la zona por ser el presidente de la Asociación Vinegar Hill».

Tomé aliento.

¿El presidente de la Asociación Vinegar Hill? Fue el suceso más famoso de la rebelión de 1798, la hora de los Lanceros. Conocía a una chica en Galway Bay FM y la telefoneé y sonsaqué el nombre de la víctima. Ted Buckley. Entonces conseguí el número del hospital, llamé y pregunté por cuidados intensivos. Conseguí que me

pusieran con la enfermera, y dije:

—Buenos días, soy Sean Buckley. Mi hermano Ted ingresó en su departamento anoche.

—Sí, dígame.

—¿Qué tal sigue?

—Sufre heridas graves, señor Buckley. Tiene rotas la espalda y las piernas; también tiene daños en la cabeza.

—Oh, Dios mío.

—¿Desea que le ponga con el doctor?

—Uhm, no. ¿Está su esposa ahí?

—El señor Buckley es soltero —la enfermera comenzaba a sospechar—. ¿Quién ha dicho usted que era?

Colgué.

Volví a la guía telefónica y allí estaba:

Edward Buckley
21, Parque Corrib
Galway

Debajo ponía «Asociación Vinegar Hill, situada en Kinvara».

Operaba desde casa, y tenía una sucursal en Kinvara. Pensé de nuevo en mi encapuchado viaje en la camioneta, diez minutos más o menos. Me puse mi abrigo e imaginé que el paseo sería bueno para mi cojera. Me llevó veinte minutos llegar al parque Corrib, que era un hervidero de actividad. Gente por todas partes, lo que sólo podía ser buena señal. Caminé hasta el número 21 y llamé al timbre de la puerta, esperando que no hubiera perro. Ningún sonido. Di la vuelta hasta la parte de atrás y comencé a mover cubos, examinando las casas del vecindario por si había mirones. Nada. Usé mi codo para romper el cristal, abrí la ventana y trepé al interior. Si un vecino estaba llamando a la policía, lo sabría realmente pronto. Estaba en la cocina, que tenía esa exigente pulcritud de un soltero. Reconocí las señales de mis años de soledad. Los solteros iban de un extremo a otro, dejadez o pulcritud, y él era definitivamente de estos últimos. Ni siquiera una taza secándose en el fregadero. El suelo impoluto, los trapos de cocina doblados, militarmente alineados. Casi lo sentía por él. Comprobé mi reloj, quince minutos, y dejé escapar un suspiro de alivio. Ni rastro de la policía. Fui a las demás habitaciones. Lo mismo, obsesión por el orden. Una estantería, todo historia irlandesa, concentrándose en 1798. El enorme retrato enmarcado de un sacerdote sobre la chimenea... El padre Murphy, el héroe de la rebelión.

Encontré una puerta hacia el sótano, golpeé el interruptor de la pared y bajé. Allí estaba todo, la larga mesa de madera, las lanzas en el muro. Susurré:

—Te pillé.

Subí las escaleras, recogí todos los papeles que pude y bajé las cortinas de lino. Me llevó bastante tiempo y la rodilla me dolía, pero finalmente coloqué una línea de papeles y tela desde la cocina hasta el sótano. Recordé sus dientes manchados de nicotina y, en el mueble bajo el fregadero, encontré combustible para encendedores. Empapé el camino de papel, concentrándome en la cocina y en el final de la fila, en el sótano. Coloqué cerillas cuidadosamente al lado del hornillo de gas. Abrí la puerta de la cocina, encendí una cerilla, la dejé caer, y dije:

—¡Zas!

Lawrence Block, en *Out on the Cutting Edge*, tenía a su personaje, Matt Scudder, en una reunión de Alcohólicos Anónimos donde una mujer contó cómo solía tomar el primer trago del día tan pronto como su marido salía a trabajar. Guardaba la botella de vodka debajo del fregadero, en una botella que previamente había contenido limpiahornos.

—*La primera vez que conté esta historia —dice ella—, una mujer me dijo: «Por Dios bendito, imagínate que te equivocas de botella y te bebes el limpiahornos de verdad». «Cariño, —le dije—, no hay botella equivocada. No hay limpiahornos de verdad. He vivido en esa casa durante treinta años, y nunca he limpiado el horno. De todos modos —continuó—, ésa era mi bebida social».*

Adoraba esa historia.

Se me vino a la cabeza dos días después, al entrar en Nestor. El parroquiano estaba en la barra, hundido en la melancolía, y farfulló:

—El bombardeo ha comenzado.

Cathy estaba atendiendo la barra, algo que no pasaba a menudo. Me apoyé en el mostrador.

—¿Dónde está Jeff? —Pregunté.

—Había quedado con alguien.

Cathy me evaluó con la mirada, y dijo:

—Siento mucho lo de tu madre. Jeff ha estado fuera de la ciudad, y yo no he podido conseguir un canguro.

Asentí. El parroquiano se animó y preguntó:

—¿Ha muerto alguien?

No le respondimos. Cathy me preguntó si quería café y yo lo rechacé. Estaba barajando las opciones en mi cabeza cuando ella añadió:

—¿Cómo está Stewart?

Me llevó un momento caer en la cuenta de a quién se refería.

—Está en la cárcel, ¿cómo crees que puede estar?

—¿Estás trabajando para él?

—Buena pregunta.

Cathy comenzó a limpiar la barra. Ya estaba brillante hasta un nivel profesional. Por supuesto esto significaba que tenía que mover mi codo y apartarme.

—Yo ya tiré la toalla —me dijo.

—¿Qué?

—Con Stewart. Me rendí.

Estaba asombrado, no lo entendía.

—¿Tú llamaste a la policía?

—Claro, a la brigada antidroga.

Su rostro mientras decía esto era neutral, no mostraba ninguna emoción. Pensé en Sinéad O'Connor tocando la flauta con Shane McGowan. Casi tartamudeando, dije:

—Él era tu amigo.

—Era un camello —dijo con desprecio—; los camellos no tienen amigos.

«Y tampoco —pensé— los tienes tú».

—Al pobre bastardo le han caído seis años —dije.

—Tiempo suficiente para limpiarse, ¿no crees?

Estaba demasiado desconcertado para decir lo que pensaba.

—Nos vemos luego —dije, y me levanté para irme.

Estaba en la puerta cuando ella me llamó.

—Enviaremos una donación para la misa en memoria de tu madre.

Apenas podía esperar.

A la vuelta de la esquina del bar había un garaje donde Jeff guardaba su adorada Harley. Aparte de Cathy y de su hija, ésta era su más preciada posesión. Una *custom soft-tail*, a la que mantenía en condición inmaculada, dedicando cada momento libre a barnizados, limpiezas y mantenimientos. Las pocas veces que la había visto, el cromo y el metal estaban brillantes. Si quieres escuchar pasión verdadera, pregúntale sobre la moto. Se mueve hacia otro nivel mientras ensalza la máquina. Para intentar comprender su entusiasmo, yo había leído *Pilgrimage on a Steel Ride*, de Gary Paulsen. Descubrí un poco del amor puro que una Harley inspira, pero aun así estuve lejos de una comprensión completa. Los fanáticos de las Harley eran sencillamente otra especie. Jeff me había contado que una Harley se rompe más veces, y da más problemas, que todas las demás motos juntas. Yo le había preguntado:

—¿Por qué molestarse entonces?

Me miró con horror.

—Tío, éstas son pura sangre. No se cambia lo mejor sólo porque necesite pequeños ajustes. Eso es lo que las hace magníficas.

El garaje no estaba cerrado y abrí la puerta, encendí la luz. La Harley estaba en el centro, y parecía jodida. Me incliné, la miré desde delante. El metal estaba muy abollado, y había barro y suciedad a lo largo del lateral. El borde del pesado neumático estaba casi abierto. Oí una voz:

—¿Fisgando en mis cosas, Jack?

Me incorporé para encarar a Jeff. En su mano derecha tenía una pesada llave inglesa. Hubo un momento entre nosotros tan extraño que ni siquiera quise analizarlo.

Señalé la moto y le pregunté:

—¿Has tenido un accidente?

Jeff dejó caer la llave inglesa, que hizo un sonido horrible contra el suelo de piedra. Se acercó a mí pero la agresividad se había evaporado.

—No fue un accidente, ya lo sabes.

Deseé no haber dejado de fumar; ése era, definitivamente, un momento nicotina.

—Podías haberlo matado, Jeff —dije.

Él asintió, con su mano izquierda rozando la moto, casi acariciándola.

—Pensé que lo había hecho.

—¿Cómo lo encontraste?

Jeff me miró con sorpresa.

—Tengo un bar, y todo el mundo habla. Un par de chupitos extra de escocés, a cuenta de la casa, y te cuentan todo lo que necesitas. ¿Vas a delatarme? —Me preguntó, con los ojos cansados.

Iba decir: «Eso es lo que hace tu mujer», pero me volví para marcharme.

—Voy a hacer como si no hubieras dicho eso —dije.

Él hizo una pausa, y dijo:

—Se lo merecía.

No pude contestarle.

«Ni siquiera el intenso temporal podía esconder el trastorno y el profundo dolor aquí, mientras la pastoral degeneraba en una imprevista expansión descontrolada de la ciudad. Podía casi oler las amargas energías del cambio y el fracaso. Yo mismo parecía estar en algún tipo de caída cuesta abajo, yendo de mal en peor mientras tropezaba con la transición de investigador privado a ciudadano normal, y atrás de nuevo».

James Crumley, *The Final Country*

Pasaron cuatro semanas de borroso dolor, de culpabilidad, remordimientos, y confusión. No podía olvidar el modo en que mi madre había muerto. Sola, abandonada y asustada. No bebía, no me drogaba, no fumaba. Las tres adicciones letales me acosaban constantemente, pero, no sabía por qué, no sucumbía. Una vez oí que si quieres cambiar tu vida, tu actitud, tienes que comenzar alterando tu comportamiento. Haz lo contrario a lo que solías hacer y el cambio vendrá solo. Así que en lugar de abrazarme a mi destrucción habitual, me mantuve ocupado. Volviendo a interrogar a los estudiantes, amigos, conocidos de las chicas muertas. Incluso tomé café con Ronan Wall, para ver qué podría haberseme pasado.

Nada funcionó.

Leí a Synge, lo leí dos veces. El descubrimiento que estuve a punto de hacer antes de la muerte de mi madre permanecía esquivo, tentadoramente fuera de alcance. Ronan Wall continuaba tomándose el pelo y provocándome sutilmente. Salí con Margaret regularmente pero nuestra relación se estaba erosionando. Pensé que estaba desenvolviéndome bien, actuando casi con normalidad, aunque ella de vez en cuando seguía preguntando:

—¿Dónde estás, Jack?

Habíamos ido a ver la brasileña *Ciudad de Dios*, de la cual no recuerdo nada. Después, fuimos a Brennan's Yard, y tomamos una cena tardía. Gruesos y dorados sándwiches crujientes, bañados en té. Comí sin saborearlo. A su pregunta, contesté:

—Estaba pensando en Bagdad, en las intensas y horribles imágenes que he visto en la CNN.

No era verdad.

—No, no lo hacías —dijo, negando con la cabeza.

Era demasiado tarde para dar la respuesta que las mujeres más desean... «Estaba pensando en ti, querida». Para ser sincero, estaba en ninguna parte, en el lugar de las interferencias, de las visiones grises.

—Estás en una zona muerta —dijo, tomando mi mano.

Sabía que era verdad. El día antes había estado viendo cómo Irlanda le daba una paliza a Georgia y sólo me impliqué brevemente cuando lanzaron un cuchillo desde las gradas. Golpeó a Kilbane en la oreja. El domingo me senté para ver el Seis

Naciones, Irlanda contra Inglaterra, en auténtico trance. Jugaban en Lansdowne Road, era un enorme evento nacional, y yo me sentía distante.

Aparté mi mano de la de Margaret, murmurando:

—Me espabilaré.

No tenía salida.

—Eso espero, Jack —susurró con tristeza.

Entonces, apartando los sándwiches, preguntó:

—¿Hablas con alguien?

—Con Cathy... y Jeff.

Era ligeramente verdad.

Todavía estaba haciéndoles de canguro. Jeff estaba frío, manteniendo nuestra conversación al mínimo. Cathy, más animada, estaba feliz del vínculo que había creado con su hija.

Y de la obligación que eso me suponía.

Continué leyéndole, y su rostro se encendía cada vez que le traía un libro nuevo. No sé cuánto llegaba a entender, pero sus ojos bailaban con conocimiento. Tres años de edad, nariz chata, ojos marrones, y sonrisa pícara. Podría haberla mirado durante horas. Ella me intrigaba. Una niña, con síndrome de Down, tan estimada por el mundo como dañada por él. Aun así tenía una vitalidad que llenaba de energía incluso mi espíritu cínico. Durante aquellas semanas heladas tras la muerte de mi madre, el tiempo con Serena May fue la única brillantez que experimenté. Tenía una sonrisa para morir, tan inocente en la vida como yo culpable. Eso sería nuestra ruina. Nos acostumbramos a usar la habitación sobre el bar, en la que una enorme ventana daba a la calle Forster. Estirando el cuello podíamos ver la plaza Eyre. Le había hablado de la estatua de Pádraic Ó Conaire en el centro, y de los cañones metálicos que lo flanqueaban. Eludí los borrachos apiñados en la fuente. Después, al bajarla, gateó por toda la habitación con alegría. Ya debía quedar poco para que empezara a andar. Cathy llevaba muy mal que los otros niños anduvieran al año, o incluso a los diez meses. Ahí estaba su hija: más de tres años y todavía paseándose a cuatro patas. El parroquiano una vez había remarcado:

—Esa niña tiene el alma vieja.

Me sorprendió mucho.

—¿Qué?

—Que ya ha estado antes aquí.

Y volvió a contemplar su vaso medio lleno. Quería preguntarle si creía en la reencarnación, pero él ya había terminado. Cathy parecía apreciar el tiempo que pasaba con Serena, una tarde me dijo:

—Jack, eres de mucha ayuda.

—No es para tanto.

No lo era.

Fui a visitar a Ted Buckley. Estaba cubierto de yeso, con poleas sosteniendo un brazo y una pierna suspendidos. Sus ojos estaban abiertos y se endurecieron mientras me aproximaba.

—¿Cómo lo llevas, Ted?

Él intentó actuar como si fuera un extraño, pero inmóvil en una cama, ¿de qué modo podías fingirlo?

—¿Te conozco?

—Jack Taylor.

Los dientes de nicotina se cerraron, y pensé que la agitación no podría hacerle demasiado bien en su situación.

—¿Se supone que eso debe decirme algo?

Cogí una silla y me senté a horcajadas. Si el comisario Clancy podía hacerlo, entonces qué demonios, ¿por qué yo no?

—Ah, ¿eso significa que no puedo unirme a vosotros, que no puedo ser un vigilante?

Ted intentó girar su cabeza, como si buscara ayuda.

—No sé de qué estás hablando.

Lo dejé reflexionar durante un momento.

—Asesinasteis a un policía —dije por fin.

La saliva encendió las comisuras de sus labios. La frustración de estar inmóvil se lo estaba comiendo vivo.

—Demuéstralo —dijo.

Me levanté.

—He oído que te han disparado.

Él se las arregló para mover la pierna en tracción, pero fue un movimiento débil.

—¿Estuviste en mi casa? —Preguntó.

Me encogí de hombros y me giré para marcharme.

—Yo no, colega. Yo diría que fueron los vigilantes.

La cojera parecía haber empeorado, pero eché la culpa a las malas vibraciones del hospital. Un doctor de unos cincuenta años se acercó a mí.

—¿Ha estado visitando al señor Buckley?

—Así es.

Tenía un gráfico (¿no lo tienen siempre?), lo miró e hizo ruiditos médicos.

—Es una desgracia, pero no creo que el señor Buckley vuelva a caminar de nuevo.

Asentí, con el rostro serio.

—¿Lo visitará regularmente? —Me preguntó.

—Por supuesto, para asegurarme de que su pronóstico es correcto.

Levantó la cabeza, desafiándome con la mirada.

—Puedo decirle, señor... No recuerdo su nombre.

—No se lo he dicho.

—Ah, bien... Puedo asegurarle que es bastante improbable que el paciente pueda recuperar la movilidad.

Lo miré fijamente e hice algunos ruiditos médicos yo mismo.

—Me tomaré eso como una promesa.

Al bajar las escaleras, el vestíbulo principal estaba hirviendo de actividad. La última vez que estuve aquí tuve el desastroso encuentro con Ann Henderson. Fui a la cafetería y vi que anunciaban todo tipo de café de diseño. Pedí un capuchino sin virutas de chocolate.

—¿Se refiere a un café con leche? —Me preguntó la chica.

—Si quisiera un café con leche, ¿crees que habría pedido esto?

Ella me miró de *esa* forma. Pero después de lo de Buckley pude sobrellevarlo y ella retrocedió, cogió el café y me lo sirvió con desgana. Encontré una mesa libre y me senté. En la radio estaba Keith Finnegan discutiendo el uso del Aeropuerto Shannon por las tropas americanas. Después dijo que los oyentes habían pedido una canción de las Dixie Chicks de su nuevo álbum, *Home*, un tema sobre Vietnam pero refiriéndose a Iraq. Estaba escuchándolo cuando se me acercó un guardia jurado.

—Espero que no esté pensando en fumar.

Me pilló totalmente por sorpresa.

—¿Qué?

—Esta área es una zona de no fumadores.

Estaba cabreado, preparado para liarla. Reconocí a aquel tipo pero no fui capaz de recordar su nombre.

—No fumo.

Qué raro sonaba. Él no se lo tragó.

—Te recuerdo, en el pasillo, fumando en el rincón —soltó.

Dejé escapar un suspiro.

—¿Me haces un favor, colega?

—¿Un favor? ¿Qué favor?

—¿Te vas a tomar por culo?

Lo hizo.

Las Dixie Chicks perduraron en mi cabeza mientras pasaba junto a la Universidad Nacional de Irlanda. Estudiantes pululaban por el canal, y pensé en las chicas muertas. No parecía que fuera a resolverlo jamás. Me detuve en la iglesia para mirar las vidrieras de las ventanas. No me proporcionó ninguna inspiración. Balbucí:

—Ventanas. Sólo cristal de colores.

Volví al hotel. La señora Bailey, con aspecto frágil, casi delicado, estaba casi inundada en papeleo. Aunque quería estar solo para adentrarme en mis pensamientos y, básicamente, enfurruñarme, me detuve.

—¿Está bien, señora Bailey? —Pregunté.

Ella levantó la cabeza y me apenó ver su cráneo a través del escaso cabello. Me dolió mucho. Me fijé en la profusión de manchas de la edad en sus manos, y sólo pude aventurar una suposición sobre su edad. Alguien había intentado hacerle la permanente en su cabello y le había hecho un lío espantoso, como si a medio camino hubiera decidido:

—Que le den, esto es un desastre.

Y así era.

—No quiero molestarle, señor Taylor —dijo ella—, y menos tras su reciente pérdida.

Quería estar de acuerdo, deslizarme a mi habitación, pero me mantuve allí de pie.

—¿Qué le parece si vamos a por algo de beber? Quizá un enorme *whisky* caliente, con clavo, azúcar... qué demonios, tiremos la casa por la ventana.

Por un momento me sonrió como una chiquilla, casi coqueta, y me di cuenta de cuánto significaba para mí. Por supuesto, la muerte de mi madre me había dejado vulnerable, pero esta mujer había estado conmigo a lo largo de todo tipo de tormentas de mierda. Cada vez que decidí mantenerme sobrio o limpio, y fracasé, ella no me juzgó. Tenía una habitación siempre disponible. Cuando me largué a Londres, a Hidden Valley, y volví literalmente cojeando, ella me dio la bienvenida. Supera eso.

—¿Quién vigilará el mostrador? —Preguntó.

Señalé el papeleo.

—Con un poco de suerte te robarán eso.

Esta razón la convenció.

Salió de detrás del mostrador y, lenta y contemplativa, agarró mi brazo. Nadie te coge como una mujer de Galway. Me sentí... ¿galante? ¿Cuánto a menudo vas a ver esta palabra en una descripción? Me moví hacia la puerta y ella protestó:

—Oh, no, yo no voy a salir.

—¿Qué?

—Es demasiado peligroso.

No podía discutirle eso; era jodidamente letal salir fuera, yo tenía una cojera para probarlo.

—De todos modos —añadió—, si vamos a tomar algo preferiría prepararlo yo misma.

A pesar del tiempo que llevaba en el hotel, creo que sólo una vez había estado en la cafetería. El síndrome de *no-te-cagues-en-tu-propia-puerta*. Sin embargo, era mi tipo de bar: oscuro, lleno de humo, viejo. Grandes bebedores habían bebido aquí a lo grande. Podías sentir las vibraciones, aquellas que susurraban: *Si quieres bebidas extravagantes, vete a tomar por culo*.

Aquí se servían cañas de cerveza y pelotazos de *whisky*, y, si necesitabas que te lo tradujeran, es que definitivamente estabas en el lugar equivocado.

«Mientras la tumba estaba aún abierta la mujer se sentó entre las lisas lápidas, rodeadas de un pálido contorno de helechos tempranos, y comenzó el salvaje lamento, o el lloro por el muerto.

Cada vieja mujer, mientras tomaba su turno en el recitado principal, parecía poseída por el momento con un profundo éxtasis de dolor, meciéndose adelante y atrás, e inclinando la frente hacia la piedra ante ella, mientras convocaba al muerto con un perpetuamente recurrente cántico de sollozos».

J. M. Synge, *Las Islas Arán*

No había nadie atendiendo la barra. En Irlanda puedes encontrar las cosas más raras en los bares, pero un mostrador sin tripulación no es una de ellas. Miré a la señora Bailey y ella dijo:

—Yo lo haré.

—¿Es que realmente nadie trabaja aquí? —Pregunté.

Ella suspiró.

—Teníamos a un tipo, pero tendía a ser su propio mejor cliente. No tenemos mucho trabajo, así que generalmente lo hago yo misma.

La acompañé a una mesa, hice que se sentara, me incliné cortésmente, y pregunté:

—¿Qué desea tomar la señora?

Ella estaba encantada.

—Algo dulce.

Miré atrás, a los polvorientos pero bien abastecidos estantes.

—¿Puedo sugerirle una copa de jerez?

—Eso es una bebida de anciana. Yo no quiero ser vieja, aunque sólo sea durante un minuto.

¿Y quién podría culparla?

—¿*Crème de menthe*? —sugerí.

—Perfecto —me contestó, aplaudiendo.

Entré detrás de la barra y me quedé paralizado, un alcohólico frente a la artillería. Todos los chicos letales estaban allí, a la vista: Jameson, Paddy, Black Bush. En menos de lo que canta un gallo podría ponerme uno doble y bebérmelo. Miré a la señora Bailey. No estaba marcándome. Había seleccionado el *Galway Advertiser* de un montón de periódicos sobre la mesa junto a ella, y estaba hojeándolo distraídamente. Le serví un vaso largo, cogí agua con gas para mí y dejé veinte euros en la caja. Hoy, nada de bebida gratis. Volví y me senté frente a ella, levanté mi vaso y brindamos.

—*Sláinte amach.*

—*Leat féin.*

—Es delicioso —dijo la anciana, tomando un delicado sorbo.

Saboreamos un momento de silencio, en absoluto incómodo.

—¿Qué es lo que le preocupa, señora Bailey?

—Están volviéndome loca —dijo, cruzando las manos sobre su regazo—. Promotores inmobiliarios, acreedores, montones de ellos. Las cosas no van bien y me temo que tendré que vender.

Una institución más de Galway que iba a ser ahogada bajo el peso del progreso. Cualquier cosa decente, buena y, sí, vieja, estaba siendo demolida.

—¿Sabías que van a cortar los árboles de la plaza Eyre? —Me preguntó.

—¿Qué?

—Dicen que los van a reemplazar —hizo un sonido estrangulado antes de continuar—. No lo comprendo. ¿Talan árboles sanos y después los reemplazan? — Parecía no encontrar las palabras adecuadas, pero estaba a punto de explotar—. ¡Es una blasfemia!

Capté el aroma de la *crème de menthe*. Seguro que era dulce, pero el trasfondo de alcohol era tan fuerte como desastroso para mi control. La urgencia de saltar hacia la barra, poner mi boca bajo el estante, y beber hasta el día del juicio final, era insoportable. Me estremecí, y ella colocó su mano sobre la mía, apenas un roce suave.

—¿Tienes frío, *a mhic*?

¡*A mhic!* Hijo, en irlandés. En mi juventud lo oías a todas horas. En Claddagh, los viejos lo usan todavía. Un término cariñoso y tierno, a veces con una regañina pero nunca duro.

—Debe ser una corriente —dijo.

Ella miró alrededor, jamás sabré viendo qué fantasmas. Yo cargaba con mi propio equipo.

—Por supuesto, ellos lo echarán abajo y colocarán alguna monstruosidad, pero, Dios lo quiera, yo habré pasado a mejor vida. ¿Sabe qué, señor Taylor? Sobrevivir a tu época es una pena.

Pensé en Syngé, en su *Deirdre de los pesares*. De algún modo siempre volvía a esa obra, al pasaje subrayado en rojo que había memorizado. Deirdre, en la obra, está de rodillas, meciéndose, mientras se lamenta. Pronuncia un discurso directo a los muertos, recordando el consuelo de su vida con ellos y la total desesperación de no tenerlos nunca más. Esto me tocó de modos que no podría nunca haber anticipado. El asombroso descubrimiento, tan extraño como suena, de que el *Dramaturgo* estaba hablándome a mí... *quizá intentando enseñarme algo*.

Dice así:

«Vosotros no veréis aproximarse la vejez o la muerte; vosotros que fuisteis mis compañeros cuando se apagaron las fogatas en las cimas y las estrellas fueron nuestra única compañía. Volveré mis pensamientos a esa noche (que fue triste porque ansiábamos la tristeza), al tiempo en el que vuestras varas y capas hicieron una pequeña tienda para

mí allí donde el abedul y la piedra servían de refugio; aunque desde hoy serán mis dedos los que hagan mi propio refugio, extendiendo mis cabellos y enredándolos con la lluvia».

A pesar de mis reticencias estaba empezando a apreciar a Synge. Su lenguaje era un canto a la parte original de mi ascendencia, al mismo corazón de lo que me hacía irlandés. O quizá es que hacía mucho tiempo desde la última vez que me emborrachaba.

—Fue triste porque ansiábamos la tristeza —dije en voz alta.

La señora Bailey sofocó un grito y me miró fijamente.

—Es un pensamiento preciso... triste pero cierto.

El gas estaba muriendo en mi vaso de agua.

—Es de Synge.

Ella asintió.

—Hubo un escándalo tremendo cuando su obra se estrenó en Abbey.

—¿Estás familiarizada con Synge?

—Estoy familiarizada con los escándalos.

Janet, la camarera, asomó la cabeza por la puerta.

—Señora Bailey, la llaman por teléfono.

—Estaré de vuelta en un momento —dijo, rozando mi brazo—. Estoy disfrutando de tu compañía.

Se levantó de la silla con dificultad, sus huesos crujieron. Hojeé el *Galway Advertiser*, comencé a leer la alineación del próximo Festival de Literatura de Cuirt. Pasé la página y miré las fotos sin fijarme demasiado. No me di cuenta de que Janet estaba mirando sobre mi hombro hasta que ella exclamó:

—¡Ahí está tu amigo!

Casi di un salto.

—¿Qué?

Ella se inclinó, puso el dedo sobre una foto, y dijo:

—Aquí, éste es el hombre al que me encontré fuera de tu habitación. Llevaba una bolsa de plástico enorme. Tenía unos modales exquisitos.

Intenté concentrarme y miré la foto. Un hombre de constitución grande, con aspecto distinguido y una melena de espeso cabello blanco, entregando un premio a un alumno.

Bajo la foto había una leyenda:

«El profesor O'Shea del Departamento de Inglés de la Universidad Nacional de Irlanda entregando el premio al mejor ensayo a su estudiante, Conor Smith».

O'Shea... el nombre tocó alguna tecla. Pero primero tenía que ocuparme de Janet.

—Cuéntame... lo de mi amigo. No te dejes ningún detalle.

Ella parecía preocupada.

—¿Hice mal? —Dijo, arrugando su ya imposiblemente arrugada cara.

—No, no, sólo quería darme una sorpresa.

Y lo hizo.

Ella frunció el ceño.

—Fue hace un tiempo. Yo había estado pasando la aspiradora en el piso de arriba, bajé a por algunas bolsas de basura, y lo vi junto a tu puerta. Me preguntó si ésa era tu habitación, dijo que erais viejos amigos, que esperaba un poco por si volvías pronto. Tenía una distinguida manera de hablar, se notaba que era un profesional, y llevaba una colonia magnífica.

—¿Y la bolsa? ¿Pudiste ver qué llevaba en ella?

Sus ojos brillaron.

—Fue extraño. Me dio la impresión de que eran flores, o una planta. Lo sostenía contra su pecho, como si estuviera intentando esconderlo. ¿Eran flores?

—Sí, algo así.

No parecía que la señora Bailey fuera a volver pronto así que cogí su bebida, se la tendí a Janet, y dije:

—A tu salud.

—Oh, no sé si debo. Hace que la cabeza me dé vueltas.

—El mareo es bueno —dije, sonriendo con falsa sinceridad.

Aquella noche, revolviéndome y dando vueltas, algo intentó salir a la superficie. Me incorporé en la cama: aquella vez en Charlie Byrne, cuando Vinny me presentó al profesor (el experto en Synge...) era él, el hombre de la foto.

Llamé a Vinny a la librería Charlie Byrne.

—Jack, ¿cómo te va el estudio de Synge? —Me preguntó.

—Bien. Escucha, ¿recuerdas al profesor O’Shea?

—Claro que sí. Te lo presenté aquí: es experto en Synge. Deberías ir y hablar con él si quieres un entendimiento detallado.

—Eso es justo lo que quiero.

Vinny dudó un instante.

—Ten un poco de tacto, Jack.

—¿Qué?

—Su mujer murió hace algunos años y no tuvieron hijos. Creo que está muy solo.

—Sé lo que es eso.

—Tenemos material nuevo: Daniel Buckman, K. T. McCaffrey, John Straley, Declan Burke, cosas así.

—Apártamelos.

—¿No lo hago siempre?

—Te debo una cerveza.

—Me debes una flota de cervezas.

Clic.

La guía telefónica tenía listado al profesor.

29, The Crescent
Galway

Viejo Galway, quizá dinero viejo.

Pretendía descubrirlo, y pronto.

«Desde las profundidades del espejo, un cadáver me miró fijamente. La mirada de sus ojos, mientras miraban los míos, nunca me ha abandonado».

Elie Wiesel, *Night, Dawn, the Accident*

Por la mañana temprano, escuché las noticias. Feroz combate a las afueras de Bagdad.

Los americanos habían tomado el aeropuerto, y lo habían renombrado como «Aeropuerto de Bagdad».

¿Qué mierda de nombre es éste?

Llamé a la universidad y pregunté si podía hablar con el profesor, concertar una cita quizá. Difícil, ya que tenía una apretada agenda de clases, seminarios, y reuniones. Debería estar libre sobre las cuatro y media de la tarde. Colgué.

Eso me alegró el día.

Me puse unos vaqueros negros, una camiseta negra y mi abrigo de poli. En mis bolsillos guardé un destornillador, las fotos de las chicas muertas, y *Deirdre de los pesares*. Era un precioso día de primavera y, mientras caminaba hacia la calle Dominic, tuve que quitarme el abrigo. Mi cojera, definitivamente, estaba mejorando. Recordé a Tim Coffey diciendo que los chicos me llamarían *el Cojo*. Bueno, eso no había pasado.

El Crescent era impresionante: mansiones antiguas, enormes jardines con las casas muy alejadas de la carretera. La mayoría estaban ocupadas por doctores y abogados. Encontré el número 29 y me detuve un momento. Era una oscura casa con cierto aire de abandono, flanqueada por amplios setos, así que nada de charlas vecinales. La hiedra reptaba a lo largo de la fachada del edificio, necesitaba una poda. No estaba en ruinas pero definitivamente había visto días mejores. Abrí la puerta y caminé valientemente por el sendero. En una de las otras casas había visto un cartel en el que ponía «Patrulla Vecinal».

Siempre era una invitación para los ladrones. Cuando no te avisan, es el momento de preocuparte.

Evité la puerta delantera, fui por el lateral, y encontré un garaje unido a la casa.

Vale.

Abrí la vieja cerradura en un momento, usando el destornillador. No había duda, me estaba convirtiendo en un allanador de moradas habitual. En el garaje había un montón de trastos, un cortacésped oxidado, rastrillos y palas. Todo parecía como si no se hubiera tocado en años. En un estante había una gruesa cuerda, la cogí, la desenrollé y la dejé en el suelo. Entré en la casa principal. A diferencia de Ted

Buckley, el líder de los Lanceros, aquí teníamos una casa echada a perder. Pero a pesar del enmohecimiento y la decadencia, y del polvo por todas partes, no podía evitar admirar el lugar. El aire de grandeza, los altos techos, los intrincados diseños de las caras alfombras. Reconozco una buena alfombra en cuanto la veo porque, cuando has vivido siempre sobre linóleo y revestimientos baratos, adquieres la capacidad de apreciar lo que es mejor. La cocina tenía muebles oscuros de roble y una de esas excelentes mesas de cocina de madera maciza. Tazas, jarras y platos se apilaban en el fregadero. Nada de comodidades modernas... ni lavavajillas, ni microondas, ni siquiera una tostadora. Quizá usaba un tenedor para sostener el pan delante de un calefactor de dos barras. Aquella imagen no encajaba, no con la foto del hombre que había visto en el *Advertiser*. El suelo necesitaba un fregado a fondo. No vi ninguna cafetera pero había un molinillo.

Encontré lo que pensé que era su despacho, y olía a tabaco de pipa. Tuve que abrir la ventana (el hedor era insoportable), aunque sólo un poco, por miedo a que volviera antes de tiempo. Las pesadas cortinas de las ventanas estaban medio cerradas, y las abrí para tener algo de luz.

Y me quedé boquiabierto.

Libros de muro a muro. Aquél era el otro olor que había detectado, el néctar de los antiguos volúmenes. Había incluso una de esas escalerillas móviles adoradas por cualquier verdadero bibliófilo. Cuatro estanterías dedicadas a Synge, y todos los volúmenes parecían primeras ediciones. Aunque muy usados, estaban en buena condición, cuidados con amor. En el escritorio había un ordenador, un viejo Macintosh. Me acerqué al aparador y vi fotos con pesados marcos de plata. La mujer muerta, en dos, y después un hombre joven al que reconocí. Me sentí mareado, e intenté poner mi mente en funcionamiento. Lo conocía. Niall O'Shea, el que había estado haciendo payasadas en el exterior de la casa de mi infancia; mi padre le había roto la mandíbula. Niall O'Shea, el que se había roto el cráneo contra el muelle.

Jesús.

Me senté en el escritorio del profesor y abrí los cajones. Una hoja de papel con las líneas de *Deirdre de los pesares* que había memorizado, comenzaba:

«Vosotros no veréis aproximarse la vejez o la muerte».

Joder.

Abrí el cajón de abajo y encontré una carpeta verde con grandes letras negras en la portada:

EL DRAMATURGO

Mi mente estaba tambaleándose. Allí estaba yo, resolviendo el caso, pieza a pieza, haciendo un verdadero trabajo de investigación decente, y me sentía

despreciable. En la carpeta había tres fotos. Las primeras dos las reconocí:

Sara Bradley

Karen Lowe

En los anversos, con el mismo tipo de letra, estaba:

EN PAZ

La tercera no la conocía, y con un sentimiento de temor miré la parte de atrás:

PRONTO

Casi lo tenía todo. Ella era la siguiente, sería la tercera que *no vería aproximarse la muerte*.

Me levanté y paseé por la habitación, abrí un mueble. Contenía botellas de Glenfiddich, Glenlivet, Jameson, Black Bushmills. Ah.

Cerré las puertas rápidamente. Sobre la mesa había un soporte para pipas, con varias de madera, desgastadas, y una *dúidín*^[55] en la plataforma central. Estas pipas eran las usadas por los campesinos de Arán, y uno de los recuerdos favoritos de los turistas. Habían vuelto a fabricarlas para los americanos. La verdad era que estaba muy desgastada. La maceta de arcilla era vieja, y a lo largo del pie tenía, en pequeñas letras:

j. m. s.

¿Era posible?

Fui a la cocina y pasé la siguiente media hora moliendo granos de café, hasta que conseguí más o menos elaborar el brebaje. Lo dejé reposar. Pocos aromas igualan al aroma puro del genuino café. Casi me reconfortaba. Nunca tomaba azúcar pero busqué un poco. Me sentía débil y definitivamente necesitaba darme prisa. Tazas de cerámica, de Don Knox, hechas a mano. Estaban sucias, así que enjuagué y fregué una diligentemente. Me serví el brebaje y le añadí varias cucharadas colmadas de azúcar. No me molesté en buscar leche. El café, negro, como yo me sentía. Me lo bebí, dulce y caliente, y, por supuesto, la sacudida me pegó rápido. No tan energizante como enfocado. Llené la taza de nuevo y fui al garaje. Sorbiendo el líquido, examiné el techo. Una gruesa viga de madera corría de lado a lado. Solté la taza, cogí la cuerda, y me llevó tres intentos conseguir pasarla por la viga.

Entonces cogí un taburete y comencé a hacer el lazo.

Volví al despacho, cerré la ventana, y re Coloqué la pesada cortina. Después me senté en la silla del profesor, decidido a esperar. La luz estaba marchitándose cuando escuché la llave en la puerta. Una jadeante y trabajosa respiración, y el sonido de un pesado maletín golpeando el suelo. Entró en el despacho y pulsó el interruptor de la

luz. Su primera respuesta fue de asombro, pero se repuso rápidamente y me dedicó una sonrisa de reconocimiento.

—Jack Taylor, supongo.

Era un hombre grande, y vestía un traje de lana que alguna vez había sido caro. Ahora era simplemente viejo. Llevaba una camisa de color hueso con la corbata ladeada, y su largo cabello blando estaba enmarañado, con caspa sobre los hombros. No era muy diferente al actor inglés Brain Cox que había interpretado al primer Hannibal Lecter en la infravalorada *Manhunter*. Una fuerza contenida, un rostro áspero, de piel picada y ojos inyectados en sangre. A pesar de ello eran vibrantes, revelando una feroz inteligencia. Llevaba una bolsa marrón con «McCambridge» en el lateral. De su *Delicatessen* habitual, supuse. Como ya dije, la vieja Galway.

Dejó la bolsa en el suelo.

—Voy a servirme un trago, ¿me acompañas? ¿O sigues con tu frágil sobriedad?

Lo miré fijamente y él dijo:

—Me tomaré eso como un no.

Se acercó al mueblecito, sacó un enorme vaso de cristal, y se sirvió una generosa cantidad de Glenlivet.

—*Go n-éirí an bóthar leat* —dijo mientras lo sostenía a contraluz.

Se lo bebió y lo llenó de nuevo.

—Despacio, profesor —dije—, te quiero razonablemente coherente.

Soltó una breve carcajada.

—La coherencia no existe. ¿No has escuchado las noticias?

Coloqué las fotografías de las chicas sobre el escritorio.

—¿Por eso decidiste eliminar a estas pobres criaturas?

Él asintió, complacido.

—Mis estudiantes son criaturas inocentes que el mundo quiere arruinar y corromper. Yo sabía lo del camello, esa escoria, Stewart; que su hermana fuera seleccionada era perfecto. La segunda chica fumaba hierba. Apuesto a que no lo sabías, ¿verdad?

Se sentó en la silla frente a mí, sin tensión en su cuerpo, relajado, como si tratara con un estudiante no demasiado brillante.

—Decidiste involucrarme por lo de tu hermano... ¿qué, piensas que el puñetazo de mi padre lo empujó al suicidio, todos esos años después?

Cogió una de sus pipas, una de espinos muy gastada, una bolsa de cuero de su bolsillo, y comenzó a rellenar la cavidad.

—¡*Clan!* Deja el aroma más fragante. Qué simplista eres. Sí, mi hermano fue humillado por tu padre. ¿Esto lo empujó al suicidio? Quizá. Como sabes, algunas heridas nunca sanan. Esto me guió a tomar un activo interés en tu familia. Seguí tu precaria carrera con... cómo lo diría... desconcierto. Me enteré de tu visita a ese desecho de la humanidad, al camello, por el comisario Clancy; los guardias de Mountjoy no se tomaron bien que fueras a verlo.

Me levanté y caminé hacia la ventana. Sus ojos eran demasiado intensos, demasiado penetrantes.

—Racionaliza todo lo que quieras, pero asesinaste a dos chicas.

Su voz creció, sólo un tono, pero me dejó claro que era un magnífico orador.

—Eliminé, las eliminé.

Me volví, cogí el *dúidín*, y una alarma se encendió en su rostro.

—¡Ten cuidado, imbécil, eso no tiene precio! —Gritó.

Rompí el pie, y dejé que las piezas cayeran al suelo.

—¿Y el joderme a mí? ¿Y la corona, y la necrológica?

Estaba mirando las piezas rotas, con los ojos húmedos.

—Un error de juicio, un lapso momentáneo de concentración, una frivolidad que es extraña en mí; además, había estado bebiendo en exceso, demasiado Glenlivet. Lo siento, pero entonces creía que podrías ser un valioso oponente.

Mi grito lo asustó.

—¡Oponente! Puto enfermo, ¡esto no es un juego!

Cogió su vaso, sorbió, después encendió la pipa y recuperó el control.

—¿Qué sabes sobre mi mujer?

—¿Qué?

—Ah, Jack, debes haber sido un mal estudiante. Preparación, investigación, ésas son las claves.

El aroma del tabaco *Clan* llenó la habitación: acre, dulce, casi empalagoso.

—Te encontré a ti.

—*Touché*. Mi esposa tenía un tumor inoperable y sufrió un dolor desesperante. Pero un día, después de años de angustia, cuando yo no estaba en casa, tropezó con algunos libros que yo había dejado en la escalera.

Interrumpí.

—¿Libros de Synge?

Él desestimó mi interrupción y continuó.

—Estaba tan tranquila allí, doblada al pie de las escaleras. Mi adorada Deirdre.

De nuevo estaba asombrado.

—¿Ése era su nombre? —Pregunté.

—Por supuesto.

Me negué a permitirme cualquier simpatía, caminé hacia el escritorio y cogí la tercera foto.

—¿Cómo has conseguido esto?

Él sonrió como si definitivamente estuviera hablando con un idiota.

—Soy profesor, la saqué de los archivos de la facultad; ¿crees que no tengo acceso a todos los departamentos?

Sonrió como si hubiera sido bendecido.

«Hubo una mujer en la aldea, hace tiempo, que se fue a la cama, y su hijo fue con ella. Durante un tiempo no durmieron, y entonces algo llegó a la ventana, y oyeron una voz y esto fue lo que dijo: “Es el momento de dormir”. A la mañana siguiente el niño estaba muerto y, de hecho, fueron muchos los que encontraron la muerte de esa manera en la isla».

J. M. Synge, *Las Islas Arán*

Lancé la foto contra el escritorio.

—¿En serio crees que voy a dejar que eso ocurra? Tú ya has terminado, colega.

Su pipa se había terminado y dio unos golpecitos a la cavidad contra un cenicero, uno de arcilla con letras descoloridas:

Inishman^[56].

—Parte de mi plan era conseguir el interés de alguien, y estoy más que complacido de que el destino te haya elegido a ti. Esperaba que llegaras a apreciar a Synge. Pocos lo hacen.

—Lo siento —dije—. Las muertes de dos chicas han eclipsado mi apreciación de la literatura, y además, ¿sabes qué? Synge es un coñazo.

Se levantó, cabreado y rugiendo.

—¡Ignorante! Synge no empezó a escribir hasta tarde, y aun así murió antes de los treinta y ocho años de edad. Seis breves años de creatividad real, aunque dejó un cuerpo de trabajo sin parangón.

Con tanto desprecio en mi voz como pude, dije:

—Y tú, tú creaste dos cadáveres, dos dolientes familias, ¿y estás planeando una tercera?

No contestó.

—Te estoy desarmando, colega —dije.

Su cabeza se inclinó y una débil sonrisa comenzó a nacer en sus labios.

—No lo creo. El comisario Clancy y otros de influencia aplastarán tus dementes teorías.

Extendí rápidamente la mano y le golpeé la nuca con la palma.

—No estás prestando atención, profesor. Quiero contarte algo sobre los Lanceros. La bofetada lo había sorprendido y me miraba fijamente.

—Paranoia urbana —dijo—, si te refieres a los llamados vigilantes.

Hablé despacio, le conté lo de Pat Young, la castración, y después añadí:

—Me han pedido que me una a ellos. Imagínatelo. Y creo que voy a llevarles tu carpeta verde, y a contarles tus actividades. Tú podrías ser mi primera recomendación.

La sangre había abandonado su rostro.

—Este escritorio —dije—, sí, podrían sostenerte aquí. Creo que suelen usar una mordaza mientras te cortan las pelotas con una lanza... tengo que contártelo, la organización es un desastre. No puedo garantizarte que el instrumento sea todo lo afilado que sería deseable. Pero ¿sabes qué?, les pediré que te pongan un libro de Synge debajo. Un gesto apropiado, ¿no te parece? Casi literario.

Coloqué la carpeta bajo mi brazo, caminé hasta la puerta, y me detuve.

—Pero hay una alternativa; la verás en el garaje. Es un toque melodramático, te lo aseguro, pero, oye, tú eres *el Dramaturgo*.

La Irlanda literaria se volcó en masse para el funeral del profesor.

Todos los exhaustos sospechosos habituales que no lo habían reconocido en años alabaron los dos dramas que había escrito. Que esos volúmenes hubieran estado descatalogados durante años no se mencionó. Los periódicos le dedicaron educadas necrológicas, y un artículo insinuó que su muerte fue un trágico accidente. Entre líneas estaba la palabra no dicha, arreglándoselas para narrar las tristemente accidentales muertes de su esposa y hermano, pero la palabra «suicidio» no se usó.

Estaba en Nestor, leyendo todo esto, con una taza de descuidado café ante mí. Jeff estaba cambiando un barril, y aún bailábamos alrededor del abismo entre nosotros. El parroquiano estaba viendo *Sky News*, la lucha por Bagdad en todo su esplendor. El Manchester United adelantaba al Liverpool por cuatro goles. Leeds, a pesar de sus problemas, le metió seis al Bolton. Ferguson estaba sugiriendo que el empate del Manchester United con el Real Madrid estaba amañado.

El tiempo era glorioso, casi veraniego, aunque mayo estaba un poco lejos todavía. Margaret había llamado para decir que no me vería durante un tiempo, hasta que yo pusiera en orden mis prioridades. Yo había dicho:

—Bien.

—Jack, ¿podrías quedarte con Serena May una hora? —Me preguntó Cathy.

—Claro.

Subí las escaleras y la pequeña estuvo encantada de verme, y me dio uno de sus cálidos abrazos. Estaba más enérgica que de costumbre, se escabullía por la habitación, balbuceando felizmente. Me sentía realmente cansado pero leí un poco para ella, aunque ninguno de los dos nos fascinamos. Abrí la ventana para aliviar el calor y miré hacia la calle Forster, atestada de gente. Volví, me senté en la mesa y le dije a Serena:

—Cielo, voy a comprarte algunos libros nuevos mañana, ¿qué te gustaría?

Ella me puso los pulgares hacia arriba. La primera vez que se lo enseñé se mostró intrigada, y ahora se había convertido en un gesto habitual entre nosotros.

Pensé en el profesor y me di cuenta de que me había convertido en un Lancero. El acto de vigilancia que puso distancia entre Jeff y yo fue el mismo que yo había hecho con *el Dramaturgo*. Aún no había contactado con Stewart, quizá debería hacer el viaje hasta Mountjoy. No sabía cuánto tiempo llevaba sumido en esos pensamientos,

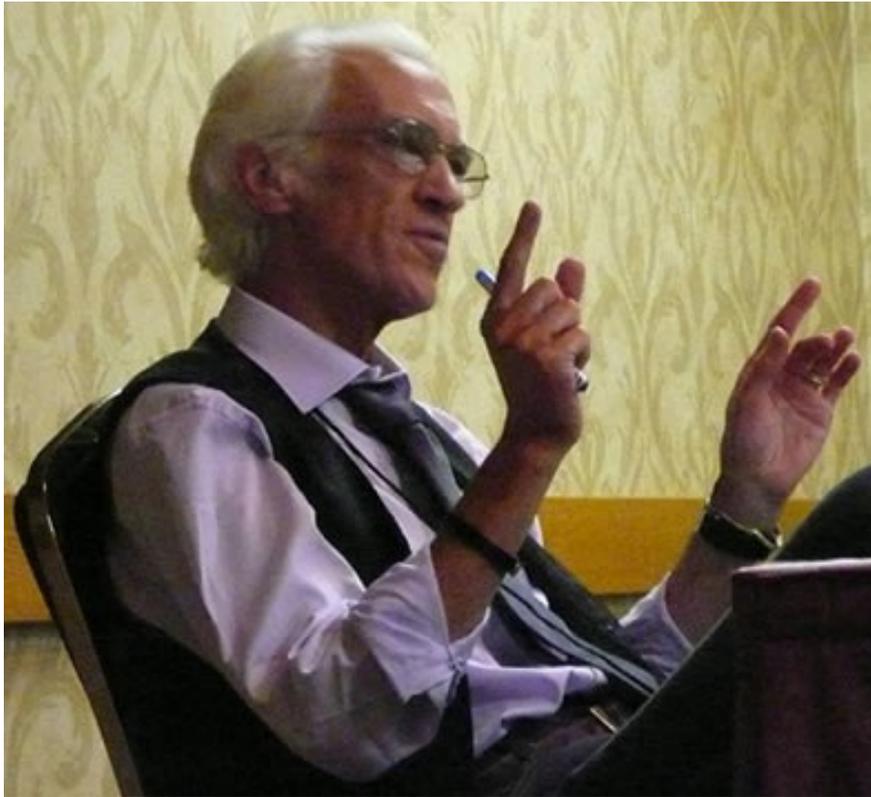
seguramente sólo un par de minutos, cuando escuché un pequeño grito alarmado, y después un coro de horror subió desde la calle.

Me volví, la ventana estaba abierta de par en par. Serena May no estaba.

No conozco el nombre de este bar. Es nuevo y algún tipo de tecno horrible suena en los altavoces. He pillado una mesa en un rincón y hay un vaso lleno de Jameson junto a mi mano derecha, a tiro de piedra, como quien dice. Una caña de Guinness sin tocar le hace sombra, hasta cierto punto. Estaba en Garavan, ¿eso fue ayer? Y cuando salí, un grupo de escolares estaban liándola en la calle. Uno de ellos gritó: «Eh, ¿que viene el *Cojo!*!». Miré hacia atrás y juraría que uno de ellos era el gemelo de Niall O'Shea, el que había saltado desde la grúa. No estoy seguro de cuánto tiempo estuve en Garavan, pero oí a un hombre mencionar la tristeza de un pequeño ataúd blanco y tuve que salir.

El día anterior compré sesenta cigarrillos Major Holland. Mary me habló, pero sus palabras no parecieron tener sentido. En la tienda junto al canal conseguí un brillante encendedor nuevo. Me gustaba porque tenía el escudo de Galway en el lateral. Lo había colocado a la izquierda de las bebidas. Parecía importante que la mesa pareciera ordenada, todo en su lugar. Simetría, ¿no era ésa la palabra?

Si alguna vez volvía a Bailey, debería buscarla en el diccionario, comprobar la ortografía.



KEN BRUEN (Galway, Irlanda, 1951). Es uno de los más destacados escritores de novela policiaca de las dos últimas décadas. Pasó cerca de veinticinco años viajando por el mundo antes de comenzar a escribir a mediados de los noventa. Como profesor de inglés, Bruen trabajó en África del Sur, Japón y América del Sur.

Elogiado por su profundo conocimiento del lado oscuro de la Irlanda contemporánea, las novelas de Bruen se distinguen por su atmósfera sombría y su prosa concisa y cortante.

Entre sus trabajos más reconocidos se encuentra la denominada *White Trilogy* (1998-2000) y la serie de once novelas sobre el detective Jack Taylor, cuatro de las cuales han ganado los reconocidos premios Shamus, Macavity y Barry Award: *The Guards* (*Maderos*, 2001) 2004 Shamus Award, mejor novela; *The Killing of the Tinkers* (*La matanza de los gitanos*, 2002) 2005 Macavity Award, mejor novela; *The Dramatist* (*El Dramaturgo*, 2004) 2007 Shamus Award, mejor novela y *Priest* (2006) 2007 Barry Award, mejor novela británica.

Bruen vive en Galway junto con su esposa e hija, donde continúa trabajando.

Notas

[1] Lemsip es una conocida marca de antigripales. Contiene paracetamol y tiene sabor a limón. <<

[2] Se refiere al Alzamiento de Pascua de 1916, una rebelión militar fallida que tuvo lugar en Irlanda contra la autoridad del Reino Unido. El movimiento suele interpretarse como el momento clave del proceso de independencia irlandesa. <<

[3] La Gaelic Athletic Association (Asociación Atlética Gaélica, GAA), es una organización destinada a promover los deportes tradicionales irlandeses, como el *hurling* o fútbol gaélico, entre otros, así como la música, el baile y la lengua irlandesas. <<

[4] Camden Lock es un mercado abierto muy conocido en Londres, con puestos, tiendas, bares y restaurantes. <<

[5] Eamon Dunphy es un controvertido presentador de la radio y la televisión irlandesas, y un antiguo jugador de fútbol profesional. <<

[6] En español en el original. <<

[7] Garda es una palabra irlandesa que designa a los oficiales de policía de la República de Irlanda, y que literalmente significa «guardián». <<

[8] Tema de Elvis Presley. <<

[9] Age Concern es una organización de voluntarios que intenta mejorar la calidad de vida de los ancianos. <<

[10] Matthew Talbot (Irlanda, 1856-1925) fue un obrero irlandés, alcohólico y fumador empedernido, que se recobró de sus adicciones gracias a la fe. Es considerado el patrón de los alcohólicos rehabilitados. El Papa Juan Pablo II lo declaró Venerable en 1994, y ahora está en proceso de beatificación. <<

[11] Jean Rhys (1890-1979) fue una novelista caribeña autora de *Ancho mar de los sargazos*, protosecuela de *Jane Eyre*, de Charlotte Brontë. <<

[12] Templemore es una ciudad irlandesa que desde 1964 es sede de la Academia Garda Síochána, centro de entrenamiento de las fuerzas policiales irlandesas. <<

[13] El anillo de Claddagh es un anillo tradicional irlandés que se entrega como símbolo de amistad o como anillo de matrimonio. Muestra dos manos entrelazadas que sostienen un corazón, normalmente con una corona sobre él. <<

[14] Charlie Byrne es una librería de Galway especializada en autores locales, novelistas y poetas irlandeses, e historia local y nacional. <<

[15] Fáinne (que significa círculo en irlandés) es el nombre de un pin identificativo que señala que quien lo viste habla irlandés con fluidez. <<

[16] John Alcock y Arthur Whitten Brown fueron los pilotos que realizaron el primer vuelo sin escalas a través del Atlántico, en junio de 1919. <<

[17] Juego de palabras por la similitud fonética de *My Goodness* (¡Dios mío!, pero también Mi Diosa) y *My Guinness* (nombre de la famosa marca de cerveza). <<

[18] Louis MacNeice (1907-1963) fue un poeta y dramaturgo irlandés. <<

[19] Iarnród Éireann es la empresa de redes ferroviarias nacionales de la República de Irlanda. <<

[20] *Boilermaker* es un cóctel alcohólico resultante de la mezcla de *whisky*, tequila, vodka, y un vaso de cerveza. <<

[21] Las Cuatro Cortes, en Dublín, es el edificio principal de justicia de la República de Irlanda. <<

[22] NUI, siglas de la Universidad Nacional de Irlanda (National University of Ireland), ubicada en Galway. <<

[23] *Blitzkrieg* (alemán, literalmente «guerra relámpago») es un ataque militar consistente en un bombardeo inicial, seguido del uso de fuerzas móviles atacando con velocidad y sorpresa para impedir la reacción del enemigo. <<

[24] Rio Ferdinand es un futbolista del Manchester United y de la Selección Nacional de fútbol de Inglaterra. <<

[25] El lineal B es el sistema de escritura usado para escribir el griego de la época micénica. <<

[26] *My little eye*, película del año 2002. <<

[27] *Desiderata* (del latín, «cosas deseadas») es un poema de Max Ehrmann sobre la búsqueda de la felicidad. <<

[28] Se refiere a un suceso acontecido en la localidad de Abbeylara en el año 2000, cuando John Carthy, un enfermo mental de 27 años, fue disparado en controvertidas condiciones por la policía después de un asedio de veinticuatro horas. <<

[29] *Beavis y Butthead* es una serie de animación de 1993, creada por Mike Judge, que influyó mucho en el lenguaje de la juventud de los 90. <<

[30] *Clueless*, *Fuera de onda*, película de 1995 protagonizada por Alicia Silverstone. Gira sobre la vida estudiantil. <<

[31] Serie estadounidense de 1999 sobre la vida adolescente de dos estudiantes de instituto. <<

[32] Padraig Pearse fue un poeta, dramaturgo, escritor, periodista, profesor y líder de la revuelta irlandesa de 1916, donde encontró la muerte. <<

[33] Foreigner es una banda de *rock* formada en la ciudad de Nueva York en 1976, por los veteranos músicos Mick Jones e Ian McDonald, con el entonces desconocido cantante Lou Gramm. <<

[34] Claddagh es una zona playera en la parte oeste de Galway. <<

[35] Farah es una famosa marca de ropa masculina. <<

[36] El *hurling* (en irlandés, *iomáint* o *iománaíocht*) es un deporte de equipo de origen celta. Se juega con palos (*hurley*) con los que se golpea una pelota (*sliothar*). <<

[37] Las banshees (del gaelico *bean si*, que significa «mujer de las colinas») forman parte del folclore irlandés desde el siglo VIII. Estas criaturas anunciaban la muerte con inquietantes alaridos. <<

[38] Pío de Pietrelcina, también conocido como Padre Pío, (1887-1968) fue un religioso capuchino y santo italiano. <<

[39] El color naranja se asocia a los protestantes de Irlanda del Norte, en referencia al rey William III (William de Orange). <<

[40] El Arco Español, ubicado junto al río Corrib, en Galway, fue construido en 1584. Originalmente era una extensión de los muros de la ciudad. <<

[41] Buckfast Tonic Wine, comúnmente llamado Buckfast, es un vino fabricado en la Abadía Buckfast en Devon, Inglaterra. <<

[42] Bohermore es una zona de la ciudad de Galway. <<

[43] Los «Asilos de las Magdalenas» fueron instituciones religiosas de acogida de mujeres de mala vida, muchas veces contra su propia voluntad. <<

[44] *Madame George* es una canción de diez minutos de duración escrita por el compositor irlandés Van Morrison. Pertenece a su álbum *Astral Weeks* (1968). <<

[45] Black Magic es el nombre de unas cajas de bombones de lujo creadas por Nestlé.

<<

[46] Licor alcohólico tradicional irlandés. <<

[47] Babycham es el nombre de una bebida de baja graduación, fabricada con sidra de pera. <<

[48] Película estadounidense del año 2002 protagonizada por Al Pacino y Robin Williams. <<

[49] Película española del año 2001, dirigida por Guillermo del Toro y protagonizada por Marisa Paredes y Federico Luppi. <<

[50] *Thriller* policiaco australiano del año 2001. <<

[51] Película estadounidense de corte independiente del año 2001. <<

[52] Primera película de la trilogía de Krzysztof Kieslowski, protagonizada por Juliette Binoche. <<

[53] Película bélica dirigida por Francis Ford Coppola en 1979. <<

[54] La enfermedad de Hodgkin es un cáncer del sistema linfático. <<

[55] Pipa irlandesa de cerámica. <<

[56] Inis Mellan (Inishman) es la isla central de las tres que componen las Islas Arán.

<<